



# CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º Madrid 24 de Enero de 1860. Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. Núm. 22.

DIRECTOR PROPIETARIO, <b>DON EDUARDO ASQUERINO.</b> Colaboradores. Sres. Amador de los Ríos (José) Alarcon (Pedro Antonio). Alberdi (J. Bta.) Argentino. Andrade Corvo (Joao de). Andrade Ferreyra (J. M.) Arce (Gaspar Nuñez). Aribau (Buenaventura). Sra. Avellaneda (Gertr. de) Sres. Avila (A. J.) Almeida Aburquerque (L.) Asquerino (Eusebio). Ayala (Adelardo Lopez de) Alemparte (J.) Chile. Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Bona (Félix). Borao (Gerónimo).	Sres. Bordallo (F. M.) Borrego (Andrés). Braga (Alexandre). Bretón de los Herreros (M.) Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.) Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martin (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campanor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.) Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castello Branco (Camillo). Castellanos (J. de la Cruz). Castilho (Antonio F. de). Coelho de Magalhaes (J. E.) Cesar Machado (Julio).	Sres. Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A.) Catalina (Severo). Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Colmeiro (Manuel). Carvalho (Tomaz de). Cazurro (M.º Zacarias). Sra. Coronado (Carolina). Duran (Agustín). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escozura (Patricio de la) Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.) Estrada (Luis). Felner. Fernandez Cuesta (Nem). Fernandez y Gonzalez (M.) Ferrer del Río (Antonio).	Sres. Fernan Caballero. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º) Gayangos (Pascual). Gomes d'Abreu (Dr.) Gomes d'Amonin. Gener (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Gonzalez (Marcial). Graells (Pedro). Güell y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Herculano (A.). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel).	Sres. Lastarria (J. U.) Latino Coelho (J. M.) Lemos (Joao de). Lobo (Miguel). Lobato Pires. Lopes de Mendoza (A. P.) Lorenzana (Juan). Macanáz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Magalhaes Continho (J. E.) Mendes Leal Junior (J. das). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º Martos (Cristino). Matta (Guillermo), Chile. Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º) Navarro (Carlos). Orchoa (Eugenio). Olavarria (Eugenio). D'Oliveria Pimentel (J. M.)	Sres. Oliveira Marreca (Ant.º) Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Pellon y Rodriguez (J.). Pereyra da Cunha (A.). Paula Madrazo (Fr.º de) Pasaron y Lastra (Ramon) Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M.) Rebello da Silva (L. A.). Ribot y Fontseré (Ant.º) Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rodriguez Sampaño (A.). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.). Rosa Gonzalez (J. de la)	Sres. Ros de Olano (Antonio). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura) Sagarminaga (Fidel de) Samper (José María). Selgas (José). Silva (Inocencio F. da). Silva Tullio (Ant.º da). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º) Segovia (Antonio María). Serpa Pimentel (A. de). Soares de Passos. Torres (Jose de). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Veiga (E. da). Velaz de Medrano Ed.º) Viedma (J. A.). Vikufia (Franc.º) Visconde de Gouvea.
---	--	--	--	---	--	--

## SUMARIO.

Revista general, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Poblacion, riqueza é impuestos de España, por D. Pascual Madoz.—Revista de Portugal, por D. A. P. Lopes de Mendonça.—Sueltos.—El Papa y el Congreso, por D. Emilio Castelar.—Apuntes para la historia de Marruecos, (continuacion), por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Literatura francesa, por D. Guillermo Matta.—Recuerdos de Interlaken, por D. Fidel de Sagarminaga.—Desgraciada expedición de Carlos V, por D. Adolfo de Castro.—Convenio celebrado entre Roma y España.—Escrito del señor obispo de Orleans.—Revista de teatros, por D. Manuel Cañete.—Guerra de Africa.—Al Reino, sobre reformas coloniales durante el ministerio O'Donnell, por D. Ricardo de Federico.—Reglamento del colegio de corredores de Manila, (conclusion).

## LA AMÉRICA.

### REVISTA GENERAL.

Seguimos en las mismas posiciones; es decir, que las materias que hoy deben figurar en la revista general son, con corta diferencia, las mismas que figuraron en la revista anterior. Sin embargo, aunque las posiciones son las mismas, el punto de vista ha cambiado, los horizontes son otros, y las nubes que por un lado se despejan y sutilizan, por otro se engruesan y acumulan. Entremos en materia.

La guerra adelanta en Africa con próspero suceso. Es verdad que en los días 7, 8 y 9 del corriente, experimentamos en una y otra costa un furioso temporal que nos hizo perder varios buques mercantes y dos de guerra, y nos inspiró temores por la subsistencia de los hombres, caballos y acémilas que habíamos dejado en los altos de la Condesa. Pero el 10 amainó el viento, pudieron desembarcarse viveres y forrage, y no fué necesaria la arriesgada expedición que se había propuesto y comenzado á ejecutar por Prim, de volver con cuatro batallones y el bagaje por tierra á Ceuta para llevar provisiones al ejército. Aprovechando éste, continuó la marcha y se atravesaron las lagunas y los desfiladeros que median entre aquellos altos y el monte Negron. El enemigo no intentó siquiera defender los pasos: de otro modo nos habria costado alguna gente ganarlos. Muley-Abbas, que no debe tener mucho de Salomon, se había parapetado, no en Monte-Negron, donde la resistencia hubiera podido ser mas eficaz, sino en las alturas de Cabo Negron, último eslabon de la cadena de montes y barrancos que defienden el valle de Tetuan por la parte de Ceuta. El 14 del corriente, llegó el ejército al frente de aquellos sitios, donde los moros habían formado reductos; y á las diez de la mañana se empezó un combate que duró todo el

día. Los moros defendieron sus fortificaciones naturales y artificiales con obstinado empeño; pero fueron espulsados de ellas por nuestras bayonetas, mientras en el llano la guardia negra recibia una buena leccion de nuestros escuadrones.

Perdida esta batalla, el enemigo se retiró precipitadamente levantando su campamento; y el general O'Donnell con el comandante de los buques, preparó las sucesivas operaciones. La division Rios, que por efecto de los temporales no había podido desembarcar en Cabo Negron, como al principio se había pensado, fue enviada por mar á tomar los castillos que defienden la entrada del puerto de Tetuan; y el resto del ejército, compuesto de la vanguardia y los cuerpos segundo y tercero, se encaminó directamente al mismo sitio por el valle. La division Rios llegó con la escuadra á la boca del puerto, y halló los castillos abandonados. Desembarcó, pues, y se apoderó de ellos y de sus municiones y pertrechos sin disparar un tiro, mientras las cañoneras, subiendo por el rio hasta el punto en que cesa absolutamente de ser navegable, hallaban el grande edificio de la aduana igualmente abandonado por el enemigo. La marcha del ejército se verificó con igual felicidad: al desembocar en el valle, Muley-Abbas se presentó á impedirle el paso; nuestros soldados ardian en deseos de verse con el enemigo en terreno llano, y el general en jefe, haciendo apoyar sus alas en las alturas, presentó la batalla en el valle con la caballería, la artillería y alguna infantería. Mas apenas los cañones comenzaron á vomitar metralla, el ejército marroquí se dispersó en el mayor desorden, y se retiró huyendo al otro lado del valle, escondiéndose entre los montes de Sierra Bermeja. El ejército, por tanto, llegó á la Aduana de Tetuan, ocupada por la division Rios sin ser molestado. Una vez allí, se procedió al desembarco de la artillería de sitio, de viveres y municiones de repuesto, á la fortificacion de los castillos y de la Aduana y á la formacion de reductos para asegurar las operaciones contra la plaza, distante tres cuartos de legua. Los reconocimientos hechos prueban que todo el valle de Tetuan está libre de enemigos, y como Muley-Abbas se ha retirado á la Sierra, es de suponer que Tetuan se rinda antes de que sea necesario que la artillería haga su oficio. De todos modos la ciudad estará en nuestro poder de grado á por fuerza antes de ocho dias.

Y despues? Sobre lo que sucederá despues no estan conformes las opiniones, pues aunque quisieran todos que las operaciones continuasen y que en seguida nos pusiéramos sobre Tánger, sospechan unos que se nos harán tales proposiciones de paz, que no podremos menos de aceptarlas, y creen otros que estando el honor satisfecho se acogerán las que se nos hagan.

La sospecha de que en Tetuan se harán proposicio-

nes de paz, es muy general, no obstante los preparativos que en todo el país se hacen para enviar nuevos refuerzos al Africa. Esta sospecha se funda en el estado actual de los asuntos de Italia, donde amenaza estallar otra nueva guerra.

En la revista anterior hablamos del folleto el Papa y el Congreso y de la sensacion que había producido en los diversos países, debida á la creencia general de haber sido su autor Mr de la Gueronniere inspirado por Luis Napoleon. Los sucesos posteriores han convertido esta conviccion en evidencia. Llegó el día 1.º de enero y presentándose en Roma el general Goyon, jefe de las fuerzas francesas, á felicitar al Papa con motivo del nuevo año, Su Santidad en la contestacion aludió al folleto y dijo que era un monumento insigne de hipocresía y un tejido monstruoso de contradicciones. En iguales términos le habían tratado y le siguen tratando muchos obispos franceses y españoles y toda la prensa que en uno y otro país se llama religiosa, para influir mejor en la política. Cuando la contestacion del Papa al general Goyon llegó á Paris, Luis Napoleon hizo insertar en el *Moniteur* una nota lamentando las espresiones de que Su Santidad se había valido para desaprobar el folleto, y diciendo que quizá no las habría usado si hubiese llegado á tiempo á sus manos la carta que el emperador le había escrito en 31 de diciembre. Y á continuacion copiaba el *Moniteur* esta carta, de que nadie hasta entonces había tenido conocimiento. En ella Luis Napoleon aconsejaba al Papa que abandonase las Legaciones, pues que para nada le servian, y se contentase con el patrimonio que le diera su antecesor Pepino, que aunque es llamado el Breve por la historia, la verdad es que fué un rey muy largo en dar, sobre todo, cuando se trataba de lo que no era suyo. Del consejo de abandonar las Legaciones á la idea del folleto la Gueronniere en las actuales circunstancias, hay una distancia muy pequeña; y así quedó probado á la vista de todos que la idea de ese folleto era del mismo Napoleon.

El Papa, al recibir la carta del monarca francés, ha contestado que no puede aceptar su consejo, y ha mandado á Monseñor Saceoni, su nuncio en Paris, que proteste contra la idea de separar las Legaciones de la obediencia pontificia. Así lo ha efectuado Monseñor Saceoni, y aun se añade que había hecho indicaciones sobre la intencion que tenia de pedir sus pasaportes; á lo cual parece que ha contestado Luis Napoleon, que si el nuncio se retira de Paris, los franceses se retirarán de Roma y Civita-Vecchia.

Todo esto ha hecho aplacar indefinidamente el congreso, cuya reunion empieza á ser considerada como imposible por gran parte de la prensa. Nosotros creemos que estando Luis Napoleon al frente de la nacion

francesa, no hay nada imposible en materia de fenómenos sorprendentes; sin embargo, convenimos en que la reunion del congreso se ha hecho ahora difícil, y que los esfuerzos actuales del autócrata francés se dirigen á hacerla innecesaria. A este fin, abandonando á su nuevo amigo el emperador de Austria, ha vuelto á estrechar las amistades con la vieja Inglaterra, tentado su codicia con un tratado de comercio. Unidas la Francia é Inglaterra, se cree que acordarán entre sí mantener en Italia el principio de no intervencion, dejando á los italianos que se arreglen interiormente como mejor les parezca, é impidiendo que ninguna nacion extranjera intervenga en sus asuntos. Sobre esto se escribirá un protocolo y se invitará á las demas potencias á que se adhieran á él; se sacará á los franceses de Italia, y sobre todo de Roma, y el gobierno romano discurrirá con sus propios súbditos y no con otros países, las ventajas ó desventajas del poder temporal.

Este parece ser ahora el plan: no sabemos si será duradero. Acostumbrados desde hace ocho años á presentarse en Francia los sucesos mas extraordinarios é inesperados, y á ver salir de las prensas imperiales los escritos mas sorprendentes, no extrañáramos que mañana resultase cambiado este plan por otro enteramente contrario. En poco tiempo hemos visto admitida y condenada la república en Francia; condenado y luego proclamado el sufragio universal; admitida y condenada la república romana; admitidas y condenadas la prensa y la tribuna; proclamada y condenada la insurreccion de la Italia central; proclamado y condenado el poder temporal del Papa; condenada y proclamada la alianza inglesa; condenada y proclamada la alianza rusa; condenada y proclamada la alianza austriaca. En este cúmulo de contradicciones, en estos vaivenes continuos, todos dependientes, no de un principio fijo y determinado, sino de una voluntad desconocida, ¿cómo hemos nosotros de poder pronosticar que la faz que hoy presenta la cuestion de Italia será la última, y decisiva y producirá las consecuencias que parece destinada á producir?

Hoy parece que el Papa tiene perdido el poder temporal como parecia que le tenia ganado cuando la paz de Villafranca. Cuando se hizo este tratado, parecia que el rey de Nápoles nada tenia que temer, y hoy no parece tan seguro en su dominacion absoluta. Esto es lo único que podemos decir y dejamos aqui este punto para pasar á otro que nos interesa mas de cerca.

Se ha firmado y ratificado el Concordato con Roma que las Cortes autorizaron al gobierno español para firmar y ratificar: y se ha verificado al conocerse sus términos, una cosa notable, un hecho que ciertamente no podia esperarse. La prensa moderada halla demasiado humilde y ultramontano el Concordato formado por el gobierno de la union liberal. Cuando la prensa moderada encuentra ultramontano el Concordato, ¿qué hemos de decir los escritores que distamos tanto de ese partido? Parece imposible, en efecto, que la union liberal haya hecho un convenio semejante, y los resultados autorizan á creer ó que la union que se llama liberal no es liberal como dice, ó que no es ella la que ha negociado el arreglo con Roma. El efecto es siempre semejante á la causa, el hijo es semejante al padre; y por poco que tuviera de liberal la union que así se llama ¿no habia de tener algo mas que el partido retrógrado? Aqui debe haber habido algun adulterio moral por el cual aparece hijo de la union liberal un convenio cuya paternidad verdaderamente no le pertenece: ó si esto no es así, hay que decir que ha habido una sustitucion de ideas en las regiones del poder, y que habiendo anochecido con una situacion de union liberal, hemos amanecido con una situacion neo-católica.

El convenio da al clero el derecho de adquirir: establece que lo que adquiera nuevamente no entrará á formar parte de la dotacion del culto y clero: exime nominalmente multitud de fincas de la venta, y además declara que los obispos podrán eximir las que crean útiles: comete á los mismos obispos el encargo esclusivo de tasar las que no quieran conservar: obliga al gobierno á pagarlas en el acto en títulos de la deuda consolidada: confirma y recuerda un artículo no ejecutado del otro concordato en que se imponia á favor del clero, y para ser percibida por él, una contribucion á la propiedad inmueble y pecuaria; sujeta al gobierno á consultar al Papa para la convocacion de sínodos provinciales, á lo cual no estaba obligado antes: declara que este convenio será perpétuo por todos los siglos de los siglos: deja para época indefinida el arreglo de diócesis y parroquias: impone, en fin, obligaciones al gobierno que no sabemos cómo podrá cumplir.

A esto se ha llamado *desamortizacion eclesiástica*; y á esta estipulacion se ha dado el nombre de Concordato. Mucho podríamos decir si nos fuera permitido expresar nuestro pensamiento con entera libertad, pero tenemos que callarlo para mal, no nuestro ciertamente, sino de nuestros adversarios. Solo diremos una cosa: compadecemos sinceramente á los autores, sean los que fueren, union liberal ó union anti-liberal, del Concordato: les vemos correr á su ruina, y ni siquiera consenten que se lo advirtamos: no saben lo que se hacen: no han sabido lo que se han hecho. A ellos mas que á nosotros les ha de pesar en adelante.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## POBLACION, RIQUEZA É IMPUESTOS DE ESPAÑA.

### ARTÍCULO 1.º

Difícil tarea es, á no dudarlo, trazar, remontándose á época lejana, la historia de nuestra poblacion entre los diversos y opuestos pareceres, entre las diferentes y contradictorias apreciaciones. Pero si esta dificultad ha existido siempre, y existe hoy, cuando se trata de fijar el número de habitantes en un tiempo, en un período, en una dominacion, en un reinado, con referencia á este ó al otro dato, de mayor ó menor verosimilitud ó

exactitud, crece indudablemente cuando la atencion del escritor se dirige á investigar los elementos de riqueza, sea agrícola, sea industrial, sea mercantil que, en época antigua, sirvieron para apreciar, para medir la magnitud de los sacrificios de toda clase que hiciera la nacion española en sus guerras extranjeras, mas de una vez caprichosamente sostenidas; en sus contiendas civiles, por lo general hijas de ambiciones bastardas.

Más fácil, mucho mas fácil es presentar, ya en época muy remota, ya en siglos menos lejanos, ya en nuestros tiempos, la índole, la naturaleza de nuestros variados y multiplicados impuestos, las cantidades levantadas por cada uno de ellos, los servicios cubiertos con sus productos, las reclamaciones dirigidas á las Cortes, las exposiciones elevadas á los Monarcas, los abusos de las cobranzas, las quejas de los pueblos. Sobre todos estos extremos la historia consigna hechos importantes. Y es natural que así sucediera y que conste mejor el impuesto que la capacidad tributaria, porque con tantas luchas, porque con tantas revueltas, la ciencia de la administracion se limitaba á imponer, á gravar, sin conocer la importancia, ni del impuesto ni del gravámen, segun iremos demostrando cuando entremos en el exámen y apreciacion de los distintos elementos de prosperidad de nuestra patria.

Al proponernos escribir una serie de artículos, apreciando, en cuanto apreciarse pueda, el poder de nuestra nacion en tiempos antiguos, y examinar concienzudamente las condiciones de riqueza y de fuerza que hoy tiene la nacion española, no hemos vacilado, un instante siquiera, en dar principio por el estudio de la *Poblacion*. Nosotros consideramos la poblacion como la gran fuerza productora de todo país, que ejerce una inmediata y directa influencia en el desarrollo de la agricultura, en la prosperidad de la industria, en la estension del comercio, en la tranquilidad del interior, en la consideracion del extranjero. No hay medida ni social, ni económica, ni política, ni militar, ni marítima, ni diplomática, ni de ninguna clase que, al adoptarse, no reclame el conocimiento de la poblacion. Más diremos: si fuera posible, que no lo es, fijar en cada época, ya que no con exactitud, con aproximacion al menos, la poblacion española, tendríamos andado mucho camino para apreciar en los mismos tiempos la riqueza de nuestra nacion.

Es indudable que se ha descuidado mucho en España la investigacion del número de habitantes; y ha sido, porque no se ha dado en nuestro país y menos se ha dado en otras naciones, téngase bien presente esta circunstancia, hasta cierto tiempo al dato estadístico que marcara con exactitud, en todas sus condiciones, en todas sus clases, en todas sus categorías, en todas sus edades, la poblacion de un país, la importancia que ésta debiera tener para determinadas resoluciones en la esfera del gobierno. Se han escrito, es cierto, muchas circulares; se han remitido muchos estados; hasta se han publicado algunos libros. Pero no ha habido, y acaso no haya hoy todavía, ni sistema para pedir las noticias, ni método para examinarlas, ni resolucion para fiscalizarlas, ni constancia para continuarlas. Ciertamente, y no es nuestro ánimo culpar á nadie, que la nacion española, por espacio de muchos años, mejor diríamos de muchos siglos, ha atravesado circunstancias dificilísimas, con complicaciones de todo género, que no la han permitido marchar, con paso firme y seguro, en el camino erizado de contratiempos, de contrariedades, falta la autoridad de fuerza y de prestigio para importantes investigaciones, indispensables en el buen orden administrativo, que la maledicencia y la ignorancia reputan odiosas, que el patriotismo y la ilustracion consideran salvadoras.

Han sido necesarias estas observaciones antes de entrar ligeramente en el exámen de nuestra poblacion de antiguos tiempos. Hoy se populariza la idea de la conveniencia de la verdad oficial en materia de riqueza. Va la preocupacion cediendo lentamente, ante el valor y la predicacion de los hombres ilustrados que achacan, y con motivo en gran parte, los males de nuestra patria, á esa conspiracion permanente del padre de familias que oculta el número de sus individuos, del contribuyente que disminuye el valor de su riqueza.

Entrando en el exámen de la poblacion, no creemos nosotros, como otros creen, que la España tenia en la época romana, un número de habitantes que bien pudiera decirse fabuloso; ni admitimos tampoco, contra el parecer de respetables escritores, que por aquellos tiempos alcanzaron las artes, en nuestro país, grande preponderancia y excelencia. Con poco criterio, en nuestro juicio, y ofendiendo sin intencion la dignidad española, algunos historiadores de nuestra patria, alucinados y ofuscados, han llegado á suponer que la España tenia setenta y ocho millones de habitantes (D. Miguel Alvarez de Osorio); cincuenta y dos millones (D. Nicolás Arriquirar); y cincuenta millones (D. José Cadalso). De seguro que si tal hubiera sido, por aquellos tiempos, la poblacion española, aun comprendiendo el suelo lusitano, triste idea daria del amor á la independencia del país de los españoles de aquella época, el escaso número de fuerzas que siguieron en un principio y hasta su desastroso fin á Viriato, en sus peligrosas y atrevidas operaciones militares, y que mas tarde se asociaron á los planes de Sertorio, este antiguo general romano, despues defensor de la causa española por sus disidencias con Sila en las guerras civiles con Mario. Hay mas todavía. Sabido es que la dominacion romana fué opresora, y mal pudo durante ella crecer la poblacion hasta el punto que manifiestan escritores, por otra parte muy recomendables. En una época en que por observarse la avaricia y aun la alevosia de los gobernadores romanos estaban exasperados los ánimos, agitadas las pasiones, vivos los enconos, no disimulando el deseo de sacudir el yugo de los dominadores, y reconquistar la independencia de la patria, no era posible que tan prodigiosamente creciese el número de sus habitantes.

Pero hay otras consideraciones de distinto orden, que

vienen á destruir los datos inaceptables del número fabuloso de los habitantes de la poblacion de España, que indican los citados escritores. No presentaremos observacion alguna sobre la poblacion señalada á España por Alvarez Osorio; prescindiremos tambien de la que fija Arriquirar, é hipotéticamente adoptaremos la menor, la de Cadalso, que era, segun hemos dicho, de cincuenta millones. ¿Dónde están las pruebas de la estension de nuestro dominio agrícola hasta el punto de poder mantener la España cincuenta millones de habitantes con escasas vias de comunicacion y reducido comercio? ¿Qué terrenos aparecian cultivados entonces, que hoy se vean incultos? ¿Qué aguas, que ahora se pierden en nuestro país sin fertilizar estensos territorios, se aprovechaban en aquella época para alcanzar mayores productos? Y si no habia por aquellos tiempos, ni alimento abundante, producto del país, ni importaciones considerables del extranjero á beneficio de un comercio activo; ¿dónde aparece, preguntaremos nosotros á Alvarez Osorio, á Arriquirar, á Cadalso, la causa principal del crecimiento de la poblacion? Concretemos mas el esclarecimiento de un punto tan importante. España, incluyendo á Portugal, tiene 49,395 leguas cuadradas, y aplicando á cada una de ellas la poblacion señalada por estos tres escritores, resultará que nuestra nacion tenia, segun Alvarez Osorio, 3,980-55 habitantes por legua cuadrada; segun Arriquirar, 2,635-74; segun Cadalso, 2,331-66; es decir, que la España, en la época de la dominacion romana, contaba mas habitantes por legua cuadrada que los que hoy ofrece la Francia, que son 2,109-29, extraordinariamente mas que los que arroja el último censo publicado en España, que son 943-48.

No insistimos sobre este punto, porque no encontramos en los antiguos escritores mas que aseveraciones sin apoyo, opiniones emitidas sin dato alguno, hijas de una preocupacion muy generalizada, de creer en nuestra inmensa poblacion, en nuestra inmensa riqueza, en nuestro inmenso poderio de tiempos antiguos, ni bastante conocidos, ni debidamente apreciados.

Más aceptable, y desde luego, francamente lo decimos, más sostenible es la opinion de los historiadores que se esfuerzan en demostrar que bajo el gobierno de los reyes godos y la dominacion de los árabes, fluctuó la poblacion española entre veinte y treinta millones de habitantes. Los conquistadores del siglo V no podian traer, preciso es reconocerlo, ni grandes pensamientos de civilizacion que realizar, ni grandes adelantos administrativos que plantear, ni muchos medios que ensayar para el fomento de la riqueza pública. Fué sangrienta la lucha: no se respetó la propiedad, especialmente en la primera época de la invasion; y no hubo durante la dominacion goda aquel sosiego, aquella tranquilidad, aquel orden, aquella administracion, que influyendo en el crecimiento de los productos del suelo, coopera de un modo eficaz al progreso de la poblacion. Lejos de eso, la historia consigna la decadencia de la agricultura, el abatimiento de la industria, la miseria del pueblo por la escasez de alimentos y la frecuencia de las pestes. Con tales condiciones, ni era posible que prosperara la agricultura, ni que florecieran las artes, ni que se extendiera el comercio, ni que la poblacion creciese.

Ya entrando en la dominacion de los árabes, y en medio de aquellas terribles y sangrientas guerras, aparecen sintomas marcados de progreso en la riqueza y en la poblacion de España. No es, pues, extraño que antiguos historiadores hayan supuesto que el número de habitantes se elevara á treinta millones en el siglo XIII, y que mas adelante, concretándose á un año determinado (1580), se fijara en 21,700 figurando

Castilla con. . . . .	44.000.000
Aragon. . . . .	7.700.000
Granada. . . . .	3.000.000

Supónese, para probar la grande poblacion de aquellos tiempos, que eran numerosos los ejércitos españoles, que á la vez y con frecuencia tenian que combatir á los enemigos de la religion católica y hacer frente á las luchas intestinas de que por muchos años y por muchos siglos, gracias al exceso de ambicion y á la falta de patriotismo, fué teatro sangriento nuestra desgraciada patria. Así Osorio no vacila en asegurar, que tenia España en pié de guerra y en formal campaña 200,000 hombres. Tampoco aceptamos este dato con el sentimiento de combatir frecuentemente, al tratar de la poblacion de nuestro país á este y otros escritores de tiempos antiguos. Si hubiéramos de entrar aqui en un exámen especial de la naturaleza de aquellas guerras y de las fuerzas que se reunieron de una y otra parte en los mas apurados y gloriosos trances, no nos fuera difícil desvirtuar la exactitud de ciertas aseveraciones, demostrando la exageracion de datos históricos traídos á la publicidad con poco criterio.

Nosotros enlazamos siempre la historia del alimento y de la poblacion; el progreso de esta en armonia con la abundancia de aquel. *Gobierno que promueve el cultivo, pueblo que crece en el número de sus habitantes.* Supóngase abundancia de comestibles en una nacion colocada en las buenas circunstancias atmosféricas de España, país esencialmente agrícola, y por desgracia, en malas condiciones mercantiles en la época á que nos referimos, y el aumento de la poblacion será consecuencia indispensable de este hecho social, si no se opone á ello una legislacion absurda. Nosotros no podemos desconocer hoy que los árabes lograron que progresara nuestra agricultura, que florecieran las artes, sobre todo en la parte meridional de nuestra patria. La historia hace justicia con marcada imparcialidad á reyes de aquella dominacion, filantrópicos, celosos, entendidos, que dictaron providencias importantísimas en favor de la propiedad, de la industria y del comercio. No creemos, sin embargo, que la poblacion de España durante la dominacion de los árabes, fuera de treinta millones, ni aun de veinte y un millones setecientos mil, si bien reconocemos que el número de habitantes, á pesar de los increíbles esfuerzos de

la sangrienta lucha entre la Cruz y la media luna, fué mayor, mucho mayor que el que contó España en la época de los godos y de los romanos.

Llegamos al reinado de los Reyes Católicos, ya reunidas las coronas de Castilla, de Aragón y de Navarra, ondeando el estandarte de la Cruz en los muros de Granada y arrojados de España los enemigos de nuestra fé. Es indudable que nuestra nación, al terminar su titánica lucha de largos siglos y varias vicisitudes, aparecía, comparada con otras naciones de los mismos tiempos, más numerosa en su población, más rica en su agricultura, más adelantada en su industria más floreciente en su comercio.

El primer dato estadístico, que del reinado de Fernando y de Isabel registran nuestros anales, tomado del archivo de Simancas, es el impreso en el año 1482, formado con diligente estudio por el entendido Sr. D. Tomas Gonzalez, Maestro-escuelas de la iglesia catedral de Plasencia.

Ante todo queremos publicar un resumen de este importantísimo y concienzudo trabajo, y hacer despues sobre él ligeras observaciones,

Provincias.	Almas.
Castilla (1) . . . . .	7.500,000
Granada . . . . .	400,000
Aragon . . . . .	266,190
Valencia . . . . .	486,860
Cataluña . . . . .	526,970
Vizcaya . . . . .	56,143
Alava . . . . .	60,696
Guipúzcoa . . . . .	69,663
Navarra . . . . .	134,163
Total . . . . .	9.520,691

La población de la corona de Castilla, que es la más importante del Estado, se refiere al año de 1482, y fué tomada de los trabajos y del informe del Contador mayor de los Reyes Católicos, Alonso de Quintanilla, figurando, comprendida Granada, con 7.900,000 almas. ¿Era posible que desde el año 1580 en que, según hemos visto, la corona de Castilla con Granada aparecía con 14.000,000 de habitantes, hubiera disminuido su población en 6.100,000 almas? Este es el resultado comparativo de dos datos que acabamos de presentar, relativos á la corona de Castilla; el de 1584, de 14.000,000, el de 1482, de 7.900,000. Y nótese, que en la época á que el dato se refiere, ni se había tomado á Granada, ni se había verificado por consiguiente la espulsion ni de judíos, ni de moriscos.

No aceptamos la población que venimos examinando, porque no podemos creer ni admitir una baja tan considerable. Bien se comprende que oficialmente apareciera disminuido el número de habitantes, cuando el *apuntamiento de la población de la corona de Castilla en el año de 1482*, y este es el epigrafe del trabajo presentado por Alonso de Quintanilla, tenía por objeto levantar, acaso como último esfuerzo para alejar de España á nuestros enemigos, la gente de guerra que fuera necesaria, prescribiendo las armas que cada uno debía tener dispuestas y preparadas. Así vemos que Alonso de Quintanilla proponía: «*que se mandara, que el que toviere cinco mil maravedis de hacienda, sea tenido de tener en su casa un pavés, é una lanza, é una espada, é un casquete: que el que toviere diez mil maravedis de hacienda, sea tenido de tener en su casa un pavés, é unas corazas, é una lanza, é una espada, ó unas corazas, é un casquete, é una espada, é un puñal, é un dardo, é una ballesta de acero de tres libras, é una carcaxada de pasadores: que desta gente de diez mil maravedis é dende arriba tengan estas armas que dicho tengo; é los que llegaren á veinte mil maravedis de hacienda, en lugar de ballesta de acero, tengan una espingarda, con ciento é cincuenta pelotas, é veinte libras de pólvora.*»

El mismo Alonso de Quintanilla que decía «haber contado muy ciertamente el número de las vesindades de los reinos de Castilla, é de Leon, é Toledo, é Murcia, y el Andalucía, sin lo que hay en Granada,» manifestaba «que parecía haber en ellos un cuento é quinientos mil vesinos.» Fácilmente se comprende, que ni la época en que se supone hecho este censo, la de mayor ardimiento para asegurar la independencia de la patria, ni los datos que pudo tener á la mano el Contador mayor de los Reyes Católicos, ni el mismo objeto á que el trabajo se destinaba, pueden dar ni gran fé, ni gran exactitud, ni grande importancia al resultado obtenido. En nuestro concepto, la población por aquel tiempo, estando en España todos los moros que con teson defendían á Granada, y casi todos los judíos dedicados al comercio é industria, era mucho mayor que la que presenta Alonso de Quintanilla.

De la población de Granada que este dato ofrece, solo diremos que se refiere al año de 1394, tomada de un *donativo de millones*. Es un hecho por nadie contradicho, que este antiguo reino, desde 1492 á 1594, vió disminuida y por muchos motivos su población; pero nunca podremos admitir que tan rápido fuera su descenso. El reino de Granada, se hace preciso confesarlo, es el que más sintió las consecuencias de la política seguida, y no es nuestro ánimo calificarla en este momento, despues de la destrucción del poder de los musulmanes.

Pero si en la corona de Castilla alarma la notable disminución del número de habitantes, más sorprende, cuando se recuerda que antiguos historiadores, según hemos dicho, daban á la corona de Aragón en el año de 1380 una población de 7.700,000 habitantes, y en el

trabajo del Sr. Gonzalez, bien que aglomerando datos inconexos de los años de 1493, 1533 y 1609, el número total de almas se vió reducido á 1.080,020.

Hemos entrado en este exámen, por mas que pueda parecer un tanto minucioso, para que no se crea aventurada nuestra opinion, no de hoy sino de hace muchos años, reducida á que en 1492, al tomar á Granada los Reyes Católicos, nuestra población era mucho mayor que la de 9.520,691 individuos, que es la que aparece en las curiosas investigaciones del Sr. D. Tomás Gonzalez. Pero esto no impide que nosotros manifestemos nuestro reconocimiento á tan estudioso escritor, que, á no dudarlo, prestó un importante servicio así á la administración como á las letras, publicando documentos hasta entonces inéditos, y demostrando, que en los siglos XV y XVI, cuando otras naciones, y no queremos nombrarlas, descuidaban esta clase de investigaciones, la España, reconquistando su independencia á fuerza de toda clase de sacrificios, no se descuidaba en adquirir datos, sino exactos, aproximados al menos, del número de sus habitantes.

Así no debe estrañarse que en los tiempos de la dinastía austriaca, en aquella época de verdadera preponderancia para la España, dueña de América y de sus tesoros, y con grande influencia en toda Europa, se publicaran no uno, sino varios censos de población, de los cuales vamos á ocuparnos muy ligeramente.

Preséntase como primero á nuestro exámen los tiempos á que nos referimos, el censo de 1394, donde figura la corona de Castilla, Granada comprendida, con 6.483,477 habitantes, y añadiendo el número de almas designado en este mismo restimen general á Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, Navarra, Aragón, Valencia y Cataluña, sube el total á 8.206,791 individuos. Comparado este dato del reinado de Felipe II, con el de 1482 del tiempo de Fernando el Católico, resulta una baja de 1.115,900, baja, á no dudarlo, aceptable de ser exactos ambos datos estadísticos, teniéndose en cuenta por una parte las guerras sangrientas de aquellos tiempos, y por otra el estrañamiento de los judíos y de los moriscos.

No es nuestro ánimo exagerar el descenso de la población por las tres causas indicadas, hasta el número de cinco millones de habitantes como han supuesto algunos escritores, si bien reconocemos, que aun reducido á mucho menos de la mitad de este número, la industria, el comercio, la agricultura hubieron de resentirse sobre manera, porque las personas que en España quedaron, lejos de imitar el genio y la actividad de los partidarios de la media luna, fueron para desgracia nuestra, no tanto de estos como de aquellos tiempos, no tanto de la nuestra como de otras generaciones, en busca de una riqueza ficticia en tierras lejanas. Abatida la agricultura, en grave decadencia la industria, la última dominación de la dinastía austriaca fué, para el país, calamitosa, influyendo estraordinariamente en la despoblación por todos reconocida. La España, que siguiendo diferente conducta, fija la atención de los monarcas, más en el desarrollo de la prosperidad del país, menos en el éxito de aventuradas empresas con pensamientos de dominación absoluta, pudo mejor que ninguna otra nación utilizar, aprovechar los conocimientos que atesoraba, al entrar victoriosos en Granada los ejércitos de Fernando y de Isabel, vió disminuido considerablemente el número de sus habitantes, y destruidos sus verdaderos y naturales elementos de riqueza.

No es, pues, estraño que el Consejo de Castilla en el año 1619 proclamara: «que la despoblación y falta de gente era la mayor que se había visto ni oído en estos reinos, despues que los progenitores de V. M. (Felipe III) comenzaron á reinar en ellos, porque totalmente se va acabando y arruinando esta corona.» Nosotros no queremos añadir nada á las significativas palabras del Consejo de Castilla.

Bastará leer las indicaciones que anteceden para que se comprenda fácilmente, que solo hemos querido mencionar las principales causas de la despoblación y decadencia de la riqueza en España durante la dominación de la dinastía austriaca. Otras hay menos notables pero que no dejaron de contribuir poderosamente al mismo desgraciado fin, nacidas, ya del estado político y social del país, ya de instintos é inclinaciones arraigados en ciertas clases. La seguridad es imposible y la existencia muy precaria en un Estado en que la vida y la fortuna individual no están suficientemente garantidas por la ley. Una série por largos años no interrumpida de guerra, donde tantos prodigios se debían al valor individual, produjo un ilimitado espíritu aventurero, que desparramó la población viril española por las diferentes comarcas de América y Europa, turbando el estruendo de las armas las faenas de la agricultura, de la industria y del comercio. En cuanto á la seguridad personal, poca debía esperar el ciudadano en un tiempo en el que el Justicia mayor de Aragón era ahoreado sin formación de causa, asesinados impunemente consejeros íntimos del Monarca y estendida escandalosamente la delación, que daba tan abundante pasto á los tribunales ordinarios, á las chancillerías, á los jueces eclesiásticos y á los militares.

La necesidad de sostener guerras sangrientas por espacio de tantos años, no solo produjo el efecto de disminuir inmediatamente la población por el gran número de hombres á ellas afectos, sino porque en la necesidad de allegar recursos, estos, decada casi en su totalidad la industria, vinieron á gravar principalmente la agricultura, dejando reducida la clase labradora á la situación más lamentable. Y como si esto no fuera bastante, la agricultura fué todavía más oprimida con privilegios como el de la Mesta, y la propiedad territorial entorpecida en mano de los nobles y del clero, dejó de ser fecunda desde que en virtud de toda clase de vinculaciones los antiguos cultivadores propietarios fueron poco á poco y en casi su mayor parte, reducidos á la condición de colonos. ¿Era, por consiguiente, estraño, que con semejantes circunstancias la población decreciera cada vez

mas hasta quedar reducida á un número casi insignificante? No: razón hay para repetir con un ilustre historiador «que al morir el último vástago de la dinastía austriaca, la España, que había amenazado someter toda la Europa, parecía un inmenso navío, cuya proa se elevaba en el mar de las Indias y la popa en el Atlántico, pero desprovisto de remo, de cuerdas y de pilotos.»

Pero si como españoles debemos dolernos de las desgracias de nuestra patria, paguémosla también un tributo de admiración por sus esfuerzos sobre-humanos. Ella comunicó su vida á regiones apartadas, decayó en beneficio de otros pueblos y nunca podrá olvidarse que si exhausta quedó en el número de sus hijos y en los elementos de su prosperidad, fué para dar su más robusta gente á Cuba y á Puerto-Rico, y á Méjico, y al Paraguay, y á Chile, y al Perú, y á California, y á la Florida, y á Filipinas. No deben pesar á la nación española estos sacrificios, cuando vemos una tendencia marcada á estrechar más y más las relaciones entre España y los pueblos americanos, que no nos miran ya como enemigos, y á quienes nosotros consideramos como hermanos.

PASCUAL MADRIZ.

REVISTA DE PORTUGAL.

El ministerio alcanzó una considerable mayoría en las elecciones para diputados que tuvieron lugar el día 1.º del corriente mes, y no se puede calcular si la quinta ó la cuarta parte del Parlamento será de oposición.

No es fácil aventurar conjeturas sobre el aspecto que tomará el futuro congreso. Como un gran número de diputados son personas poco conocidas, y que deben su elección á influencias puramente locales, como es completa la disolución de los antiguos partidos, y están siempre detrás de éstos los estímulos que mantenían los hombres públicos, en la esfera de sus ideas, el ministerio no tiene motivo para confiar demasiado en la mayoría, y puede llegar á suceder que á la más leve crisis contemple sus más ardientes partidarios convertidos en *condottieri* de la edad media, que servían al que mejor les pagaba.

Pero el gobierno, á pesar de no haber correspondido del todo á las esperanzas con que fué acogido cuando tomó la dirección de los negocios públicos, á pesar de su impaciencia poco decorosa en emplear á sus amigos y parientes, y de su poco escrupulo moral en algunos despachos, está lejos de merecer las iras de la furiosa oposición que tan ásperamente lo combate. Estos *rigores de estilo* en que se desahogan pasiones que solo son feroces teóricamente, revelan apenas el arrojó de las imagnaciones meridionales, siempre inclinadas, como la del inmortal caballero de la Mancha, á tomar rebaños de carneros por ejércitos, y molinos por desmesurados gigantes.

Este naufragio de todas las antiguas creencias, que llevaron al estremo las diversas parcialidades, este periodo de transición en que la energía y la convicción de los partidos constitucionales fueron sustituidos por mezquinos cálculos, que se preocupaban más por sus personas que por la causa pública, tal vez fuese la condición inevitable para organizar una nueva sociedad política; mas no por eso es menos duro de reconocer.

No calumniamos seguramente á los futuros representantes del país al afirmar que sus creencias son débiles, y que se harían, sin gran escrupulo de conciencia, ministeriales de otro gobierno. Una gran parte de ella perteneció al Parlamento que apoyó al ministerio de la regeneración hasta 1836, y es un hecho harto público que despues de verlo abandonar el poder, ofrecieron sus servicios al que le sucedió, sin ignorar la significación del proverbio que dice: *Honra y provecho no caben en un sacco.*

El ministerio, por lo tanto, parece haber alcanzado una victoria semejante á las que iban destruyendo el ejército de Pynho al invadir la Italia. Una parte de sus partidarios le mira exactamente con aquel amor con que la vieja Tipáculas imploraba del cielo la conservación de la vida del tirano Dionisio, y lo sostienen recelando que el gobierno puede caer en manos de la oposición progresista-histórica, partido viejo y gastado, que pretende dar una prueba de sus convicciones ostentando odios irreconciliables, y que mal restablecido aun de su ignominiosa caída, le es de todo punto imposible reunir seis hombres de mediana capacidad para organizar su gobierno.

La naturaleza, dijo un poeta alemán, produce estadistas lo mismo que produce poetas, dos géneros de criaturas muy heterogéneas, pero que son del mismo modo indispensables, porque el mundo necesita ser gobernado á la par que entusiasmado. Nosotros hemos poseído y poseemos todavía algunos; mas la presente época es avara de estadistas: los pocos hombres de la revolución liberal, ó no pertenecen ya al número de los vivos, ó se mantienen estraños á las luchas políticas; y los hombres nuevos, los que hoy van descollando, heredaron sus defectos y conservan pocas ó ninguna de sus buenas cualidades.

Estos son los más ardientes apóstoles de la teoría de las *conveniencias políticas*, todavía disolvente, que perverte la conciencia humana y que inevitablemente hace desmayar el entusiasmo y las creencias, principios *eficientes* de todo cuanto se puede emprender de glorioso y útil en el gobierno de un Estado. Maquiavelos de contrabando, sostienen que la dignidad personal, que el respeto á los principios, que la moralidad política son preceptos de educación que sirven á lo sumo para perturbar el espíritu humano.

En las propias denominaciones que adoptaran los partidos militantes, se revela el sello de su degeneración y decadencia. El partido ministerial se titula *partido*

(1) Algunos escritores, entre ellos el modesto pero muy entendido D. Agustín de Blas, han fijado la población de las provincias de Castilla en el año 1482, en 7.900,000 habitantes, refiriéndose á la obra del señor D. Tomas Gonzalez. Se ha cometido en este punto un error: el Sr. Gonzalez señaló la población de 7.900,000 almas, comprendiendo 400,000 de Granada; y excluidos estos, fijó el número que nosotros publicamos, dando á Granada 71.904 vecinos, ó sean, 359,500 almas, según el estado que figura al folio 89, firmado por el mismo Sr. Gonzalez, en el archivo de Simancas á 30 de octubre de 1824.

progresista gubernamental; sus adversarios se proclaman del partido progresista de oposicion: ambos parecen desear el progreso, ambos se comprometen a realizarlo, mas ninguno tiene la condescendencia de declararnos cuáles son sus doctrinas, cuáles sus intentos de reformas, porqué medios pretenden resolver los graves problemas de la administracion del gobierno.

Es tan leve la linea que la separa; los jefes que los dirigen están tan acostumbrados á confundir su amor propio con las necesidades públicas, y las pretensiones de su ambicion con los principios que solamente puede fundar los sistemas de gobierno, que la mayoría de la actual Cámara puede aceptar al señor marqués de Loulé en vez del señor duque de Terceira, como presidente del Consejo, sin que por ello se altere gran cosa la marcha política y administrativa del gabinete.

El mismo ministerio actual que cuenta en su seno con hombres de elevada inteligencia, está viciosamente organizado. El Sr. D. Antonio Maria Fontes Pereira de Mello, que fué un hábil ministro de Hacienda y un activo ministro de Obras públicas desde 1852 á 1856, es incompetente para dirigir el ministerio de la Gobernacion, porque carece de tacto y esperiencia, y de rectitud de espíritu, condiciones esenciales para tratar seriamente los negocios y conducir útilmente á los hombres. En cuanto al señor ministro de Negocios Eclesiásticos y de Justicia (Gracia y Justicia), es hombre erudito, pero jóven y poco experimentado, y se deja dominar fácilmente por un sinedrio de mujeres devotas que deploran los desvarios de nuestro siglo, y que pueden abusar de su buena fé, comprometiendo su reputacion.

El Sr. Casal Ribeiro está bien colocado en el ministerio de Hacienda, porque durante su carrera parlamentaria demostró siempre mucha vocacion por ese difícil ramo de la administracion, y porque, segun se dice, prepara grandes reformas en su ministerio; ¡ojálá que ellas corten de raíz los enormes abusos y escandalosas dilapidaciones que cercenaban las rentas del Estado! El ministro de Obras públicas, Sr. Pimentel, que sobre los escudos de sus correligionarios progresistas-históricos, subió al gobierno, ha hecho algunos contratos de Obras públicas, de los cuales el último fué el del ferrocarril del Sur con una compañía inglesa. Si en estos negocios hubiese algo que reprochar, no seria culpa del ministro, que siempre se ha distinguido por su honradez.

Pero tres ó cuatro ministros, aunque sean de reconocida capacidad, no bastan para constituir un gobierno y fundar una situacion, cuando en vez de apoyarse en un partido que los auxilie y sostenga con profunda conviccion, procuran aumentar sus filas con tráfugas de los viejos partidos, que de exaltados y fanáticos se transforman en especuladores, no llevando al poder sino los abusos y los escándalos que pueden satisfacer su egoismo y avaricia.

El actual parlamento no nos inspira mas que un deseo y una esperanza: la de que una fraccion de él se incline á formar el núcleo de un nuevo partido en donde los caracteres que aun se conservan puros de los desiertos de tanto falso estadista, con viva fé en la excelencia del sistema parlamentario, puedan sostener con brio las nobles luchas de la vida pública.

Los dos viejos partidos que vemos en la arena de la política, están ya juzgados. De un lado, el de la oposicion que se titula progresista, invoca por irrision las vivas fuerzas de un progreso que data de 1856, y cifra su futuro programa de gobierno en injuriar brutalmente á sus adversarios, y en hacernos la apoteosis de algunos estadistas; del otro, el ministerio, que se proclama tambien progresista, que emplea para acarrear partidarios y adquirir vigor esos medios reprobados que indignan la opinion, que ofenden el sentido moral del pais, y que lo pueden sustentar algunos meses para perderlo despues.

La lucha del congreso promete ser animadísima, y creemos que los ministros no podrán resistir á las tempestades que asoman por el horizonte. Para rebatir la argumentacion del ex-ministro Avila; para desvanecer el objeto de los epigramas del antiguo ministro de Obras públicas, Carlos Bento da Silva, incansable propagador de dichos oportunos en los folletines de *Le Journal des Debats* y de *La Presse*; para cohonestar la fogosa y virulenta declamacion del diputado Silva Cabral, hermano del conde de Thomar, fortalecida por los testos judiciales que tiene archivados en su laboriosa memoria, no son bastantes los poderes de las tribunas ministeriales. El Sr. Fontes es un orador más hábil en evadir las cuestiones, que en aceptarlas francamente, y esto no produce siempre buenos resultados: el Sr. Antonio de Serpa que es siempre agresivo en la oposicion, no puede como ministro usar de las mismas armas, y por lo tanto su palabra se tornará fria y poco vehemente; el Sr. Casal Ribeiro no desenvuelve en la defensa el mismo vigor que en la agresion, y como está realmente atado á la picota, se mostrará tímido y poco enérgico; el Sr. Ferrao no pasa de ser un hombre de ciencia, nebuloso como un filósofo alemán, y que á pesar de su fecundidad en la tribuna, raras veces cautiva la atencion del congreso.

Poco tenemos que decir de novedades literarias. Se imprime en la imprenta Nacional, (de la que están ya completos nueve pliegos) la obra de nuestro distinguido literato Sr. Rebello da Silva, *Historia de Portugal en los siglos XVII y XVIII*. El elegante escritor Sr. Latino Coello, secretario de la Academia Real de ciencias, prepara sus trabajos para una *Historia de la literatura portuguesa en la edad media*. El famoso historiador Sr. Herculano concluyó la *Historia del origen y establecimiento de la inquisicion en Portugal* con el tercer volumen que se publicó en octubre último.

El célebre autor de la *Historia del Papado en los siglos XVI y XVII* es natural que, leyendo esta obra de Herculano, vea enfriado su entusiasmo con el carácter de Paulo III, que él nos describe con colores demasiado

lisongeros. El autor de la *Historia del Papado*, que es protestante, temiendo que le tachasen de parcial, se nos figura que ha sacrificado á tan noble sentimiento la exactitud histórica. Paulo III se distingue poco de los Pontífices sus antecesores, cuyos escándalos habian indignado á la cristiandad, preparando la revolucion religiosa que estalló en el siglo XVI.

No es posible dar idea de la obra de Herculano en los cortos límites de una correspondencia: lo que podemos afirmar sin temor de ser desmentidos, es que presenta trabajos y datos totalmente ignorados hasta ahora del público, y que deben modificar los juicios de muchos historiadores modernos.

Lisboa 13 de enero.

A. P. LOPES DE MENDONÇA.

Sentimos que la abundancia de materiales nos impida reproducir íntegro en nuestras columnas, el mensaje del presidente de los Estados- Unidos. Si bien consideramos ocioso repetir las consideraciones políticas y de honra nacional á que dá lugar dicho documento, en nuestro próximo número nos ocuparemos de él estensamente.

Por la devota carta de Napoleon al Papa, algunos de los misteriosos sucesos que han tenido lugar en Italia reciben una explicacion muy terminante. Ya se sabe por ella cuál fué la influencia que obligó á Garibaldi á presentar su dimision y la política volpina que ha tomado la direccion de los asuntos de Italia, política que Garibaldi mismo rechazaba. El Congreso se va á reunir, pero nada todavía puede esperarse de bueno para la Italia. Su nacionalidad permanece indecisa y Antonelli y Luis Napoleon trabajan en la sombra; el uno con bendiciones y exorcismos, y el otro con medias palabras y promesas inciertas.

Hé aquí la carta á que aludimos:

« Padre santo: La carta que vuestra santidad me ha escrito el 2 de diciembre, me ha conmovido vivamente, y responderé con entera franqueza al llamamiento hecho á mi lealtad.

Durante y despues de la guerra, una de mis mas vivas preocupaciones ha sido la situacion de los estados de la iglesia, y entre las razones que me decidieron á concluir tan pronto la paz, fué una de ellas el temor al ver que la revolucion tomaba por dias mayores proporciones. Los hechos tienen una lógica inexorable, y á pesar de mi adhesion á la santa sede, y á pesar de la presencia de mis tropas en Roma, no podía desentenderme de cierta solidaridad con los esfuerzos del movimiento nacional provocado en Italia por la lucha contra Austria.

Concluida que fué la paz, me apresuré á escribir á vuestra santidad, para someterle las ideas que yo juzgaba las mas á propósito para pacificar la Romaña, y creo todavía que si en esta época vuestra santidad hubiese consentido en la separacion administrativa de esas provincias, y en nombrar un gobernador seglar, se hubiesen sometido á la autoridad.

Por desgracia, no tuvo esto lugar, y me he hallado en la imposibilidad de contener el establecimiento del nuevo régimen. Mis esfuerzos no han conseguido mas que impedir á la insurreccion extenderse, y la dimision de Garibaldi preservó á Ancona de una invasion cierta y segura. Ahora va el congreso á reunirse.

Las potencias no podrán desconocer los derechos incontestables de la santa sede sobre las Legaciones; sin embargo, es probable que sea su opinion la de no recurrir á la violencia para someterlas, porque si la sumision se obtuviese con la ayuda de fuerzas extranjeras, seria preciso ocupar aun las Legaciones militarmente largo tiempo.

La ocupacion mantendria vivos los rencores de gran parte del pueblo italiano, y la envidia de las grandes potencias: seria perpetuar un estado de irritacion, de malestar y de temor. ¿Qué recurso queda? porque, en fin, esta incertidumbre no puede durar mucho tiempo.

Despues de examinar seriamente las dificultades y peligros que ofrecen las diferentes combinaciones, lo confieso con sincero pesar, y aunque sea sensible solucion, lo que me parece mas conforme á los verdaderos intereses de la santa sede, seria hacer el sacrificio de las provincias insurrectas.

Si el santo padre, en gracia á la paz de Europa, renunciase á estas provincias, que de cincuenta años acá suscitan tales embarazos á su gobierno, y que en cambio exigiese á las potencias que le garanticen la posesion de lo restante, yo no dudo un momento de una reaccion inmediata en favor del orden.

Entonces el santo padre afianzaria á la Italia reconocida su paz por largos años, y á la santa sede la posesion tranquila de los estados de la iglesia. Me complazco en creer que vuestra santidad no interpretará equivocadamente los sentimientos que me animan: que comprenderá lo difícil de mi situacion y acogerá con benevolencia la franqueza de mi lenguaje, teniendo presente cuanto he hecho en favor de la religion y de su augusta gefe.

He manifestado sin reserva el fondo de mi pensamiento, y lo he creído indispensable antes del congreso; pero ruego á vuestra santidad crea que cualquiera que sea su decision, en nada cambiará la linea de conducta que siempre he seguido con su augusta persona.

Al agradecer á vuestra santidad la bendicion apostólica que envia á la emperatriz, al príncipe imperial y á mí, le reitero el testimonio de mi profunda veneracion. De vuestra santidad.

Vuestro devoto hijo,

NAPOLEON.

Palacio de las Tullerías 31 de diciembre de 1860. »

Estos últimos dias recibió Mr. Buchanan, ministro inglés en Madrid, por conducto de la direccion del Tesoro, giros que vencen en 31 de enero, 15 de marzo y 15 de abril por valor de los 49.650,000 reales á que asciende el importe liquidado de la deuda reclamada por Inglaterra. A mas corto plazo habrian sido las entregas si se hubiera podido disponer de una suma tan considerable sobre la plaza de Londres sin producir grande alteracion en los precios de cambio. Téngase en cuenta que Inglaterra consentia en el curso de las negociaciones que se hiciese el pago en tres años, y que España, celosa de su honra, ha pagado sin aceptar plazo alguno, al contado. Esta conducta en las actuales circunstancias, en que el pais se halla empeñado en una lucha costosa, es digna de llamar la atencion de Europa.

Ha llegado á esta corte, procedente de Alemania, nuestro muy querido amigo el distinguido poeta chileno Sr. D. Guillermo Matta, que ha venido á visitar y recorrer la España. Tambien hemos tenido el placer de abrazar pocos dias hace á su compatriota el apreciable escritor Sr. Barros Arana, que se encuentra ahora en Sevilla ocupado en tomar apuntes en nuestros archivos de Indias para escribir una historia de Chile. Ambos literatos, colaboradores de LA AMERICA, honran sobremanera á las letras y á su bello pais.

Los españoles residentes en Lisboa, han respondido tambien al patriótico llamamiento hecho á todas las clases de la sociedad. Véase la siguiente exposicion, en que manifestando sus nobles sentimientos, ponen á disposicion del gobierno para atender á los mutilados en campaña, la cantidad de 1.306,730 reis, dejando abierta la suscripcion que de seguro ascenderá todavía bastante. No esperábamos nosotros menos de los respetables nombres que figuran al pié de la exposicion.

SEÑORA:

Los que suscriben, súbditos de V. M., residentes en esta capital, participando del patriótico entusiasmo que ha encendido en los pechos de sus conciudadanos la magnánima resolucion de V. M. de mandar las legiones de la patria á vengar en los campos africanos las injurias que sus bárbaros naturales han inferido á la gloriosa bandera de Castilla, desean imitar la devocion y generoso desprendimiento de sus hermanos, presentando en el altar de la patria, no solo la estéril expresion de sus votos y simpatías por tan santa y noble causa, sino tambien el don, mas provechoso sin duda, de una parte de sus fortunas, segun sus circunstancias se lo permiten, para aliviar las penalidades de la campaña á los que van á hacer por tan sagrado objeto el sacrificio de su sangre y de sus vidas. La cantidad de reis 1.306,730 ofrecida espontáneamente ahora por los que suscriben, y la que produzca la suscripcion que está abierta para los que no han podido concurrir en esta ocasion por ausentes ú otras causas, destinada al socorro de padres, viudas é hijos desvalidos de los militares que mueran, ó se inutilicen en la guerra, queda á disposicion del gobierno de V. M.

Dígnese V. M., Señora, aceptar, — siquiera en gracia de su piadosa aplicacion, — esta módica ofrenda de nuestro patriotismo, que en tierra estraña se mantiene ardiente y vivo, así como nuestros sentimientos de puro y acendrado amor á V. M.

Lisboa 19 de diciembre de 1859. — Señora. — A. L. R. P. de V. M. — Juan Rodriguez Blanco. — Manuel Iglesias. — José Iglesias. — Antonio José de Orta. — Manuel Moreira Garcia. — Andrés Martin. — Francisco Garcia Barroso. — Juan Gomez Roldan. — José Mateo Mendia. — Francisco Vaz. — Domingo Mateo Moreno. — Domingo Rodriguez Centeno. — Joaquín Garcia de Corpas. — Pedro Rodriguez Blanco. — Francisco Leon Vazquez. — Juan Dominguez.

El último correo del Rio de la Plata nos trajo noticias de la república argentina tan satisfactorias para aquel pais como favorables al desarrollo del comercio español en el mismo.

Se ha hecho la paz entre la Confederacion argentina y la provincia de Buenos-Aires, que vuelve por este hecho á incorporarse en la Confederacion, y á formar parte integrante y principal de la nacion argentina. Este feliz suceso completa la obra de la constitucion de la república, iniciada tan gloriosamente en 1851 por el general Urquiza.

A los ojos de la mayor parte de los europeos, la república argentina aparecia, durante el período de la larga dominacion de Rosas, como un pais gobernado, si dictatorialmente, pero constituido. Sin embargo, no era así. Todo era anómalo é irregular en aquel sistema. No habia en el Estado ninguna ley fundamental. Llamábase este Confederacion, y el gobernador de una de las provincias gobernaba el Estado. Se sometian las leyes á la aprobacion de una cámara; pero no solo era ésta una mera fórmula para ejecutar la voluntad del dictador, sino que además esta cámara de representantes que, aunque no con libertad, pronunciaba su fallo sobre los negocios generales del Estado, habia sido elegida solamente por una de las catorce provincias que forman la república argentina.

Esta era la situacion política de la Confederacion hasta la caida de Rosas. En cuanto á la situacion económica, bastará recordar que solo Buenos-Aires estaba habilitado para el comercio extranjero, pues los rios estaban herméticamente cerrados á la navegacion de los buques de Ultramar; y que para transportar mercaderías ó artículos de cualquiera especie á las provincias interiores, era necesario pagar un nuevo derecho de aduana en cada una de las fronteras provinciales que atravesasen. Júzguese de la pobreza y atraso en que necesariamente debian hallarse aquellas provincias.

La empresa que en 1851 acometió el general Urquiza, fué pues, no solo la de libertar á la república argentina de la tiranía de Rosas, sino tambien la de constituir la nacion. Intereses de localidad mal entendidos y prevenciones nacidas de los sucesos anteriores, han retardado hasta ahora la adhesion de Buenos-Aires á la obra de la constitucion de la república; pero por fin se ha logrado que se preste á incorporarse á la Confederacion.

La campaña que ha producido este resultado ha sido corta, y la paz se ha firmado por la mediacion del gobierno del Paraguay, y los buenos oficios de los ministros de Francia é Inglaterra.

La falta de espacio nos impide insertar el Pacto de union firmado entre las dos partes, por el cual queda incorporada la provincia de Buenos-Aires á la Confederacion argentina, y la proclama del general Urquiza al pueblo de Buenos-Aires. Estos importantes documentos dan fundadas esperanzas de que la paz será estable y duradera, pues así en las condiciones estipuladas como en la alocucion, se revela un espíritu de moderacion y benevolencia que debe ser fecundo para el bienestar y prosperidad de aquellos pueblos.

Por lo no firmado, EUGENIO DE OLAVARRIA.

## EL PAPA Y EL CONGRESO.

El folleto que con este título ha publicado una mano desconocida en Francia, preocupa hoy la atención del mundo, no tanto por su mérito, como por el origen elevadísimo que el sentimiento general le atribuye. ¡Triste condición, en verdad, que después de tantos años de revoluciones, después de haber amasado con sangre la tribuna y haber forjado en el horno de la guerra la imprenta libre, todavía la opinión de un hombre, su pensamiento, alarmen al mundo como si estuviéramos en los tiempos en que una voluntad sola disponía a su arbitrio de la suerte de las naciones. Mas de este mal no somos nosotros ni nuestra escuela responsables. Los que allanaron el camino del imperio a Luis Napoleón; los que aplaudieron aquel abrazo fratricida con que ahogó la república romana; los que se acercaron después de la funesta noche del 2 de diciembre a saludarle como el Carlo-Magno del siglo XIX; los que han fiado a su brazo el amparo y la defensa del santuario; los que solo han tenido palabras de adulación para su gobierno; los que han visto con la risa en los labios caer la tribuna, destrozarse la imprenta, huir desbandados los grandes oradores que eran la gloria de la revolución, y sobre tantas ruinas levantarse como una inmensa sombra la conciencia de un hombre; los cómplices de todas las violaciones del derecho cometidas en nuestro siglo, deben sentir caer sobre su cerebro, como gotas de plomo derretido, agudos remordimientos; enseñanza providencial que viene a mostrarles que nunca pasan por la tierra sin un gran castigo las grandes injusticias.

¡Cuestión pavorosa, cuestión tremenda la que nosotros vamos a dilucidar aquí; pero cuestión que necesita el estudio de todos los que se interesan por la suerte de Europa. Nosotros no empezaremos haciendo protestas de religiosos, porque no necesitamos tales protestas, conocidos como son nuestros sentimientos y nuestras ideas. El cristianismo descendió del cielo con su santa virtud para salvar al hombre y redimirle de la servidumbre de la naturaleza en que estaba postrado; ligó la conciencia humana al cielo, abriéndole los horizontes de la inmortalidad; vivificó santamente con el ideal absoluto de justicia nuestros códigos; borró las diferencias de casta, y fundió las cadenas de los esclavos; levantó en la creación un altar para el fuego inextinguible del espíritu, encerrado antes en la fría materia; hermanó las razas enemigas en el sentimiento sublime de la humanidad; dió a la vida con su ley moral un impulso infinito hasta esparcirla en la eternidad; consoló al pobre, al desgraciado, santificando el trabajo, y haciendo ver que cada lágrima es una gota de rocío celeste; puso la cuerda de lo infinito en la lira de las artes, y trajo las grandes verdades sociales de la libertad y la igualdad de todos los hombres, renovando así nuestra existencia, volviendo a crear nuestro espíritu. Es más; por las tradiciones del mundo antiguo; por la mayor facilidad de comunicar las grandes verdades al género humano; por la necesidad de no cortar el hilo de la historia, ni interrumpir la serie misteriosa de los siglos, el cristianismo, para ser católico, para realizar la unidad misteriosa del género humano, debió tener su centro en Roma: porque así recogía el espíritu antiguo, levantaba sobre el altar abandonado la cruz, concentraba en un foco los rayos dispersos de la vida, atraía a todas las razas que hollaban el polvo del Capitolio, derramaba un solo espíritu en el cuerpo de la humanidad forjado por Roma en el yunque de sus grandes guerras, y decía al mundo que todos los pueblos no habían hecho más que preparar la tierra para el advenimiento del Verbo. Reconocido esto, preguntemos: el poder temporal de los Papas, ¿es esencial, como pretenden algunos, al poder espiritual de los Papas? Esta es la grave cuestión que debemos abordar. ¿De quién proviene el poder espiritual de los Papas? De Jesucristo, que fundó la Iglesia. Ningún católico podrá negar la ortodoxia de esta proposición. ¿De quién proviene el poder temporal de los Papas? De Pipino, el padre de Carlo-Magno, que donó su patrimonio a la Iglesia. Lo que proviene directamente de Dios es esencial indudablemente al catolicismo, y por eso es esencial sin duda al catolicismo la autoridad espiritual de los Papas: lo que proviene de los hombres directamente es accidental, y por eso es accidental el poder temporal de los Papas. Lo que es esencial subsiste siempre; lo que es accidental se muda y cambia, condición precisa de todo accidente. El Pontífice no puede ser Pontífice sin tener autoridad espiritual; pero el Pontífice puede ser Pontífice sin ser rey. El fundador de la religión no tuvo más diadema que su corona de espinas, ni más cetro que una caña, ni más trono que una cruz. El primer Pontífice anduvo errante, oró en las catacumbas, murió en un calabozo. Todos los Papas primeros fueron humildes y desgraciados. Si la historia eclesiástica cuenta un Clemente de la familia de los Césares, en cambio guarda un San Víctor, hijo de un africano; un San Esteban, de familia plebeya; un Sixto II, oscuro filósofo ateniense; un Dionisio, fraile retirado a un desierto; un Cayo, originario de la Dalmacia, que solo daba esclavos a Roma; todos coronados con la aureola del padecimiento, santificados con el sello del martirio. Y si sostuviéramos que el poder temporal es de esencia en el Pontificado, error grave en que ha caído la escuela neo-católica, tendríamos que convenir en que ninguno de los ilustres Pontífices antes nombrados fueron tales, porque lejos de ser señores, eran esclavos. ¡Oh! No, nunca nosotros caeremos en tan grande herejía. Como el poder temporal no ha sido declarado dogma en ningún concilio, ni trasferido al Papa por la palabra viva del Evangelio, el poder temporal está sujeto a nuestro debate, a nuestra controversia, a nuestro juicio, como la cuestión de Parma, Módena y Toscana, como los Principados Danubianos, como Polonia y Hungría, como todos los problemas políticos que piden soluciones a Europa.

Nuestra proposición primera consiste en decir que el poder temporal del Papa, lejos de servir a su autoridad espiritual, le es por extremo dañoso. La gran revolución política que consumió inmediatamente después de su triunfo el cristianismo, fué separar los dos poderes, temporal y espiritual, monstruosamente unidos en la sociedad antigua. El César romano, además de ser cónsul para regir a su antojo la ciudad, prétor para animar con su propio espíritu los códigos, *imperator* para mandar los ejércitos según su voluntad, censor para tener en sus manos el libro de la vida de Roma; tribuno para proyectar esa magestuosa sombra en la puerta cerrada del Senado, dictador para condensar en su seno todas las fuerzas sociales; además de reunir las dignidades antes fraccionadas y esparcidas en la aristocracia, era Pontífice, sí, Pontífice máximo, y ponía sus manos en el ara de los dioses, y les ofrecía sacrificios, y explicaba sus decretos, y arbitrariamente interpretaba su voluntad; y de esta suerte, su poder, convertido en un despotismo gigante, quitaba a sus infelices víctimas hasta la esperanza, estendiéndose más allá del sepulcro, y agarrándose fuertemente a la raíz de la libertad interior, a la conciencia. Era necesario acabar con este mal que tenía postrado al mundo en una servidumbre sin esperanza y sin remedio. Y para acabar con este mal gravísimo, el cristianismo trajo la separación entre el poder temporal y el poder espiritual, perfectamente deslindada. Jesucristo se sometió como hombre a las leyes de la sociedad. Los apóstoles, al mismo tiempo que llevaban el tributo de sus ideas al espíritu humano, llevaban el tributo de su trabajo al César. Tertuliano pedía que los Césares tuvieran su jurisdicción en la sociedad y que no intentaran estender esa jurisdicción hasta el cielo. El gran servicio que Constantino hizo al mundo fué descenderse el manto de los Pontífices paganos sobre el ara de los antiguos dioses; abdicar el poder espiritual que había recibido de sus predecesores ante la conciencia representada por la religión. Osio, cuando el hijo de Constantino quiso por fuerza imponer un dogma a los cristianos, se levantó, y con aquel gigante valor que le daba la conciencia de su justicia y el espíritu de Dios, le recordó que, como César, tenía sometido a su dominio el mundo, pero no el espíritu. Así, Athanagoras negaba al poder civil la facultad de perseguir a los cristianos, porque el cristianismo es puramente espiritual, y al espíritu no alcanza ningún poder; y Lactancio negaba que ningún poder fuese bastante fuerte para arrastrarle a los altares de los dioses antiguos; ¡a él, humilde y desvalido! Y esta gran tradición se conservó en la edad media; y si no, recuérdense las palabras de San Bernardo, en que recordaba que el Pontífice debía ser en la tierra sacerdote, y no rey, para dirigir así mejor a su fin las conciencias.

Y, en efecto, el que tiene en sus manos a un tiempo mismo el poder temporal y el poder espiritual, tiene un arma terrible, y puede levantarse a un despotismo gigantesco. Cuando sonó en el mundo la hora de la Reforma, muchos príncipes poderosos fueron a la Reforma, llevados, no del deseo de dar libertad al pensamiento, expansión al espíritu, sino del deseo más egoísta de reintegrar la unidad fraccionada de su poder, de arrancar al Papa el dominio de las conciencias; y de esta suerte, hablando en nombre del cielo, aplastar bajo sus plantas el cerebro de sus vasallos, y tenerlos entre sus cadenas hasta allí donde solo puede alcanzar el brazo de Dios, hasta la eternidad. Los más grandes tiranos han soñado muchas veces con un poder espiritual. Cuando se ve a Felipe II tan celoso de la integridad del dogma y tan altivo con Roma; cuando se le ve recluido en un convento casi entregado a las prácticas sacerdotales, y sin embargo, dando órdenes a su embajador para tener a raya las pretensiones del Pontífice; cuando se examina con profundidad aquella oscura conciencia, se siente que el rey de España, el dueño de Portugal, el señor de los Países-Bajos, el enemigo de Inglaterra, el dominador del Mediterráneo, el que ocultaba en su manto un nuevo mundo, el que enviaba sus legiones al Asia, el que veía caer a sus pies ciudades africanas, y surgir en el Pacífico islas esclavas suyas, el que hería en el corazón al imperio turco, el que llegaba hasta aterrar la Francia, el que contaba al rededor de su trono las más hermosas provincias de Italia, desvanecido con tanto poder, había soñado, allá en sus ilusiones de ambición, con ser el Enrique VIII católico, el director de la conciencia de Europa; pues la autoridad del Pontífice era el único límite contra el que se estrellaba el inmenso océano de su alma. La revolución enciclopédica, que presidieron Aranda en España, Pombal en el vecino reino lusitano, Choiseul en Francia, Leopoldo en Toscana, el emperador José en Austria, si bien por todas sus tendencias era liberal, en realidad no fué para los reyes más que un gran acrecentamiento de su dominación; porque cercenando la autoridad del Papa, disolviendo las órdenes religiosas, que eran el gran ejército permanente de Roma, arrogándose innumerables facultades en la esfera misma de la Iglesia, el monstruo del despotismo se embriagaba de poder, cual si las grandes nubes que oscurecían los horizontes de aquellos tiempos le anunciase que estaba ya cercana la tempestad que había de ocasionar su muerte. Y sabido es que Napoleón, muchas veces en medio de sus victorias, cuando más reyes veía humillados y más pueblos vencidos, se dolía de no tener un poder espiritual para levantar su dominación sobre algo más real y más duradero que la conquista: sobre la conciencia, sobre los espíritus.

Pues bien: si la separación del poder temporal y del poder espiritual es la gran obra del catolicismo; si todos los doctores de la Iglesia convienen en que esta debe ser la norma de los tiempos modernos; si el progreso exige que no se levante ningún poder arrogándose derechos sobre todas las facultades del hombre; si la autocracia fué ahogada al pie de los Pontífices cuando Constantino declaró libre la Iglesia, ¿por qué el Papa, reuniendo al eterno poder espiritual el frágil poder temporal, ha de ejercer la autocracia en Roma? Lo decimos con la más profunda convicción: el soberano de Ro-

ma, con una guardia pretoriana francesa y otra guardia pretoriana austriaca, reintegrado en su poder por bayonetas extranjeras, obligado a reformas por consejos extranjeros, conmovido siempre, siempre amenazado por continuas revoluciones, envuelto hoy en el incendio que devora la Italia, sujeto a un Congreso europeo, despojado de las más feraces provincias de su reino; elegido para presidente de una ilusoria Confederación italiana sin consultar su voluntad, desconsolado por la publicación de un folleto, padece amarguras que no padecería seguramente si, ejerciendo solo sus derechos religiosos, levantándose sobre todos los gobiernos, pusiera su trono mucho más alto que esta baja región de las tempestades, y arrojara de sí con menosprecio ese corto pedazo de tierra donde han querido encerrarle los reyes, pedazo de tierra amasado con las lágrimas de sus predecesores, y con sus propias lágrimas.

Recuerde el pontificado los tiempos gloriosísimos en que no tenía poder temporal. Sin poder temporal sube hasta el trono de los Césares, vé de rodillas a sus plantas a Roma y a Constantinopla, salva del huracán que venía del Norte las últimas pavesas de la civilización, derrama sobre el ideal del arte clásico el bautismo, contiene ante su templo al bárbaro Alarico, ébrio de sangre, harto de matanza; hace retroceder al feroz Atila a sus bosques, a sus montañas de hielo, envolviendo así bajo la égida de su manto la ciudad eterna; amansa el indomable génio de Odoacro, reconciliándolo con la civilización antigua; ve al sicambre de hinojos ante su poder; convierte a los visigodos; lleva la verdad a la Germania y a los áridos desiertos del África y estiende el calor de la nueva vida del cristianismo por toda la tierra.

EMILIO CASTELAR.

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE MARRUECOS.

POR D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

(Continuacion).

III.

Llegamos ya a la conquista de Mauritania por los árabes; suceso el más influyente y de mayor importancia que haya acontecido en aquella tierra. El mundo estaba ensangrentándose por primera vez en una guerra religiosa. Los antiguos medos y persas, los griegos y romanos, los godos y vándalos, pelearon siempre por defender ó conquistar territorios por ambición ó rapacidad de sus caudillos; y los mismos judíos antes lidiaron por destruir razas enemigas, que no por esparcir su fé. Mahoma ó Mohammed-ben-Abdallah, nacido en la Meca por los años 571 de Jesucristo, y en medio de una tribu flaca y desconocida, fué el primer hombre que enseñando una doctrina, desenvainó la espada para sostenerla, confundiendo la conversión con la conquista, y predicando la guerra santa. Vióse entonces cuánto supera el espíritu religioso a la ambición, la codicia, la gloria y todas las otras pasiones, para esforzar el ánimo y levantarlo a grandes empresas. Y es que la eternidad es inmensa, cuanto breve la vida; y el hombre, cuando le ofrecen dones en una ú otra, los prefiere en la segunda naturalmente. Al grito de no hay más Dios sino Dios, y Mohammed es su profeta, (1) cayeron las fortalezas de la Siria y la Persia, tembló Constantinopla, el Egipto sucumbió, abrieron sus puertas las ricas ciudades del África cartaginesa. El imperio de los califas vicarios de Mahoma, era ya a principios del siglo VIII el más extendido y más poderoso de la tierra. Y tales maravillas no las habían ejecutado ejércitos imperiales ni naciones numerosas, sino algunos aventureros oscuros guiando tribus hasta entonces, por lo insignificantes, olvidadas. (2)

Hasan-ben-Annoman, enviado por el califa Abdelmelí a rematar la conquista de África con cuarenta mil soldados escogidos, había llevado a cabo con gran fortuna muchas empresas, y se juzgaba ya dueño de toda la tierra hasta el cabo Espartel y el mar Océano. Una mujer detuvo sus pasos delante de la frontera tingitana. Su nombre era Dhabba; pero los árabes, mirando sus hechos extraordinarios, comenzaron a llamarla Cahina, que es tanto como decir, hechicera. Aquella mujer andaba en reputación de santa ó adivina entre algunas tribus africanas, y con tal pretexto pudo juntar ejércitos de moros y bereberes, con los cuales derrotó al emir Hasan, obligándole a retirarse hacia las fronteras de Egipto. Tras esto llamó a consejo a sus capitanes y les dijo: « Los enemigos no acejan hoy sino para venir mañana más poderosos. La opulencia de nuestras ciudades, los tesoros de nuestras arcas, las joyas de nuestros vestidos, los frutos de nuestros huertos, las flores de nuestros jardines, las mieses de nuestros campos, lo están invitando al robo y a la conquista. Caigan, pues, las ciudades, vuelvan los metales y pedrerías a la tierra que los produjo, talemus los frutos, las flores, las mieses, y levantaremos muros de espanto y de miseria que el árabe no pase jamás. » La heroína no conocía a aquellos conquistadores; ignoraba que venían movidos por resorte tal como el fanatismo religioso. No tardaron en volver: las huestes de Cahina fueron rotas después de una sangrienta pelea, y la mujer santa, como era llamada de los suyos, cayó en poder del vencedor. Propúsole el emir Hasan las ordinarias condiciones de los conquistadores musulimes: crear en Dios y en Mahoma, ó pagar tributo. Negóse a uno y otro la esforzada Cahina, y fué decapitada, llevando aquel su cabeza por trofeo a la corte del Califa. Con este triunfo quedó llano el camino a los invasores para entrar en la Mauritania Tingitana. En tanto depuesto Hassan, vino a proseguir la conquista Muza-ben-Nosseir, hombre en años, pero activo y vigoroso, de noble presencia, y tan cuidadoso de sí, que al decir de las historias, traía siempre cuidadosamente tenidas la barba y el cabello que la larga edad encanecía. No hay acaso personaje más importante en la historia de Marruecos. Afable con unos, con otros magnífico; constante en la adversidad y modesto en la victoria, valiente y sagaz a maravilla, nos le pintan las tradiciones árabes, y tal debió ser si hemos de juzgar por sus hechos. Al rumor de la novedad un bereber llamado Warkatuf, levantó banderas y armas, pero fué vencido y obligado a meterse en las montañas, en donde a la verdad no encontró tampoco seguro refugio. Destruídos este y otros rebeldes, Muza llegó a juntar trescientos mil prisioneros y un inmenso botín. De aquí y de

(1) La traducción literal de esta frase es: «no hay más Dios que Allah (es decir el Dios por esencia, el Dios que adoran los árabes) y Mahoma es su mensajero.»

(2) Estos hechos están extractados de las historias generales de los árabes. En la escritura de los nombres durante todo el período que sigue he seguido las indicaciones del aplicado orientalista D. Francisco Javier Simonet.

allá acudían en tropel á servirle árabes, siríacos, persas, copos, y aun nómadas africanos: de suerte que reunió poderosísimo ejército y pronto á toda empresa. Ni se contentó Muza con imperar por las armas; quiso que los naturales amaran antes que no obedecieran su gobierno. Eran algunos de ellos cristianos, otros idólatras, y el mayor número profesaba el judaísmo, lo cual hacía difícil tal intento. Pero el caudillo árabe comenzó por hacer creer á los suyos y á los naturales que procedían de un mismo tronco, como originarios unos y otros del Asia, llamando á estos hijos de los árabes; y repartiéndolo con igualdad sus dones y observando estricta justicia, logró que los vencidos fueran convirtiéndose al islamismo y confundiendo sus intereses con los de sus conquistadores. Verdad es que nunca hubo pueblos mas conformes en costumbres que los árabes y bereberes, nómadas estos y aquellos, ligeros y dados igualmente á la rapiña y á la guerra. Mas fué grande acierto del caudillo, que conoció y supo aprovechar tales elementos, venciendo los áridos obstáculos que ofrecía de todas suertes su propósito. Puestas en orden las cosas de aquellas provincias, determinó Muza pasar la frontera de la Mauritania Tingitana y rematar la conquista de la tierra. Salíó á contrastar su furia el conde D. Julian (tan famoso en la historia de España), que gobernaba por los godos en aquellas partes; y juntas las fuerzas pelearon valientemente en varias ocasiones. Al fin los godos, no pudiendo resistir al número de sus contrarios, dejaron el campo y se encerraron en las ciudades: Muza se apoderó de Tánger, que era una de las principales, y luego de otras varias, hasta reducir el imperio godo en Africa al recinto fortísimo de Ceuta. El conde D. Julian se defendió allí tan bravamente, que el árabe, dando por terminada la conquista, hubo de retirarse á Cairouan, capital de su gobierno, dejando encomendado el bloqueo de la plaza, que estaba seguro de rendir tarde ó temprano, si no por armas, por hambre, á su hijo Merwan, y el mando de Tánger y las cercanías á Taric-ben-Zeid, capitán veterano á quien amaba mucho, y del cual hacía gran cuenta. Así pasó algún tiempo, durante el cual los bereberes de aqueude el Mulaya fueron imitando el ejemplo de sus hermanos de allende el río, y abrazando el islamismo. Los tristes godos en tanto, no pudiendo encerrar sus personas y bienes dentro de los estrechos muros de Ceuta, iban dejando la tierra de Africa, que fué por tanto tiempo de sus padres, y abandonando sus labores y hogares. Ninguno de ellos apostató de su nación y fé: pobres y desvalidos, prefirieron morir libres, aunque pobres, en España, que no vivir ricos debajo del brazo extranjero. No sabían ellos que aun allí habian de perseguirlos los jinetes de Musa; que Dios habia estampado un sello de esclavitud sobre su raza, que, sin ocho siglos de guerra y de sangre, no habia de ser borrado.

Desde entonces quedó sin contraste en poder de los árabes el Africa septentrional. Por primera vez formaba una nación aquella gente, desapareciendo las inmemoriales contiendas de familia y de raza que la habian hecho impotente hasta entonces. Los antiguos amazirgas y xiloes y las tribus tan opuestas llamadas en España de gomeles, mazamudas, zenetes y otras, comenzaron á mirarse como hermanas, ya que no perdieron del todo sus diversas tradiciones y costumbres. Los guerreros árabes avecinados en el suelo conquistado, y las muchas familias del Asia y del Egipto, atraídas en Africa por las victorias, servían de lazo entre las ramas diferentes de la población antigua, concertándolas y juntándolas en un punto. Musa-ben-Nesseir, como hombre de tan altos pensamientos, no bien miró pacífica el Africa, puso sus ojos desde sus orillas en las de España, determinándose á ganarla para que fuera una con su gobierno. Genzerico habia sentido en la opuesta arena los mismos pensamientos tres siglos antes. Y lo singular es que entrambos conquistadores, el vándalo y el árabe, este para pasar á España, y aquel para invadir el Africa, hallaron unos mismos medios é idénticas personas que les sirviesen. Un cierto conde Bonifacio, gobernador romano en Tingitania, movido de resentimientos particulares, entregó las provincias africanas á Genzerico, y ahora otro conde llamado Julian, que gobernaba la misma provincia, y por afrenta propia tambien, abrió á Muza las puertas de España. Hemos dejado al conde D. Julian bloqueado en Ceuta por Merwan y defendiéndose bravamente: determinado luego á ejecutar su traición, entregó la plaza á los árabes, les reveló los secretos del imperio godo, y guió sus huestes á los campos fatales de Guadalete. La hueste del Islam la formaban allí doce mil bereberes gobernados de aquel Taric-ben-Zeid, soldado viejo, tan amigo de Muza. Mala fué la jornada para España: tanto, que no cuentan las historias del mundo otra mas desdichada. Muza-ben-Noseyr deja el Africa á la fama del triunfo, llega, invade, conquista todo el territorio hasta el Pirineo, y yaiba á traspassarlo aun mas hambriento de batallas y de gloria, cuando envidia y calumnia conjuradas lograron derribarle de la estimación del califa; y vuelto al Asia, murió pobre y desconocido entre los de su tribu. Político no menos hábil que capitán famoso, el cual logró en Africa que los vencidos amaran á los vencedores, y en España que los esclavos admiraran la piedad de sus dueños: cosas ambas menos famosas que singulares y grandes. Al recorrer la historia de Marruecos, el ánimo se para sin querer ante ese olvidado sepulcro, y á pesar de la diversidad de raza y la contrariedad de creencias, lo saluda con respeto.

La Mauritania Tingitana y el resto del Africa septentrional, continuaron dependiendo del imperio árabe y de los califas de Damasco por mucho tiempo. Pero á la verdad, los emires sucesores del conquistador Muza, no alcanzando su prudencia y esfuerzo, no pudieron alcanzar tampoco tan buena fortuna. Hubo, pues, largas vicisitudes en toda el Africa, pugnando los naturales por recobrar la antigua independencia, y dividido ademas en cismas religiosos, que produjeron horribles contiendas. Si ha de creerse al historiador Cardonne, murieron de amazirgas, en dos batallas perdidas contra Hantdala-ben-Sofian, general del califa Yezid, treinta mil hombres en la primera, y ciento sesenta mil en la segunda. Pero no por eso dejaron los amazirgas y las otras tribus hermanas de pretender su independencia de los califas. Es de notar, sin embargo, que en estas rebeliones, antes peleaban los moros y los demás africanos por gobernar de por sí el territorio, que no por arrojar de él á la raza conquistadora. Los lazos con que árabes y moros quedaron unidos en tiempo de Muza, eran tan fuertes, que no habian de romperse jamás, ni siquiera en pensamiento. La libertad porque suspiraban ahora los africanos, era aquella misma que alcanzaron los diversos gobiernos de España, que poco á poco se fueron convirtiendo en reinos aparte; y el ejemplo les incitaba mas y mas á procurarlo, como que ya no lo veían de ejecución imposible. Referir los trances diversos de aquella contienda, que duró hasta mediados del siglo X, no es propio de estas páginas, ni á la verdad importa mucho para la inteligencia de la historia. Ello es que al fin los africanos lograron sacudir el yugo de los califas, entrando á gobernar los aglavitos en la parte de oriente, y los edrisitas en el occidente. De estos es de quien nos toca ocuparnos; y aquí empieza verdaderamente la historia nacional de Marruecos. Pero antes de terminar este período, debemos advertir que los árabes dividieron el occidente del Africa en tres partes, llama-

mando á la mas oriental Mogreb-el-aula, Mogreb-aal-wasat á la del centro, y Mogreb-alaca á la mas occidental, ó Mauritania Tingitana: conviene no olvidarlo en lo sucesivo.

## IV.

El sabio historiador Abu-Mohammed-Assaleh-el-Garnati, (1) en su obra intitulada «El agradable y divertido Cartas, ó código que trata de los soberanos de Mauritania y fundacion de la ciudad de Fez», dá larga cuenta de la familia y ascendientes del príncipe ó Idris, que fué quien separó aquellas provincias del califazgo, estableciéndose en ellas como rey. Mas baste saber que venia de Ali y de Fátima, llamada la perla por ser única hija del profeta, y que peleó valientemente con otros cinco hermanos suyos contra el usurpador Abu-Giafar: de la familia de los Abbasidas, en la funesta jornada de Fagg, Idris era el menor de ellos, y viendo muerto al mayor, que se nombraba Mohammad, fugitivos los otros, destruída casi toda su estirpe, y sin esperanzas de recobrar el califazgo que habia perdido, se retiró á Mauritania, pasando, no sin grave peligro, el largo camino, en compañía de su liberto Ráxid, hombre intrépido, resuelto y prudente, religioso y fiel á los descendientes del profeta. Despues de visitar varias ciudades de Mauritania sin hallar en ellas amigos ni facilidad de hacer valer su persona, Idris llegó con su compañero á la ciudad de Walila, metrópoli del país de Zarahon, á donde gobernaba Abdelmegid, el cual recibió á los fugitivos con mucho amor, hospedándolos en su propia casa, é informado de sus intentos, determinó ayudarles en ellos. Con efecto, á los seis meses de morar Ydris en Walila, en casa de Abdelmegid, siendo los principios del mes de Ramadan del año 172 de la egira, que es el 788 de nuestra era, congregó este á sus parientes y allegados y á las tribus de Auraba, que eran las mas numerosas y fuertes de Mauritania, y las comunicó el nombre y descendencia de aquel, hablándoles de su parentesco con el Profeta, de su bondad, religion y perfectas virtudes. Los congregados respondieron de consuno: «Alabemos á Dios, que aqui nos trae y con su presencia nos honra; é l es nuestro Señor y nosotros sus siervos, y por él daremos la vida.—¿Quieres por ventura que como á rey le aclamemos?—Pues sea; que no hay en nosotros quien ponga reparo en ello: sea humilde y prontamente.» Y sin otra cosa, fué aclamado Ydris por aquellas gentes. Acudieron muchas tribus á servir al nuevo príncipe, y con ellas formó gran ejército, con el cual destruyó á descontentos de algunas tribus, trajo otras nuevas á su obediencia, y rindió á Telemsan ó Tremecen, ciudad importantísima en aquella edad, levantando en ella mezquita y púlpito, á donde como soberano inscribió su nombre. Reparó tambien que, á pesar de las grandes conversiones logradas por el ilustre Muza-ben-Noseyr y del largo tiempo trascurrido en el dominio árabe, conservaba la tierra no pocos moradores cristianos y judíos, los cuales ocupaban las gargantas del Atlas y puntos y fortalezas casi inaccesibles, y libremente practicaban sus ritos religiosos, viviendo en total independencia. Propuesto á esterminarlos, marchó contra ellos con todas sus fuerzas. La última centella del cristianismo se apagó en Africa cuando Ydris, muertos ó cautivos aquellos fieles, arrasó los lugares que ocupaban, y entre otros las fortalezas de Fandelava, Medina, Bahalula, Colad y Guíata, donde abriganaban su pobre fortuna. Pero el príncipe mauritano no gozó mucho de tales triunfos. El califa Harun Arraxid, al saber los hechos del aborrecido rival, desconfiado de vencerle por armas, apeló, para acabar con él, á una maldad horrible, que fué enviar á su corte cierto hombre vil y mañoso, llamado Suleiman, el cual, ganando primero la confianza de Edris, le envenenó con un pomo odoroso. El fiel liberto Ráxid salió en persecución del traidor, y alcanzándole al paso del Mulaya, le hirió en la cabeza y brazos; mas al fin escapó con vida de sus manos. En seguida recurrió á los regulos ó caudillos de las tribus, y les propuso que nombrasen otro rey hasta ver si de Quinza, mujer esclava que habia dejado preñada Ydris, nacia hijo varon que pudiera sucederle, y cuando no, tomar con detenimiento otro partido. Bien quisieran los naturales nombrar por rey al propio Ráxid; pero dóciles á la voz del noble anciano, determinaron esperar el parto de la esclava. De esta nació el príncipe á quien llamaron Ydris II. Los xeques, al verlo, exclamaron: «Este es un Ydris; parece que en él vive aquel otro todavía,» y al punto le juraron por su señor. En todos estos hechos mostraron los moros un candor verdaderamente primitivo. Cuéntase que el vil Suleiman ganó la confianza de Ydris, porque solamente en su conversacion hallaba el príncipe las ideas cultas á que estaba acostumbrado: el ánimo simpatiza con semejante ignorancia cuando produce escenas tan patriarcales como se representaron en la proclamación de Ydris y de su hijo.

A los once años entró á reinar el nuevo príncipe. Fué virtuoso y valiente, é edificó para capital de su imperio la gran ciudad de Fez. A este sucedió su hijo Mohammed, el cual, por consejo de aquella esclava Gunza, abuela suya, repartió entre sus hermanos los mejores gobiernos del imperio. Malle pagaron esta generosidad dos de ellos, porque el uno, llamado Ysa, se rebeló contra él, apellidándose emperador, y el otro, por nombre Alcásim, aunque no claramente, vino á favorecer tal propósito. Tuvo Mahommed la fortuna de hallar un hermano mas agradecido que los otros, el cual, por nombre Omar, venció á los rebeldes, quitándoles los gobiernos de que habian abusado. Alcásim acabó sus dias como arrepentido, haciendo penitencia en una mezquita que edificó para el caso. Mohammed reinó con moderación y justicia, sucediéndole su hijo Ali, tambien magnánimo y generoso. Hermano de este fué Yahya, que le heredó, por no tener hijos varones: príncipe no inferior en virtud á los anteriores, en cuyo tiempo la ciudad de Fez cobró grandes aumentos y hermosura, viniendo de todas partes muchas gentes á poblarla, y levantándose en ella la gran mezquita de Cairouan y otros edificios. A Yahya sucedió un hijo suyo del mismo nombre, pero harto desconforme en calidades. Movidos de sus liviandades, se alzaron contra él los moradores de Fez, y ó bien le mataron, que parece lo mas probable, ó bien, como el Cartas asegura, murió él de pesadumbre la noche misma en que por los amotinados fué arrojado del barrio de Cairouan, que era el principal de la ciudad, el nombrado del Andaluz, por ser residencia de muchas familias moras desterradas del califazgo de Córdoba. Este Yahya estaba casado con hija de Ali, que era hijo de aquel Omar cuya fidelidad y valor habia salvado á su hermano Mahommed de la furiosa ingratitude de otros hermanos. Viendo muerto al marido, Ateca, que así se llamaba, envió á llamar á su padre, el cual, pronto en la ocasion, acudió con numerosa hueste, y vencidos los rebeldes, ocupó el trono. Pero Ali no lo disfrutó por mucho tiempo. Un árabe, natural de Huesca, en España, por nombre Abderrazac, se alzó contra él y lo venció en campo. Entró el usurpador en Fez, y se posesionó del barrio del Andaluz; pero los del vecino, de Cairouan, cerraron sus puertas, y lejos de reconocerle por soberano, llamaron para que ocupase el trono á Yahya, hijo

(1) Sigo la traducción portuguesa de Aloura, y doy por supuesto que es el autor de esta obra quien generalmente se cree.

de Alcásim, aquel mal hermano que murió en penitencia por haberse levantado contra Mohammed, hijo de Ydris II y tercer príncipe de la dinastía. Este Yahya, que debe nombrarse el tercero, murió en una rebelion de sus vasallos, y entonces vino al imperio y gobierno de Fez otro Yahya, primo del anterior, como que era hijo de Omar y hermano de Ali. El cual fué, al decir de las historias, el mas poderoso y de mejor fama, el poseedor de mayores estados, y mas recto y generoso de los Ydrisitas; doctor en ciencias, gran observador de los preceptos del Profeta, dotado de elocuencia y claridad en la palabra, de intrepidez y firmeza en el ánimo. Conservóse en el trono de Mauritania hasta el año 315 de la egira, que es el 917 de nuestra era, en cuyo tiempo vino contra él Mosala, natural de Mequinez, como lugarteniente de Abdallah, señor entonces de la parte oriental de Africa, el cual lo derrotó en campal pelea, y poniendo luego cerco á la ciudad de Fez, donde se fortaleció, le obligó á pagar tributo y reconocer vasallaje. El infeliz Yahya vió perdida en un punto toda su grandeza, siendo reducido á obedecer los mandatos de gente extranjera, aunque de la propia religion y estirpe. Pero no pararon aqui sus azares. Un cierto Muza, xequé de la tribu de Mecenesa, anhelando por imperar, y envidioso de las virtudes y fama de Yahya, se habia juntado con Mosala para vencerle y humillarle, y no satisfecho con haberlo conseguido, meditaba continuamente su total ruina. Al fin logró que Mosala prendiese á Yahya cuando este amistosamente iba á su encuentro, y que le atormentase por mil bárbaros modos, hasta conseguir de él que dijese donde tenia ocultos los tesoros del imperio: que acaso pintándose los como muy grandes, y excitando con ellos su codicia, fué como Muza alcanzó del capitán africano que ejecutase alevosia tan horrenda. Yahya fué desterrado en seguida, pobre y miserable, á la parte de Arcila, y de allí al Africa oriental; pero el odioso Muza, pronto siempre en atormentar á su émulo, le asaltó en el camino, y le tuvo en hondos calabozos por espacio de veinte años; de donde el triste rey no salió sino para morir á los pocos dias en el asalto de una ciudad extraña. Entretanto gobernó el Mogreb-alaca por algun tiempo Raihan, en nombre de los soberanos de la provincia de Yfrikia, que comprendia la parte oriental de la tierra donde antes estuvieron Cartago y Numidia. Exasperados al fin los naturales con la dominacion extranjera, llamaron al príncipe Al-hasan, nieto de Alcásim, el cual entrando secretamente en Fez, arrojó de allí al gobernador Raihan y se hizo aclamar por el pueblo. El primer intento del nuevo soberano fué libertar á su padre que gemia á la sazón en las prisiones de Muza, y vengar tantas afrentas como de él habia recibido su familia. Para ello juntó copioso ejército, y encontrándose con su enemigo orillas del rio llamado Vadelsicoltahen, hubo gran batalla, la cual fué muy costosa á unos y otros, aunque no sin ventaja de Al-hassan. Este, dejando sus tropas en el campo, volvió á Fez ó bien por traer de allá refuerzos, ó bien por arreglar algunas cosas del gobierno. Mas entretanto viéndole solo dentro de los muros unos de sus alcades, de estirpe extranjera, que tenia por él las fortalezas de Fez, se resolvió á perderle, y poniéndole en cadenas expidió mensajeros á Muza, el cual llegó á la ciudad, y á pesar de la resistencia de los moradores, entró en ella con ayuda del traidor. Luego quisiera Muza que este le entregase al príncipe para matarle; mas no lo logró de él, por no consentir que se derramara sangre del Profeta, antes por libertar á Al-hassan de las iras de su émulo, le soltó una noche por la muralla, con tan poca destreza por cierto, que hubo de morir del golpe. Con lo cual el traidor alcaide no logró su intento, antes bien excitó la cólera de Muza de tal suerte, que solo huyendo pudo salvar la vida.

Pero ello es que Muza ocupó el trono que por tan malos caminos buscaba. Hizo guerra á los Zdrisitas, y los redujo á un solo castillo, de donde no pudo arrojarlos, así por la aspereza del sitio y fortaleza de los muros como porque los xeques y principales de Mauritania le representaron que no era justo privar de aquel único territorio y asilo á los descendientes legítimos del Profeta. Con esto Muza abrió un poco la mano en la empresa, y harto hizo en prepararse poco tiempo despues para resistir otras mayores que contra él se intentaban. Sabido es que los reyes de Mauritania ó Fez habian sido hechos tributarios de los señores del Africa oriental ó Yfrikia por Mosala en tiempo de Yahya, y con ayuda por cierto del propio Muza, que entonces imperaba. Pues luego que se vió este poseedor de tales dominios, comenzó á rehuir toda dependencia, dándose por libre del tributo. A castigar tales atrevimientos vino sobre Fez un poderoso ejército de africanos al mando de Maisur, el cual obligó á Muza á abandonar sus estados y á refugiarse en el desierto, donde no muchos años despues murió miserablemente; que fué dignísimo fin de tal vida. Maisur, logrado el castigo, se volvió á Yfrikia dejando numeroso presidio en Fez para que mantuviera la obediencia. Los Zdrisitas mirando la ocasion como propia, salieron del fortísimo castillo en que estaban guarecidos, y recobraron mucha parte de sus estados; pero no pudieron rendir á Fez, que era su capital y la ciudad mas importante del imperio. Gobernaba entonces por los Zdrisitas y como heredero de Yahya, en las tierras reconquistadas, Alcásim, nieto de aquel otro Alcásim de penitente vida. Sucedióle su hijo Abulaix, príncipe juicioso y benigno, generoso y valiente, al decir de las historias árabes, el cual no se sintió con fuerzas para luchar con los señores de Yfrikia á pesar de tales calidades, y ni contaba con arrojarlos de la ciudad de Fez, ni con retener siquiera lo recobrado. Ofrecióse pues como tributario al califa de Córdoba, con tal que le librase de la dependencia del de Yfrikia, quizá con propósito de valerse del uno contra el otro, que ya se contaban por émulos y mortales enemigos, quedando libre al cabo de toda sujecion y tributo. Pero el cordobés no consintió en enviar armada á Africa sin que Abulaix le entregase antes las plazas de Tánger y Ceuta, y sentó tan firmemente su planta en aquel continente, que desesperado el Zdrisita, pasó á España á la guerra santa, y en ella murió en un encuentro. Su hermano Al-hassan, que le sucedió en el imperio, fué el último de los de su raza. En los diez y seis años que reinó no tuvo un instante de reposo: encendidos cada vez mas en odio y emulación los soberanos de Yfrikia y de Córdoba, llamados aquellos Fatimitas y estos Umeyas, hicieron á la Mauritania teatro de sus contiendas y combates. Los califas de Córdoba, dueños de Andalucía, miraban como propias las fronteras provincias de Africa, y los dominadores de la parte oriental de Mauritania no juzgaban tampoco su imperio completo si la parte occidental no poseían. El infeliz Al-hasan, incierto entre tan diversas pretensiones y tan poderosos contrarios, ora se inclinaba á un lado, ora á otro, ya favorecia al africano, ya al español, hasta que con la irresolucion perdió estados y vida. Vencieron al fin los Ben-Umeyas; y Córdoba, capital de la mejor parte de España, vino á serlo entonces del Mogreb-alaksa ó reino de Fez.

## V.

La monarquía mauritana desaparece por algun tiempo de la historia. Dos tribus poderosas se disputaban allí la supremacia aunque una y otra, prestándose á obedecer y servir á los califas de Córdoba, una se nombraba Magrawa y otra Ye-

ferun. Era xeque de la primera Zairi-Ebn-Athia, y de la segunda Chadd-Ebn-Yala, iguales ambos en valor y nobleza. La lucha fué porfiada; pero al fin venció Zairi á su contrario, y quedó de pacífico gobernador en Mauritania, poniendo su residencia en Fez. Zairi, ó segun otros Zeiri, tuvo ocasion de servir en gran manera á los califas de Córdoba, viniendo y sojuzgando á los poderosos señores de Ifriquia, por lo cual fué nombrado gobernador de aquellas provincias y recibió grandes honras y mercedes y el título de visir del imperio. Ensoberbecido al cabo con tantas prosperidades, quiso revelarse contra sus señores; pero fué vencido y arrojado al desierto. Su hijo Almóezz y su nieto Hamáma, harlo mas prudentes que él, alcanzaron de los califas de Córdoba el gobierno del Mogreb, con completa sujecion y vasallaje. En tiempo de este continuaron las guerras civiles entre su tribu y la de los de Yeferun. Alfoth y Aisa, ó mas bien Ysa, sus hijos, se repartieron no solo el gobierno de la provincia, sino aun la misma ciudad de Fez, mandando cada cual en uno de los dos barrios del Andaluz y Cairowan. Venció al fin Alfoth, que fué vencido á su vez por un primo suyo apellidado Moanser, el cual imperó en Mauritania hasta que vinieron los Almoravides, fundadores de la segunda dinastía. Moanser, despues de resistirles heroicamente la entrada, desapareció de entre los suyos, y mas no pudo saberse de su fortuna. Pero entre tanto el grande imperio de los califas de Córdoba, aquel que levantó los palacios y jardines de Zahara, y fué patria de sábios tan profundos y tan inspirados poetas y guerreros tan valerosos; aquel cuya amistad solicitaban los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y cuyo poder temian todas las naciones de la tierra, mostrábase ya por tierra, siendo, como tantos otros, ejemplo notable de la inestabilidad y flaqueza de la suerte. Sin la gloriosa familia de los Ben-Umeyas se repartió en cien pedazos el imperio, y no hubo mas en adelante que confusion y decadencia entre los muslimes de España. Así fué que nadie recordó mas las provincias de Africa, ni pensó en conservarlas ni defenderlas. Duró el señorío de los califas de Córdoba en Mauritania poco menos de un siglo.

(Se continuará.)

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## LITERATURA FRANCESA.

### LAS CARTAS DE EVERARDO POR P. LANFREY.

Un buen libro es siempre una buena accion. Toda obra que tiende á levantar de su postracion á la conciencia humana, perseguida, humillada ó olvidada por esos mismos que deberian respetarla y respetarse, es una obra que merece la acogida y el aplauso que se tributan con tanta facilidad y tan injustamente, sobre todo en nuestros malos tiempos, á esa multitud de libros espúreos, consagrados únicamente á la propaganda de sistemas absurdos para sostener las preocupaciones caducas de sectas vacilantes, ó en apoyo de corruptores sofismas de moral infame, de política infame y de infames principios de sociabilidad y de arte. Lo repetimos; un buen libro, un libro que viene como una luz de verdad en medio de las tinieblas de los errores consentidos, es siempre una buena accion, y hay épocas en que un buen libro es tambien un acto de heroísmo y de abnegacion.

Porque hay épocas en que un hombre solo, si tiene la energía de sus convicciones y la honradez de sus principios, puede atraer sobre su existencia, inerme para el mal omnipotente, los odios y las venganzas de un despotismo, absoluto, más que por su propia fuerza, por la que le dan la indolencia culpable, el miedo contagioso de los mercaderes avaros y la alianza formidable de los jesuitas, con los desalmados y los caballeros de industria de la política. Para los primeros, la patria es la banca; y el agiotaje insolente, el alza ó la baja de los bonos, que vacían ó repletan los cofres del usurero, son el honor, los principios y el objeto mas santo de la vida. Los segundos son apóstatas de la humanidad, piratas de la civilización, que llevan á los negocios de Estado y á las familias el fraude, la estafa y la corrupcion. Agregad á todo esto un ejército de soldados, bien nutridos y bien armados para esclavizar y matar á sus conciudadanos, á la voz de sus jefes; hombres-fusiles, hombres-carabinas, hombres-sables que reniegan de su propia ciudadanía y que no tienen mas patria que la caserna, ni mas código de justicia que la obediencia, y tendreis delineado un bosquejo de lo que se ha llamado y se llama una tiranía y gobierno tiránico, que algunos se han atrevido á llamar tiranías de orden y gobiernos paternales, que á tanto ha llegado en otros tiempos y llega en los nuestros la perversidad del crimen y el cinico desearo de una ambicion estraviada, única razon y guía de bárbaros políticos y de bárbaros filósofos.

Noble Francia de 1848 ¿en dónde estás? ¿En dónde está esa tribuna, voz de la humanidad, que era la apelacion y el refugio de los sagrados derechos de las naciones oprimidas? ¿En dónde están las cátedras augustas, cuya enseñanza se depositaba en el alma de las generaciones que crecian como una semilla de virtud, que engendraba los frutos de la ciencia y del arte, con la doble consagracion de Dios y del hombre? Preguntad al viento del desierto á dónde está la carabana que atravesaba sus arenas y que han sepultado sus ráfagas..... Preguntad al Vesubio en dónde están Pompeya y Herculano?

El daño mas grave, la enfermedad mas desesperante de las tiranías, es el envilecimiento de las conciencias, envilecimiento que se propaga en la sociedad con una velocidad extraordinaria, como si un contagio moral de servidumbre penetrara la vida entera de esa sociedad, metida siempre en el capullo de su interés personal, ó lanzada á los peligros de las especulaciones violentas que la tiranía procura extender á toda costa para dar pábulo horrible á las fuerzas energicas del hombre, y para afianzar su poder que prostituye, con ese otro poder que corrompe. El hombre desaparece, y queda en su lugar una momia ambulante; y la idea, creadora de todo lo grande, huye de las inteligencias que han renegado del hombre. La nulidad de éste y la negacion brutal de la idea, traen á la ciencia el empirismo, al arte el sensualismo bestial, á la religion el fetichismo, extendiéndose sobre todas las cosas una bruma espesa de ignorancia que confunde al crimen con la virtud y al vicio con la moral.

En algunas ciudades del Nuevo Mundo, cuando la fiebre amarilla diezma sus poblaciones, una nube pesada, horrible, lúgubre, se mantiene suspendida en el cielo, como indicando al viajero la region de la muerte. La atmósfera, impregnada con el mismo pestífero, envenena el aire respirable que lleva al corazon la muerte. El sol radia una luz enfermiza y los ojos tímidos y asombrados creen ver en la naturaleza misma el aspecto aterrador de un cadáver en descomposicion. Sucede lo mismo en los países en donde reina la tiranía. La literatura, que podría decirse que es la atmósfera de la sociedad, se embebe en el mismo miasma mortífero y se extingue, ó se alimenta con el miasma de la corrupcion y solo produce frutos podridos. Los escritores se prostituyen y venden su pluma al que mas paga, sin ocuparse en averiguar si la causa que defienden es

justa ó no, y entonces aparecen esos tipos monstruosos, los bravos de la pluma, instrumentos y cómplices, defensores y buhoneros de toda iniquidad, de todo crimen, siendo el cortejo mas inicuo de los despotas.

El hombre del puñal, el bravo de Venecia, ese ser infernal, enmascarado y vestido de rojo, que atravesaba las callejuelas y las salas del sombrío tribunal, era execrado por todos y maldecido por todos. Nadie pasaba los umbrales de su casa maldita, bohardilla infecta, en la cual sus manos ensangrentadas contaban el dinero de su último asesinato. El bravo era el confidente de los vicios de la nobleza y el villano ejecutor de sus venganzas. La infame oligarquía veneciana era opulenta y feroz. ¿Teniais un enemigo? ¿Teniais un rival? el bravo estaba á vuestra disposicion para libraros de uno ú otro. ¿Cuánto por una puñalada? Tanto. Y el hombre del puñal acechaba, como el tigre en las sombras, y saltaba como él, á las espaldas de la victima indefensa, que caía bañada en su sangre. El bravo acompañaba algunos instantes á su victima; tanteaba su corazon, y cuando este cesaba de palpar, signo seguro de que estaba bien muerto, el bravo se alejaba de allí apresurado, internándose en las lóbregas tinieblas de la noche y sonriendo con pavor. El bravo del puñal se ha transformado ahora en bravo de la pluma; y si aquel era un hijo de la fatalidad y de la corrupcion de su siglo, tenia su disculpa en las mismas sombras de su época que cubrian su conciencia y que cegaban sus ojos hasta arrastrarlo á esa senda y hacerlo un instrumento de crimen, y á veces casi de una horrible justicia. Pero el bravo de la pluma, el bravo moderno, no puede reclamar en su defensa ninguna de esas causas atenuantes. Muy al contrario, él se presenta con toda la luz en los ojos y con toda la luz en la conciencia, con una inmensa suma de los conocimientos adquiridos por la ciencia, despues de tres siglos de vastas conquistas inteligentes, y se ofrece á los que quieren emplearlo con esas recomendaciones y útiles ventajas para sus fines. ¿Cuánto por un artículo? Tanto. Negocio concluido. Y el bravo de la pluma, diestra y alevosamente, empieza su obra; la lee y la relée sonriendo á cada frase, y alegrándose por cada sentimiento que escupe, por cada calumnia que arroja y por cada victima que cae, asesinada por su pluma. En seguida agarran sus manos manchadas con una tinta infame, el dinero de la ignominia que él irá á partir mas tarde con las prostitutas y las bailarinas. ¿Qué le importan sus mentiras, que sus calumnias, aunque vayan á herir el corazon de un prisionero, el de un proscrito, el de un deportado, que no pueden ni tienen la posibilidad de defenderse? Nada. Cuanto mas fácil es la empresa, tanto mas la exalta y la pondera, para crearse un título á los ojos de quien le paga. Con una suma doble, doblará sus esfuerzos, y con una triple consentirá en renegarse á sí mismo. Es cierto, el bravo de la pluma, al revés de su homónimo de los siglos pasados, es lisonjeado, condecorado y dignificado quizás, como algunos ídolos malévolos, para insultarlos mas tarde. Pero gozan del presente y se rebullen en su ignominia, como el hipopótamo en su fango. El bravo del puñal, asesina á un hombre, á dos, á tres, y el bravo de la pluma, mas terrible en su misión destructora, asesina á una nacion entera y mata á la justicia en la historia.

¡Ah! Francia, Francia! ¿de qué te ha servido el largo aprendizaje de las desgracias? ¿de qué esas grandes revoluciones populares, días de triunfo para la humanidad y para tí, si has de tender el cuello dócil á un nuevo yugo, antes de que el antiguo haya sido destrozado por tu puño de hierro? Y tú eres grande sin embargo; tú no puedes morir, porque tú sabes resucitar!

Sintoma y sintoma casi seguro de resurreccion nos ha parecido la obra de Lanfrey. El lenguaje de la verdad, por muy severo que parezca, encuentra siempre el camino de la simpatía y puede levantar el carácter de un gran pueblo, tanto mas, cuanto que para el escritor enérgico la sola tentativa puede ser el fallo inapelable que lo conduzca á los presidios de Argel, al sepulcro de Cayena, ó á la muerte lenta y penosa de un destierro sin esperanza. Hé aquí por qué hemos dicho que un buen libro era tambien en ciertas épocas un acto de abnegacion y de heroísmo, porque en ese acto individual va envuelta la condenacion de toda una época, con todo su séquito de iniquidades, de modo que el escritor amotina en contra suya al despotismo, á sus seides y hasta á lo que se llama opinion pública, que en esas épocas no existe ó existe, falseada por el terror y el egoísmo. El hombre digno no sigue la senda trillada de esa multitud y como dice Ben Jonson, así como el movimiento de los planetas es inverso al del mundo, así marcha él tambien en sentido inverso de la opinion.

Las cartas de Everardo tienen todo el interés de una historia y la perfeccion de un estudio moral, abundante en preciosas observaciones y en rasgos de caracteres que completan, si puede decirse, la fisonomía variable é indecisa del hombre moderno en su variable é indecisa existencia. Everardo no es un héroe incomprendible que no tiene objeto en la vida y que va desalado por esas regiones de la fantasia, como la imaginacion apasionada de quien es hijo. No es Manfredo, demandando á las cumbres y á los abismos el secreto de una existencia infeliz y rogando á Venus Astarté que lo anonade su tedio en una caricias término. No es René, vagando por esos bosques vírgenes de América, por las orillas de esos rios inmensos, que se derraman como mares entre cances de flores, y murmurando en esas soledades infinitas el nombre fatal de un amor incestuoso. No es el misantropo Obermann, sumergido en la contemplacion de una naturaleza extraña y hechicera, arrojando á un desierto de aspiraciones los deseos de su alma escéntrica, y creyendo encontrar el bien y la felicidad supremos en la *Narvaya*, el completo anonadamiento de los religiosos Budistas. Everardo es un ser verdadero, es un hombre que sufre como todos los demas; un ciudadano que ama á su patria; y tanto, que sus desgracias son sus desgracias, su postracion su martirio y la pérdida de su honor, la llaga incurable de su alma, la verdadera enfermedad de su espíritu, como él lo dice. Para algunos este personaje será un héroe romanesco, que romancescos y hasta locos de atar se llaman en tiempos Cesáreos, á los hombres que no se postran con la multitud y que defienden una idea de justicia y de civilizacion, despues de la derrota y contra el éxito coronado y triunfante.

No es el tedio de las almas vulgares, no es la envidia ruin del hombre que se siente incapaz del mérito, lo que aleja á Everardo de Paris; no es el cansancio de los placeres frívolos lo que le induce á buscar la soledad de una aldea, huyendo de los visajes y gesticos de tantos hombres inútiles. Su desengaño es mas cruel, y la inaccion lo fatiga y lo abruma; pero no lo rinde. Filosofía, historia, política, ciencias, literatura, todo esto le interesa; y él sigue las huellas del progreso de su siglo, con la esperanza de ocupar su puesto en la lucha el día del combate y de no faltar á la ocasion propicia de ser útil á su patria, si al fin llega. El mal de que padece, no es, como su amigo lo dice, desesperacion de amor, misantropía ni duda; su mal consiste, como él le responde, «en la incapacidad de transformar en actos, pensamientos de una evidencia clara y vulgar; en no poder remover siquiera los obstáculos y las barreras, que la mano de un niño hubiesen levantado en otro tiempo; en ver este anonadamiento y no intentar algo para vencerlo. ¿Quiéres

tú saber mi secreto? Voy á decírtelo en una frase. Bien sabes que los siglos, como los individuos y los pueblos, tienen la misma vida y que esta se manifiesta en ellos por los mismos períodos de actividad y desfallecimiento, de virilidad y decrepitud. Muchas veces una época parece que ha muerto; porque dormita; y la vida estinguida en la masa, persiste como tal en algunos seres privilegiados que la conservan como un sagrado depósito. Nuestra época es así, y en esta alma se refugia su ingenio, en esa su virtud, en aquella su ciencia... Pues bien: en la mia se han refugiado su deshonra y sus pesares.» Este es Everardo, y para darlo á conocer mas estensamente, continuaremos citando esas páginas que nos dan su fotografía moral y la de los hombres que con él viven y se agitan.

Respondiendo á la resignacion que le aconsejan y que él desdena de aceptar, como una máscara de miedo ó de pereza, exclama: «Sí, los bárbaros nos huellan, ¿pero hace mucho acaso que se arrastraban á nuestras plantas? Sí, gobierna al mundo el delirio; pero ayer no mas gobernaba la razon, y aun no completamos el registro de las victorias de la inteligencia! Para desesperar de nosotros mismos con esa imperturbable serenidad, sería preciso borrar toda nuestra historia, porque ella nos acusaría de nuestro desaliento, como nos acusa de nuestra inercia... Nuestra situación moral es la peor de todas, porque no tenemos derecho para abstenernos, ni posibilidad para presentar batalla, y flotamos irresolutos entre dos veledades... ¿Adónde están nuestros entusiasmos de diez años há? ¿Quién te habria dicho, Horacio, que verias un día lo que hoy ves y que lo encontrarías muy natural? ¿Quién te habria dicho, porque yo rehusaba resignarme á ello, tú te asombrarías y me lo reprocharías? Dime, al renegar así de esos días tan bellos, no oyes dentro de ti gemir á alguno?...» «Esta accion del tiempo, disolvente y terrible sobre el hombre, ha sido siempre gozo y gloria de los moralistas. Yo no alcanzo á comprender cómo lo que rebaja hasta ese grado á la naturaleza humana pueda causarles tanta satisfaccion. Yo no quisiera alborozarme sino de lo que la eleva. Es verdad que los moralistas llaman á esto benéfica inestabilidad! Triste beneficio, que la naturaleza humana, paga con todo lo que tiene de digno y de noble. Si no la rechazase por virtud la rechazaria por orgullo. No me opongo á que el tiempo reduzca á polvo mi cuerpo; ello es su obra; pero que pretenda desfigurar y alterar mi ser moral y ponerle el sello de su brutal dominio, me humilla y me revela contra él. Yo le prohibo esta adulteracion de mi ser propio! Me mataría el día en que tuviese la conciencia de que no existían los sentimientos que ahora me sostienen, el día en que no me encontrase yo mismo debajo de las ruinas de mis convicciones y de mi honor!...»

Everardo es el hombre devorado por la accion y que no encuentra el punto de apoyo en la disolucion completa del órden social. Se siente lleno de vida y obligado á vejetar en un campo estéril. Tiene en su inteligencia un astro de luz apagado que solo ilumina el abismo que lo cerca y sobrecoje. Quiere luchar, pero sus esfuerzos se pierden en un vacío silencioso y fúnebre. Busca enemigos y solo encuentra una liga feroz, una trailla de hombres que escitan y estimulan á toda esa parte anónima de la sociedad que pasta como un rebaño y que se mueve por la voluntad de su estómago. Todas las grandes cosas se han desnaturalizado y la fortuna se prostituye á farsantes y titiriteros. Los advenedizos se codean por las calles y se agrupan en los palacios, como esos enjambres de avispas en los bosques floridos al llegar la primavera. Las ramerías y los eunucos se pasean inflados y con blanquejo, á lo largo de los bulevares, y la degradacion y el crimen, con plumeros de general, por debajo del Arco de la Estrella. El obrero no canta; y la fatiga del trabajo no tiene el bálsamo de la poesia que suaviza sus dolores, despertando en su espíritu imágenes de patria y de libertad, que consolaban su miseria y poblaban de alegría su estrecho zaquizami. La Marselesa, el canto de la Francia, está prohibida; las canciones patrióticas de Beranger son crímenes de lesa magestad y la policia sospecharia un atentado revolucionario en cada uno de esos refranes históricos, que han herido algunas veces á los encumbrados troncos y defendido siempre las barricadas del pueblo. Es indecible el dolor de un hombre digno que ve á su patria tan abajo y que sintiéndose con bastante fuerza para ayudarla, se consume en una estéril esperanza de idea que traerá la union de las acciones individuales para ser invencibles; union que no se efectúa y que cada día que pasa van haciendo mas imposible, el mercantilismo universal de las conciencias, y el servilismo casi universal de las inteligencias.

En el Louvre y en el salon de escultura del renacimiento, hay dos magníficas estatuas de Miguel Angel, los *Esclavos*. Los dos robustos atletas están ligados fuertemente á un árbol. Las contorsiones físicas, los músculos que se hinchán, la carne, en fin, que padece y sufre al retorcerse en ella las cuerdas, apenas consiguen alterar la fisonomía arrogante de esos hombres que miran con desden á sus verdugos. Sin embargo, el hombre no está rendido y hace los esfuerzos posibles para libertarse. Uno de sus pies está echado hácia atrás, su pecho se adelanta un poco, y parece que en el impulso sobrehumano de la ira, el árbol y las ataduras van á volar en pedazos, como si en caña frágil, delgadas soguillas atáran esos cuerpos membrudos. Pero los esfuerzos y el impulso nada logran. El árbol permanece firme y los cordeles penetran en las carnes, amenazando rebanar el antebrazo! Cuantos hombres de accion sufren este mismo martirio, y en cada nuevo esfuerzo, en cada nuevo amago, caen mas pesadas sobre ellos esas cadenas de plomo de la servidumbre y de la indolencia.

Everardo no tiene profesion alguna, ni la de abogado siquiera, y por consiguiente, segun la opinion de muchos hombres graves, no es un miembro importante de la sociedad en que vive. Pero él ha notado que, en las divisiones y subdivisiones mecánicas en que los hombres mismos han clasificado á las diversas profesiones, han descuidado, por olvido ó á sabiendas, y rechazado como inútil, á la profesion de hombre, que como otra cualquiera y con mas derecho debería ser respetada y reconocida por los mismos hombres. Esta es la profesion que abraza Everardo, profesion difícilísima, y que no reporta mas que pérdidas, en una sociedad organizada mercantilmente y en la que las adiciones y las sustracciones deciden del mérito del individuo. Lejos de participar, dice Everardo en una de sus cartas, de la opinion vulgar en materia de profesion, segun la mia, aquel que no tiene necesidad de abrazar alguna, contrae mas obligaciones, y en vez de disminuir el alcance de sus deberes, le impongo otros mas severos. Tócale llevar á cabo la difícil empresa de conservar el tipo *hombre* que casi desaparece, y que para desarrollarse con cierta grandeza, requiere una libertad sin bastardos límites, y conocimientos generales que no pueden adquirirse en una profesion especial y esclava. Cuanto mas libre sea un hombre, mayor es la obligacion de consagrarse al estudio de los graves intereses que atañen á la civilizacion. Si es incapaz para esto, que se haga mas bien cerrajero como Luis XVI; pero que sea tildado como infame si lo rehusa.—Ese hombre es una hez de la humanidad!... Pocos se cuidan de ello; pero los grandes ejemplares del ser humano van desapareciendo; y lo peor es, que á medida que pasa el tiempo les será más difícil en las sociedades actuales aparecer y manifestarse, ¿pues cómo ni

dónde hallarían su atmósfera en una civilización que existe, como una sociedad de seguros mutuos contra el heroísmo, cualesquiera que sean sus manifestaciones, por pensamiento, sentimiento ó acto...?»

Con mucha razón y con mucha justicia, culpa de la decadencia del hombre á una sociedad organizada bajo tales bases, decadencia del hombre que arrastra naturalmente consigo cuanto se ha tenido por grande hasta ahora, sea en el arte, en la ciencia y en las relaciones mismas de hombre á hombre, de pueblo á pueblo. Una sociedad que toma por modelos á Schylok y á Sancho Panza, el ánsia febril del dinero y el ánsia ciega de los apetitos; en una palabra, á la materia en sus mas crasa y fea espresion, no puede levantar sus ojos á un ideal de belleza, y mucho menos su alma á un ideal de justicia. El vientre repleto y la bolsa llena no son por fortuna los agentes únicos de la civilización, y el hombre necesita ocuparse de algo que sea mas elevado que la digestion y la partida doble.

(Se continuará).

GUILLERMO MATTA.

RECUERDOS DE INTERLAKEN.

Las narraciones de viajes han tenido siempre para mí un encanto imponderable. Aparte de la instruccion que en su lectura encuentro, deleitábase mi imaginación sobremanera en embellecer con la poesia del misterio las descripciones, si eran verídicas, que leía, y cruzaban ante ella como un vistoso panorama, rápidamente y á mi antojo, sin que el mas leve movimiento de los músculos alterase la tranquilidad de la lectura, los espectáculos mas bellos de la naturaleza, lisongeados por la fantasía, que no hay hombre que no tenga en sí mismo un Claudio de Lorena cuando de las propias impresiones se trata. Pero combinar la lectura con los recuerdos; ver espicados los sitios que la memoria acaricia tan dulcemente; comparar mis impresiones con las ajenas, fué siempre el ideal de mis deseos y el blanco de mis esperanzas en este punto. En la lectura aislada hay un hueco que no se llena nunca cumplidamente, porque la fantasía, gigantesca en su vuelo, no se ciñe fácilmente á los límites de la verdad, y tan solo es perfecto el deleite de las impresiones cuando la realidad, presentada á nosotros de anemano con todos los atavíos de la poesia, obliga á la imaginación á remontar su vuelo á nuevos horizontes, si es que no ha de contener alguna vez en la tierra su vehemente impulso.

Esto es lo que me sucedió en los primeros años de mi vida, siempre que habia á las manos algun libro que trataba de Suiza ó de Italia, países clásicos de la belleza y del arte en Europa, hasta que por fin aquella tierra prometida llegó á ser una realidad á mis ojos. Desde entonces los recuerdos indelebles de tanta magnificencia contemplada, no sin grande arrobamiento, hicieron subir de punto los atractivos de cuanto á aquellos países se refería. Su nombre suena como un nombre querido á mis oídos, y entre las tribulaciones de la tierra, hay siempre en su recuerdo un manantial inagotable de consuelo y esparcimiento. No es ya la fantasía desencadenada que goza, como en un sueño, en la abstraccion de visiones imaginarias, sino el recuerdo vivo de un grandioso espectáculo que con formas peregrinas se renueva sin cesar en la memoria; lazo de union entre la verdad y la poesia, como hubiera dicho Goethe.

Un viaje á Suiza equivalia, pues, para mí á tocar en los límites de la realidad y de la imaginación; los lagos, las cascadas, las rocas, los ventisqueros; aquellos nombres un tanto rudos como cumple á la estructura germánica, pero embellecidos por las ideas que están asociados, las montañas cubiertas eternamente de nieve; los rústicos *châlets* que parecen suspendidos á veces al borde de incombustibles precipicios; los mares de hielo que los rayos del sol iluminan con nítidos colores sin alcanzar á deshacerlos; la soledad magestuosa de los Alpes; todas estas bellezas, confusamente presentidas, y cantadas mas que descritas en los tiempos modernos, encendian en mí el vivísimo deseo de verlas convertidas en cuadros positivos que poder admirar cumplidamente.

En la edad media y aun en siglos mas recientes, la veneracion á santuarios célebres conducia de unos países á otros, hasta de los mas apartados entre sí, á multitud de peregrinos que iban á entregar la ofrenda de su piedad ante la imágen que tantos milagros produjera; y aunque todavia en la misma Suiza no faltan devotos en el santuario de *Einsiedeln*; ¡cuán inferior es el número de los que llevan una promesa ó una súplica al pie de los altares, al de los que recorren los valles de *Grindelwald* y *Lauterbrunnen*, ó ascienden á la *Grimsel*, al *Wengern Alp* y á la *Gemmi*, para contemplar sus ventisqueros y cascadas, ó disfrutar de los estensos cuadros que en sus alturas se descubren! El arte, la ciencia, la poesia, la curiosidad y hasta la moda si se quiere, son hoy incentivos mas poderosos que el fervor de la religion para mover nuestras plantas; la religion es mas práctica y se adora en la conciencia ó en el templo, tanto por lo menos como en los siglos de mayor peregrinacion; pero otros motivos son los que en ciertos meses del año hacen afluir tanto viajero á algunos países afortunados de Europa, y esos motivos fueron los que mas de una vez me guiaron á las montañas de Suiza.

Una mañana de agosto, al romper el día, dejaba Berna en el tren que deberia conducirnos á *Thun* sobre el lago de su nombre. En *Thun* empieza el *Oberland*, ó sea tierra de arriba, la parte mas montuosa y pintoresca del canton de Berna, que es á su vez el mas populoso é importante de la confederacion helvética. Si es lícito comparar lo grande á lo pequeño, el *Oberland* es al canton de Berna lo que la Alearría es á nuestras provincias de Cuenca ó de Guadalajara. El día era claro y sereno, y en la misma direccion que llevaba nuestro tren, se levantaban las cumbres imponentes de los Alpes berneses, á cuyo pie nos encontraríamos pronto, con una blancura casi deslumbradora. Al cabo de una hora estábamos en *Thun*, donde ya nos esperaba el vapor que, surcando de un extremo á otro el lago de su nombre, nos llevaria á *Neuhaus*, que así se llama el puerto de *Interlaken* por esta parte. El vapor nos esperaba á corta distancia del lago en el río *Aar*, que nace al pie de la *Grimsel*, montaña situada en los confines de los cantones de Berna y del Valais, sigue por *Meyringen* y el valle de *Hasti*, atraviesa los dos lagos de *Brienz* y de *Thun*, y pasa continuando su curso por Berna.

A fuer de verídico viajero, deberé decir que ansiando llegar al término de mi viaje, que por entonces era *Interlaken*, no me deluve en *Thun* mas que el tiempo suficiente para trasladarme del ferro-carril al vapor, y que pocos momentos despues surcábamos ya las aguas del lago, en numerosa y alegre compañía, ávidos de examinar los unos y de reconocer los otros las orillas no muy distantes del buque. Formábase varios grupos sobre cubierta en que alguna persona esperta en la localidad explicaba con la abundancia de palabras propia del *cicerone* y la complacencia del que presta un favor á un desconocido, los nombres y la historia de los lugares y de los castillos que en ambos lados se divisaban, mientras que algunos menos comunicativos, es decir, ingleses, con un libro encañado en la mano, fijando

la vista en él y en tierra alternativamente querian deber, sin duda, á su propia inteligencia el conocimiento de cuanto veian. No faltaban tampoco escéñtricos, provistos del indispensable *Water proof Mackintosh*, que ni hablaban ni oian, y que se hubieran encaramado de buena gana al cañon de la chimenea á trueque de encontrarse en posicion distinta de los demas; tal cual artista aficionado que bosquejaba en su álbum unas ruinas ó la torre de una iglesia; bastantes *touristes* de ambos sexos, que sin cuidarse de las maravillas de aquellos contornos, se entretenian agradablemente en las mil conversaciones de *sociudad*, de que han hecho casi un arte los franceses (y estos lo eran casi todos); y por último, llevábamnos en la proa con la misma inmovilidad que van las bestias en los trenes de un ferro-carril, un número considerable de indigenas ó habitantes de aquella localidad; de esas personas que no han pensado acaso una sola vez en su vida que nadie se mueva por recreo del lugar de su nacimiento, por mas que vivan una parte del año al lado de los que de distinta manera discurren, y reporten no pequeño lucro de su estancia en sus apartados valles. Entre los pasajeros habia algunas aldeanas del *Oberland* con su pintoresco traje, acaso el mas elegante de Suiza, adornadas de gruesas cadenas y anchos botones de plata, á cuyos dijes son muy dadas las naturales del canton de Berna. Y ya que del bello sexo de aquellas sierras se trata, no deberé ocultar, en obsequio de la verdad, siquiera me duela mucho haber de ser poco galante con la mitad femenina de la confederacion helvética, que no ha sido tan pródiga la naturaleza en su favor, como lo ha sido en el del territorio que le vió nacer. Si hay algunas escepciones contra esta regla, se encuentran, sin embargo, en el canton de Berna, donde se ven perfiles mas correctos y delicados que en el resto de Suiza.

La travesía del lago desde *Thun* á *Neuhaus* dura una hora. Al salir del *Aar*, se deja á la derecha la quinta de Mr. de *Rougemont* con un soberbio jardin, y á la izquierda el pabellon del *Hôtel de Bellevue*, uno de los mejores de Suiza, y desde donde se disfruta de una vista bellísima sobre el lago y sus contornos. A la derecha mas adelante, se encuentran el pueblo y el castillo de *Spiez*, poseido todavia este último por la familia de *Erlach*, una de las mas ilustres de Suiza, y cuyos antepasados figuran notablemente en su historia. A la izquierda se conserva todavia la gruta de *San Beato*, el primer misionero cristiano de aquella tierra, inglés de nacimiento, y cuya fama atraia un extraordinario número de peregrinos en otro tiempo.

Al llegar á *Neuhaus*, en donde no hay mas que una sola casa, pero en donde aguardan multitud de carruajes para trasportar á los viajeros á *Interlaken*, nos encontramos ya en el istmo ó lengua de tierra (*inter lacus*) que separa los lagos de *Thun* y de *Brienz*.

Cuéntase que en 1811, la emperatriz Josefina, que recorrió el *Oberland*, tuvo que llevar consigo una barca y un carruaje para hacer con mayor comodidad sus escursiones. Hoy las cosas han cambiado completamente, y sobran en vez de faltar, los medios de movimiento en aquel profundo valle de los Alpes, trocado de *Alp* (en alemán pasto) en una colonia inglesa, como naturales y extranjeros se complacen en llamarle, es decir, en un sitio en donde los recursos de la civilización mas refinada se han empleado pródigamente para realizar sus bellezas naturales.

El país que se presenta en *Neuhaus* á los ojos del viajero es sobremanera rústico y primoroso. Una avenida de gallardos álamos presta sombra al camino; praderas cubiertas de césped, verde como la esmeralda, y llenas de árboles frutales, se estienden por ambos lados, y entre los cerros que aprisionan el valle, en una estrecha garganta, que va ensanchándose poco á poco, se presenta de nuevo la blanquísima mole de la *Jungfrau*, acompañada de sus rivales en magnificencia el *Eiger* y el *Mönch* (ó *Frailé*), las dos montañas que siguen inmediatamente en altura á la primera, y cuyas cumbres magestuosas habiamos ya alcanzado á ver, como sombras gigantes, á muchas leguas de distancia, cuando la vispera atravesábamnos el tranquilo lago de *Neuchâtel* en direccion al *Oberland*. Antes de media hora estábamos en *Interlaken*, pasando por *Unterseen* y *Aarmühle*, dos pequeñas poblaciones separadas una de otra por un puente sobre el *Aar*.

*Interlaken* debe la celebridad universal de que hoy goza á su ventajosa posicion al pie de los Alpes berneses, y en el corazon de Suiza. Ademas de las bellezas que sus contornos ostentan tan copiosamente, y que si no esceden á las de los otros cantones, tampoco son sobrepasadas por las de ningun otro; ademas de que en menos espacio se encuentran mayores maravillas que en ellos, *Interlaken* y el *Oberland* en general confinan por medio de desfiladeros como la *Grimsel*, la *Gemmi*, la *Furka* y la *Brünig*, con el canton de los Grisones, *Unterwald*, *Lucerna* y el *Valais*, es decir, con lo mas silvestre, magestuoso y variado que encierra la region de los Alpes. Hay por donde quiera comunicaciones fáciles y rápidas; la vida es tranquila y alija la monotonía, porque á cada paso, y en cada escursion se encuentran nuevos objetos que cautivan el ánimo; su clima es templado y agradable, porque nunca abrasan los rayos del sol al pie de los ventisqueros; de suerte que seria difícil elegir un sitio mas ameno para pasar la temporada de verano, cuando á las impresiones febriles de *Baden* ó de *Homburg*, se prefiere la tranquilidad campestre, unida á las delicias y comodidades que la civilización va introduciendo en todas partes. La pureza del aire que allí se respira es favorable para los que sufren del pecho y de los nervios; su temperatura media desde junio á setiembre, que es la época allí mas agradable, varia de trece á diez y seis grados sobre cero, siendo muy pocos los dias de la canícula en que el termómetro á las horas mas calurosas, llega á veinticinco grados. Las noches son ademas siempre frescas, dada la proximidad de las enormes masas de nieve del *Oberland*, sobre todo los dias lluviosos que pueden calcularse en uno por cinco, en los cuales aun en julio y en agosto, empieza á sentirse la necesidad de un ligero abrigo. Pero, como son pocos los viajeros que permanecen en *Interlaken*, pasada la primera mitad de setiembre, puede decirse que su temperatura es deliciosa, porque no cabe mayor placer en los meses del estío, que sentirse acariciado por las frescas brisas que solo se levantan en otros países en otoño.

La colonia inglesa de *Interlaken* se compone de una sola calle, y de varios edificios esparcidos por las vecinas praderas. Escusado es decir, que casi todos ellos están destinados á albergar viajeros, ó son tiendas rústicas, en donde temporalmente se espended los artículos y bujerias que tanto detienen á los curiosos detras de los cristales de *Regent Street* y del *Boulevard des Italiens*. Las fondas son en general espaciosas, cómodas y elegantes como lo exige la calidad de los viajeros y la civilización del país, tan adelantado en este punto, y la mayor parte de ellas están situadas en uno de los lados de la calle única de aquel sitio, en frente de una hilera de copudos y hermosos nogaes que se levantan sobre una alfombra de verdura. Pero lo que desde luego cautiva la atencion del viajero, y no se aparta ya de su memoria, mientras permanece en el valle, aunque no se presente constantemente á su vista, es la cumbre nevada de la *Jungfrau*, cuya descripción seria siempre débil ó insuficiente. Las maravillas que habia soñado

tantas veces estaban por fin delante de mis ojos, y mi primera impresion fué la de un mudo y profundo recogimiento.

No llevaba en mi viaje objeto arqueológico alguno; ni es *Interlaken* ademas lugar á propósito para investigaciones de esta clase, porque allí raya mas alto la naturaleza que los recuerdos y las obras de los hombres, pero una vez llegado á aquel sitio, justo era que, aunque por pocos momentos, fijase mi atencion en las generaciones que habitaron el *Oberland*, en sus vicisitudes y en su historia. Nunca, y este es el privilegio del género humano, parecen pequeños sus hechos en la tierra que habita que, por grande, por magnífica, por sublime que sea, como que ha sido destinada para mansion del hombre, tiene que someter casi siempre á nuestra voluntad sus mas insignes bellezas.

La historia de *Interlaken* y de sus contornos es simple, pero romanesca. Perteneció en los primeros tiempos del cristianismo al reino de *Borgoña*; dividióse luego su territorio en señorios y baronías, que se disputaron en largas y reñidas contiendas las familias de *Thun*, *Oberhofen*, *Strätlingen*, *Erlenbach*, *Weissenburg* y *Zähringen*, y por último, ya al terminar la edad media, vemos venir á parar al territorio entero del *Oberland* en manos de la aristocracia de *Berna*, de cuyo canton forma hoy un distrito. El nombre de *Interlaken* parece remontarse á la primera mitad del siglo undécimo, en cuya época *Seiger*, uno de los *Oberhofen*, fundó en aquella localidad un convento de agustinos, llamado tambien en documentos antiguos *Interlappen* (*inter lapides*), á causa de su situacion entre agrestes y empinados cerros. Más tarde se levantó á su lado otro convento de monjas, pared por medio, cuya vecindad parece que no debió de producir frutos muy evangélicos, porque despues de varias visitas y amonestaciones episcopales, mandó *Inocencio VIII* que se suprimiese. Ocioso es añadir que algunos años mas tarde la reforma religiosa acabó tambien con el convento de agustinos, que todavia subsiste en parte, aunque convertido en hospital, en oficinas públicas y en capilla anglicana.

La historia de *Interlaken* está desde entonces limitada á los nombres de los viajeros que van todos los años, y que aumentan lejos de disminuir, á contemplar sus imponderables encantos, pudiendo decir casi todos ellos lo que nuestro poeta:

En este valle y líquida laguna  
Para decir verdad como hombre honrado,  
Jamás me sucedió cosa ninguna.

¡Dichosos los pueblos que como el del *Oberland* no conocen de las revoluciones y de las guerras apenas otros inconvenientes que el menor número de viajeros que en tales casos vienen á derramar el oro en sus valles y montañas!

Elegido *Interlaken* como centro del *Oberland*, y punto de partida para todas las escursiones que en él deben hacerse, natural es empezar á conocer sus contornos mas inmediatos, como preparacion á las caminatas algo mas lejanas que no han de omitirse en seguida. Para ello se recomienda la ascension al *Höhbühl*, una pequeña colina desde donde se descubren el lago de *Brienz* (situado mas cerca de *Interlaken* que el de *Thun*, que tambien se alcanza á ver) las cumbres del *Beatenberg*, el *Niesen*, el *Abendberg*, el *Rugen*, el *Sulek*, y por último, la reina de las montañas, la *Jungfrau*, y el paseo del *Jungfrauablick*, ó vista de la *Jungfrau*, desde como lo indica su nombre, se admira su belleza mejor que de parte alguna del valle. Muchos hay que prefieren las vistas de este último punto á las del *Höhbühl*; pero lo mas seguro en estos casos de duda, sobre todo cuando no falta tiempo, es el no dar preferencia á ninguno de los sitios y poder compararlos por el propio conocimiento. De mí sé decir que encuentro en cada uno de ellos atractivos peculiares, y esta es precisamente la circunstancia que tanto realza al *Oberland*. Apenas hay rivalidad posible cuando puede decirse que cada objeto es único en su clase, y que todos forman un conjunto de insuperable magnificencia.

Entre las novedades que se han introducido últimamente en *Interlaken* no debe echarse en olvido la construccion del *Kursaal*, edificio levantado á semejanza de los que llevan igual nombre en los baños tan conocidos de *Alemania*, cuyo primitivo destino era ó debería ser la curacion de los dolientes que vienen en busca de remedio, pero que el tiempo, la moda y la civilización han convertido en suntuosos establecimientos con fonda, gabinete de lectura, salas de conversacion, de juego, de música y de baile. El *Kursaal* de *Interlaken*, que se abrió el verano pasado, alcanzará, á no dudarlo, en adelante la misma reputacion que sus homónimos, como quiera que la circunstancia de no haberse enseñoreado de él la *roulette* y el *treinta y cuarenta* puedan servir de obstáculo á su próspero desarrollo. Es un elegante edificio con vestibulo y dos alas prolongadas, construido de madera, como lo están casi todas las casas, á lo menos en su mayor parte, del *Oberland*, y sus salones, abiertos muy recientemente, se han adornado con gusto é inteligencia. Ademas, cada fonda tiene uno ó mas vastos y elegantes salones destinados para reuniones nocturnas, en donde los viajeros que no presumen de escéñtricos, suelen encontrar conversacion y entretenimiento, al regresar de sus escursiones por los contornos, y en ellos suelen darse algunas veces conciertos, ya de *amateurs*, ya de artistas que no ceden en nada á los que pudieran celebrarse en las salas de *Herz* ó de *Sainte Cevele*.

Como no se duerme mucho durante el día al pie de los Alpes, porque eso seria trasladar á aquella region campestre las costumbres artificiales de las ciudades populosas, por la mañana temprano el viajero se despierta herido por la luz del sol que no impiden penetrar en su aposento ventanas de madera, como en otras partes, porque parece que en Suiza, á pesar de las comodidades que han tratado de proporcionar sus habitantes á los *touristes*, han pensado que era agraviar á su país, permanecer en el lecho despues de la salida del sol. Tal es, por lo menos, la única explicacion que puedo dar á la circunstancia de no haber encontrado ventanas de madera en ninguna fonda suiza. Al despertarse se oye ya por todas partes el rumor de los viajeros, de los guías, el ruido de los carruajes que se preparan á conducir á los recién llegados á *Grindelwald*, á *Lauterbrunnen* y á los demas sitios inmediatos. A cada momento pasan alegres caravanas en coche y á caballo; familias enteras de aspecto patriarcal, desde el anciano hasta el niño, sobre todo inglesas, sin que falten las indispensables dos ó mas misas de rostros nacarados cubiertos en parte por el velo que se desprende de sus anchos sombreros; viajeros pedresires, con el morral al hombro y el baston con punta de hierro que les ha de servir de apoyo para trepar los montes, en la mano, y guías intrépidos y resueltos vestidos casi siempre de casaca, no tanto por honrar á sus acompañantes, como porque este traje, que encontramos ya desairado en las ciudades, es ni mas ni menos que el ordinario en algunas comarcas de los Alpes.

Mas tarde, sin que haya cesado por eso el movimiento de viajeros que van y vienen, empieza á discurrir por las praderas y veredas de *Interlaken* la poblacion que pudieramos llamar estante del valle; la que no se satisface con atravesarlo rápidamente para ver el *Staubach* y el *Giessbach*, y pasa en seguida á *Thun* ó á *Lucerna*. Esta poblacion suele ser considerable.



rable, y prolonga allí su estancia de dos á tres meses. Del *Hôtel des Alpes* y del *Belvédère*, del *Hôtel Victoria* y del *Casino* se ven salir en no corto número, frescas como la mañana, y bellas como la naturaleza de aquellos contornos, á las habitantes de la colonia, que se pierden en seguida en distintas direcciones hacia *Interseen*, hacia *Bonigen*, sobre el lago de *Brien* ó en las orillas agrestes del *Lutschine*. Algunas, sin embargo, atraídas por la música que resuena en el vestibulo del *Kursaal*, cruzan el ancha pradera que allí conduce y se sientan al final de ella ó á la entrada del mismo edificio á la *cure du petit lait*, ó sea propinación del suero, cuyo poco sabroso líquido se tiene por saludable y refrigerante. La lectura y los paseos durante el día entero, no el día artificial á que los habitantes de las cortes estamos acostumbrados; la conversación y la música por la noche, que nunca llega al día siguiente, son los entretenimientos y ocupaciones favoritas de *Interlaken*, y el que no puede vivir tranquilo y contento la temporada de verano de esta manera, en una región tan poética y sublime, podrá muy bien decir, hijo desgraciado del siglo, con *Alfredo de Musset*, el cantor del desengaño y la ironía que no tiene alivio su amargura:

Car l'abime est immense et la tâche est au fond.

Dicho se está que en *Interlaken*, colonia, todavía mas que inglesa, universal, se codean los naturales de casi todas las naciones de Europa y América, y se oyen la mayor parte de los idiomas que se cuentan por algo en el mundo civilizado. No es el español ciertamente el que mas resuena en aquellos apartados parajes, sin embargo de que en pocos días tuve el singular placer de encontrarme con el marqués de S... C... que estaba allí de temporada con su apreciable familia, con dos distinguidos oficiales de los que compusieron la comisión enviada á estudiar la guerra de Italia, y que terminada ya esta regresaban desde *Milan* por el *San Gotardo*, un caballero de *Santander*, persona de mucho mundo y agradable instrucción, sin contar con las lindísimas señoritas de S... y de M... muy conocidas en *Madrid*, también con su familia, y cuyo encuentro fué para mí tan grato como inesperado. Porque en efecto, oír pronunciar lejos de la patria el idioma natal, acostumbrado ya el oído á sonidos tan ásperos como las montañas que me rodeaban, y oír de boca de amables compatriotas, es una de las mayores satisfacciones que, por su misma rareza, puede tener el que peregrina por extraños países. Toda mi vida recordaré con gusto los pocos días que pasé en el *Hotel del Casino* y á la sombra de los frondosos árboles de *Interlaken*.

Muchas son las escursiones que en sus contornos pueden hacerse, pero hay algunas que no debe omitir ningún viajero, sopena de haber hecho un largo viaje sin el debido fruto. La cascada de *Giessbach* en el lago de *Brien*, y los valles de *Grindelwald* y *Lauterbrunnen* son, según el lenguaje de los ingleses, los leones del *Oberland*. Para ir á *Lauterbrunnen* hasta el pié del *Staubach* (ó arroyo de polvo) se tarda en carruaje solamente hora y media siguiendo el río *Lutschine* que lleva un solo cauce al principio, pero que se divide mas abajo en dos ríos del mismo nombre; el *Lutschine* blanco que baja del valle de *Lauterbrunnen* y el negro que procede del *Grindelwald*, debiendo ambos sus denominaciones al color mas ó menos turbio de sus aguas. A poco trecho se levanta en la falda del *Abendberg* el castillo de *Unspunnen*, antigua morada de los *Obenhofen*, y á cuyo nombre se asocian en el *Oberland* mil recuerdos romancescos. El famoso *Barba azul* de la leyenda, que encerraba á sus mujeres vivas en un subterráneo, para desposarse con otras, habitó, según las tradiciones de la localidad, aquellas ruinas, y lo que parece mas positivo, en su mismo recinto colocó *Byron* la acción del fantástico *Manfredo*.

El camino es sorprendente si los hay, por su aspereza y magestad, y va constantemente á la orilla de un río impetuoso como suelen serlo todos los que bajan de los ventisqueros de los Alpes. La *Jungfrau* con su nevada frente domina siempre el paisaje.

El valle de *Lauterbrunnen* tan afamado por su cascada del *Staubach* tiene cuatro leguas de largo, pero en ninguna parte pasa su anchura de un cuarto de legua. Aprisionado estrechamente por ambos lados rudas y empinadas montañas, de una de las cuales cae el *Staubach* desde una altura de mas de novecientos pies. El viajero ha ido á buscar una maravilla y se encuentra con otra muy distinta, porque la cascada, digna del nombre que lleva, se convierte de corriente impetuosa en una nube de blanquísimo polvo, como si uno de los gigantes que se contemplan ya de cerca hubiese sacudido su cabeza de nieve sobre el valle.

¿En dónde está el pincel que alcance á retratar cumplidamente tan sorprendente espectáculo? ¿Cuál será la pluma que intente describirlo de manera que espese una idea exacta de su forma á la imaginación humana? Siempre creí que la impresión de tales espectáculos habria de transmitirse muy tíbamente, y que el viajero que anhela comunicarla deberá satisfacerse con excitar la fantasía del lector, y encender en su ánimo el deseo de sentirla, sin pretensiones de otro género.

En *Lauterbrunnen* se ostenta por completo la magnífica naturaleza alpestre, con sus cascadas y ventisqueros, sus bosques, sus montañas cubiertas de nieve y sus rústicas habitaciones de forma tan peregrina, que parecen construidas para una decoración escénica; y es además el sitio de donde generalmente se parte para admirar de cerca la cordillera del *Oberland* subiendo al *Wengern Alp*, que es la montaña que separa los dos valles de *Grindelwald* y *Lauterbrunnen*. En la subida, á caballo se emplean sobre tres horas, cambiando completamente la perspectiva de los lugares inmediatos á medida que se asciende lentamente por el tortuoso camino practicado entre aquellas espesuras. El *Staubach*, cuya prodigiosa altura asombraba desde el valle, queda en breve á nuestras plantas, y el viajero, semejante al águila que remonta el vuelo sobre las asperezas de los Alpes, domina ya con su vista el estrecho recinto en donde há poco parecia aprisionado. Las montañas del *Oberland* se muestran mas gigantescas y magestuosas cuanto mas se acerca uno á ellas; la naturaleza es mas agreste, la vegetación disminuye, y hasta el pino alpestre con su copa melancólica, semejante al plumaje de un carro fúnebre, empieza á desaparecer del paisaje. Estamos ya en la cumbre del *Wengern Alp* en el *Hôtel de la Jungfrau*, uno de los pasos mas elevados (6284 pies sobre el nivel del mar) del *Oberland*.

La *Jungfrau*, el *Silberhorn*, el *Eigern* y el *Mönch*, se presentan entonces en todo su esplendor y magnificencia. Estas últimas montañas que, según la expresión de un escritor alemán, parece que están rindiendo homenaje á la primera, y que han sido colocadas á su lado para prestar mayor realce á su sin par gallardía, deslumbran los ojos con su eburnea blancura, al propio tiempo que conmueven el ánimo. Pero la virginidad de la *Jungfrau* conservada durante tantos siglos, como que fué llamada la virgen por antonomasia en las comarcas helvéticas, acabó por ceder, al fin, al trascurso del tiempo, y no puede ya eriguir, como antes, su frente inmatulada por las huellas del hombre. Varias son las personas que han intentado, con buen éxito, la ascension á aquella montaña,

y si no es esta empresa que se lleva á cabo todavía con gran facilidad, es ya por lo menos cosa posible y acreditada por la experiencia.

El silencio que reina en la cumbre del *Wengern Alp* es imponente y sublime; turbaba solo el sonido de los ganados que pastan en las vecinas laderas, y de en cuando en cuando una detonacion solemne parecida al estampido del trueno, que anunciaria una tempestad, si el cielo no continuase risueño y despejado. Es una masa enorme de nieve, ó alud, que se desprende del regazo de la montaña, y convertida mas tarde en líquido, baja como una cascada, que desaparece á los pocos instantes para ir á perderse en las profundidades del abismo sobre el cual se levanta la *Jungfrau*. Todo vuelve á quedar de nuevo en silencio.

Después de haber contemplado un largo rato aquella vasta soledad, emprendí el descenso por el gran *Scheideck* hacia el valle de *Grindelwald*, no sin apartar los ojos con sentimiento de la bellísima *Jungfrau*, que en breve iba á perderse de vista en mi bajada. Pero como Suiza es el país de las maravillas, apenas le es dado al viajero echar de menos las bellezas que deja á sus espaldas, cautivado á cada paso que va dando, por nuevos y sorprendentes espectáculos. Al separar la vista de la mole de la *Jungfrau* me encontraba delante del campastre y delicioso valle de *Grindelwald*. Nuevas montañas, el *Wetterhorn*, barómetro del contorno, el *Faulhorn*, el *Mettenberg*, cuya altura varia de nueve á doce mil pies sobre el nivel del mar, limitan el paisaje, y en el fondo, el valle que debe su nombre á su aspereza (*Grindelwald* significa bosque peñasco en el dialecto de la localidad), sembrado de pintorescas caserías, y cuyo color verde oscuro contrasta de una manera sorprendente con la blancura deslumbradora de las nevadas cumbres que acababa de contemplar desde el *Hôtel de la Jungfrau*.

La bajada del *Wengern Alp* es naturalmente mas rápida que la subida desde *Lauterbrunnen*, y lo mismo que en esta, mil episodios entretenidos y hasta grotescos á veces, recuerdan al viajero que en esta vida anda siempre mezclado lo sublime con lo ridiculo, y que no hay armonía tan perfecta que algún lunar no conturbe y desmerezca. La magnificencia de los Alpes levanta el entendimiento á la mayor altura que levantarse puede en la contemplación de sus infinitos encantos; hay momentos en que creía pisar apenas el suelo por donde caminaba, como si el alma, entregada de lleno á la abstracción, hubiera soltado las ligaduras de la carne; pero de cuando en cuando, la realidad deforme, bajo el aspecto de la miseria, el interés ó la codicia venia á despertarme de mi letargo con una sensación que participaba de ironía y de disgusto. Parece que aquellas soledades de los Alpes, por donde transitan alegres caravanas los viajeros, se han convertido en vastos depósitos de mendigos que acuden de todas las comarcas inmediatas á interponerse en su camino, y á distraerles á cada paso con un memento repugnante del dulce esparcimiento á que se halla entregado su ánimo. Si merece ciertamente respecto la desgracia, cuando es verdadera, y no se usurpan sus tristes atributos, es sobremanera doloroso verla convertida en simple explotación, prostituyendo, digámoslo así, la sin par belleza de los Alpes. A cada momento se oye una súplica mas ó menos prolongada, se recibe una lluvia de ramilletes por una mano que parece salir de una emboscada, ó se presenta un enjambre de niños desarrapados ofreciendo fresas y violetas. Mas lejos un robusto aldeano sopla un cuerno con toda la fuerza de sus pulmones para que admire el viajero los sonidos del eco que va repitiéndose tenuemente; otro dispara un morterete en el silencio profundo de aquella soledad; algunos con una azada en la mano, parece, como los sepultureros de *Hamlet*, que preparan una fosa y solo buscan un pretexto para que el viajero les recompense el allanamiento de la vía en que aparentan trabajar; hay ancianos que tañen instrumentos rústicos, casi á la puerta de sus primorosos chalets, y doncellas que entonan con las inflexiones guturales peculiares de los Alpes, el *ranz des vaches* de su localidad. Todos acaban por lo demás, su tarea, uniformemente, alargando el brazo á manera de póstula. En suma, la naturaleza y el hombre, forman constantemente en ciertos lugares de Suiza un extraño contraste, un drama antitético de los que ha producido la imaginación ardiente del autor de *Angelo* y de *Marion Delorme*.

*Grindelwald* es uno de los valles mas profundos de los Alpes. En los días mas largos del verano el sol sale allí á las siete de la mañana, y es muy cerca del mediodía cuando en el rigor del invierno coloran sus rayos los famosos ventisqueros que, mas que otra cosa, han dado celebridad al sitio. La quietud que reina en el valle es dulce y placentera, como cumple á la indole de la localidad, esencialmente pastoral, cuyos habitantes no conocen apenas otras ocupaciones que el cuidado de los numerosos rebaños que pastan en sus verdes laderas. Los ventisqueros que no llenaron á primera vista las esperanzas del novelista *Cooper*, porque le parecían rebajados por la grandeza de las montañas que se levantan sobre el valle, son dos: el grande y el pequeño, llamado también este último de las *Damas*, porque se recorre con mas facilidad que el primero. De mi sé decir, al contrario del autor del *Piloto*, que después de ver la *Jungfrau* desde el *Wengern Alp*, encontró mucho que admirar en el ventisquero llamado pequeño, no sé por qué singularidad, pues que es mucho mayor que el grande, y que si la reina de las montañas de Suiza me sedujo con su sin par hermosura, no encontré menos deleite en la contemplación de aquella apretada masa de hielo, que como un río detenido en su curso, se prolonga entre las aberturas de las rocas desde el fondo del valle hasta confundirse con las eternas nieves de las cumbres inmediatas. Siguiendo la dirección que marca la misma masa de hielo, se llega al cabo de mas de dos horas de caminata al sitio llamado el mar de hielo, que es un vasto espacio, desde donde baja el ventisquero hacia *Grindelwald*. Algunos curiosos han pagado ya con la vida su temeridad por acercarse demasiado á explorar aquellos sitios; y el nombre de *Mouron*, un pastor protestante del vecino canton de *Vaud*, cuyo cadáver se encontró á una profundidad de 121 pies, anda todavía como lección de escaarmiento en boca de la gente del contorno. El sitio mas á propósito para pernoctar en *Grindelwald* cuando se cruza este valle en dirección á *Meyringen* ó la opuesta de *Lauterbrunnen*, es la fonda del *Aguila negra*, colocada en frente del ventisquero inferior, y desde cuyo balcón ó *véhranda*, como dirian los americanos, se disfruta una vista tan rústica como magestuosa, sobre el valle y la montaña, sobre los ventisqueros y los campestres chalets, fabricados de madera, cuyo poético aspecto realzan á menudo inscripciones evangélicas escritas en su fachada.

Además de las escursiones de *Grindelwald* y *Lauterbrunnen*, pocos de los viajeros que se detienen en *Interlaken*, omiten la del valle de *Hasli*, el mas vasto del *Oberland*, de donde continúa su peregrinación á *Rosenlau*, ventisquero situado entre el *Wellhorn* y el *Engelhorn*, y cuyos primorosos colores sobrepujan á los de *Grindelwald* y *Lauterbrunnen*, á las caídas del *Reichenbach* y del *Aar*, la última de las cuales no tiene en Europa otro rival que la cascada de *Terni*, y al antiguo hospicio de la *Grimmel*, que se levanta ya confinando con la región de las nieves perpétuas, y puede llamarse el *San Bernardo* del *Oberland*. Pero si estas escursiones no se llevan

á cabo sin cierta molestia, compensada por lo demás superabundantemente con las bellezas que en todas ellas se encuentran á cada paso, hay un espectáculo peregrino que se puede disfrutar con mayor comodidad, después de media hora de travesía por el lago de *Brien*. Me refiero á la célebre cascada de *Giessbach*.

Un poeta alemán la ha comparado con exactitud á una oda de siete estrofas, porque aquella bellísima poesia de la naturaleza, si es licito emplear este lenguaje, es una serie de siete cascadas mas bien que una sola, que por la falda del *Schwarzhorn* bajan saltando con suma gallardía al través de una intrincada espesura de pinos á mezclarse con las aguas del lago. Para verla en toda su magnitud es preciso subir hasta el mas elevado de los saltos, por las tortuosas y rústicas veredas que en los peñascos se han abierto con este objeto. Desde allí es el espectáculo en realidad sorprendente, y si después de haberlo admirado á la luz del día, algo misteriosa en aquellos lugares, porque la atenua sobremanera el espesísimo bosque que se levanta á las orillas de la cascada, acude el viajero á contemplarla de nuevo en las noches que se ilumina con luces de colores, presenta su aspecto un cuadro fantástico, de los que solo se pintan en los cuentos orientales ó en las leyendas de la edad media.

Un libro entero seria preciso, y se ha escrito ya mas de uno voluminoso sobre el *Oberland*, para describir, siquiera fuese rápidamente, el cúmulo innumerable de bellezas que su territorio atesora, como un museo alzado por obra del Creador para deleite y admiración del hombre. La exquisita variedad de sus contornos sublimes y magníficos siempre, es de tal género, que parece que la naturaleza, tosca y sin alio en tantas partes cual si fuera trabajada por manos rudas y encallecidas, es allí producto del ingenio de los artistas mas consumados, porque labores artísticas se me antojaban, y no objetos naturales, las maravillas amontonadas en la región de los Alpes. ¿Quién después de haberlas contemplado una vez con inefable deliquio, no deseará volver á verlas con mayor anhelo que antes? ¿Quién no aspirará por atravesar, aunque como en un vuelo, aquel paraíso de *touristes* y de poetas, aquellos sitios privilegiados en que hay estudio para la ciencia, deleite para los sentidos, consuelo para el ánimo, y hasta salud para el enfermo?

*Interlaken* reúne, por decirlo así, en sus alrededores cuantos atractivos encierra la Suiza entera. Si hay en ella lagos mas anchurosos y valles mas estensos que los suyos, si encuentran rivales poderosos sus montañas, sus ventisqueros y sus cascadas, no hay territorio alguno que en espacio tan pequeño comprenda tantos atractivos ni mas fielmente retrate en reducido cuadro cuanto es peculiar de la región de los Alpes. Quien ha visto el *Oberland* ha visto ya Suiza, y después de *Interlaken*, el lago *Léman*, *Lucerna*, *Schaffhausen*, el *Valais*, *Friburgo* y tantos otros sitios muy dignos en verdad de recorrerse detenidamente, ofrecen tan solo nuevos aspectos de cosas ya conocidas; horizontes mas vastos de un mismo cielo, si se quiere, pero con el mismo arbol, la misma púrpura y el mismo fuego de sus celages. FIDEL DE SAGARRAGA.

## DESGRACIADA ESPEDICION DE CARLOS V

### CONTRA ARGEL.

#### I.

#### Relacion árabe.

Hoy que tantos recuerdos se presentan de nuestras expediciones en *Africa*, no me parece que dejará de leerse con vivo interés la relacion que de aquel suceso escribió un árabe, y que no há muchos años fué encontrada en los archivos de *Men-Keme* en *Argel*, y publicada en un periódico francés, del cual la traducimos. Es un documento de gran importancia histórica y que merece ser conocido en nuestra patria. Dice así:

«La empresa del emperador contra *Argel* tuvo origen en lo que voy á narrar. Habia mandado el emperador que saliese para *Oran* una flota cargada de grandes riquezas. Esta, después de un ligero combate, cayó en poder de un *Reis* argelino, que se decía *Kuchuk-Ali*, el cual dió con ella en *Argel*.

Hallábanse en la flota apresada algunos capitanes distinguidos, y entre ellos un general de mar: *Kuchuk-Ali* lo llevó ante *Hassan-Agá* que gobernaba en *Argel* como lugar-teniente del *Pachá Kair-ed-Dine*. El capitán cristiano quedó prendado del noble y magestuoso continente de *Hassan-Agá*, se descubrió ante él, y le besó la mano. *Hassan* le pidió noticias de los cristianos, y el capitán le respondió que á su salida de España habia preparado una gran galera que iba á emprender una expedicion á *Bégiage*. No quiso *Hassan* malograr las esperanzas que le hacia concebir este aviso. Mandó armar dos galeras para que fuesen á buscar la de los cristianos al punto señalado. Salieron las dos galeras y se apostaron entre los dos escollos conocidos por *El-Vich-Ouer-Minear* (el nido y el pico). El mismo *Kuchuk-Ali* era uno de los *reis* á quienes estaba encargada la empresa.

*Kuchuk-kAli* y sus compañeros apresaron la galera cristiana y la condujeron á *Argel*, donde entraron triunfalmente. *Hassan-Agá*, contentísimo con la victoria, dió orden de que llevasen á su presencia al capitán y á los tripulantes, los cuales á guisa de esclavos desfilaron de dos en dos hacia el palacio del *Pachá* por medio de una multitud de mujeres y muchachos, que habian acudido á ver aquel espectáculo y que manifestaban su alegría batiendo las palmas. *Hassan-Agá*, después de dirigir á los cristianos algunas preguntas, los envió á las mazmorras destinadas á los cautivos.

Cuando «el maldito de Dios», que por entonces reinaba en España, tuvo noticia de esta presa, resolvió acometer á *Argel*, para lo cual dispuso que se juntasen mucha gente de guerra y bageles en todos sus dominios. *Hassan-Agá*, no bien supo los preparativos, sospechó que se dirigian contra *Argel*.

Por aquel mismo tiempo el califa tenia un hijo en edad de ser circuncidado. Para solemnizar esta ceremonia hubo grandes fiestas públicas: se vistieron á muchos niños pobres que iban á ser circuncidados al par del hijo del califa; hubo un espléndido banquete en que se convidó á todo el pueblo, y se repartieron limosnas á cuantos pobres las solicitaban.

Terminados los festejos, *Hassan-Agá* pensó en un asunto de mas importancia, cual era el de poner la ciudad en defensa. Dispuso la reparacion de las murallas y de los castillos y la colocacion de baterías nuevas en sitios convenientes. Cuatrocientos esclavos cristianos se ocuparon en estos trabajos. Por último, mandó buscar al *cheik El-Medinet*, y le dió la comisión de alistar á sus órdenes á todos cuantos pudieran empuñar armas.

Llegaban en tanto á *Argel* noticias de la próxima salida de la expedicion española. De un momento á otro se esperaba en las aguas de *Argel*. *Hassan-Agá* ordenó que se cortasen los árboles de los jardines todos que estaban en los contornos de la ciudad, con objeto de que mejor pudiese descubrirse al enemigo. Para que todos se prestasen con gusto á este servicio, él mismo dió el ejemplo, arrasando un hermosísimo jardín que poseia.

Hallábase cierto día sentado en la sala del Diván, cuando llegó apresuradamente el Saib-el Nadhour á avisarle que desde su atalaya había distinguido la armada de los cristianos que doblaba ya el Sehour: que la armada cubría toda la superficie del mar y que le había sido del todo imposible contar el número de los bajeles.

A la hora envió Hassan-Agá un peloton de ginetes, para que dirigiéndose á la montaña de Bouzaríat, le mandase desde allí la noticia mas segura del número de las naves contrarias. A poco, los ginetes regresaron diciendo que no era fácil contar las velas pues parecían innumerables.

Inmediatamente hizo Hassan-Agá comparecer á su presencia á Sidi-Said-Cherif, que era el cheik El-Medinet por entonces, y le ordenó que repartiese las gentes armadas del pueblo por torres y baluartes. El cheik puso la gente, segun las órdenes que había recibido; y de trecho en trecho mandó enarbolar los estandartes del Islamismo.

Hassan-Agá, en tanto, señaló á los capitanes de su ejército los puestos que debían guardar, y las compañías de soldados, que estuviesen á sus inmediatas órdenes. La guarda de la puerta Bab-Azoum fué confiada á un veterano que había subido á su dignidad de grado en grado y por grandes pruebas de una intrepidez heroica. Llamábase Had-Meemi.

Hassan-Agá, se encargó de la defensa de uno de los fuertes, desde donde podía batirse al enemigo por la parte de mar y por la de tierra, estableciéndose en él con sus soldados en medio del estruendo de los instrumentos militares. El estandarte de la victoria ondeaba sobre su cabeza. A la puerta del fuerte se colocó un cañon grandísimo cuyo estrépito era rival del trueno.

El espacio que mediaba entre este fuerte y el que se llama la Cassabé, fué confiado al valor de un comandante de los distritos de Argel llamado Caid Hassan. La defensa de Bab-el-Oued se dió á Caid Yusuf, bajo cuyas órdenes en caso necesario se pondrían con sus gentes otros tres caids que tenían á su custodia la custodia de otros puestos militares. El primero, llamado Safir, defendía una torre poco lejana de Bab-el-Oued: el segundo, que se decía Assan, guardaba la parte baja de los baluartes conocida por Caa-el-Sour, y el tercero, nombrado Ramadan, se colocó en un punto inmediato al de Yusuf.

El almirante del mar en Argel, que se llamaba Kaedir-Haidir, el reis Kuchick Ali y otros, guardaban á Bab-el-Gezirah (puerta de la isla ó de la marina). Las tropas de la ciudad, que se componían de andaluces (ó españoles) y argelinos, tenían la defensa de los baluartes. Sus armas eran mosquetes, lanzas, espadas y arcos.

Descubrióse la armada española en el horizonte un miércoles, tres días antes del fin de la luna de Gemadi-sil-Thari, año de la hegira, 948, y echó anclas cerca de los bosques de Teman-Tefous el jueves siguiente á las tres de la tarde. Advirtióse que la bandera de una de las galeras principales de esta armada, cayó al mar en el instante mismo de anclar. Esto se tuvo por un agüero muy favorable á los musulmanes.

Hasta el domingo siguiente no emprendió el enemigo el desembarco. Al punto que saltó á tierra el emperador, toda su gente acampó al rededor de él. Decíase que el ejército llegaba á sesenta mil hombres. Los musulmanes de los campos se acercaron hasta donde creyeron que podían estorbar la bajada á tierra al enemigo; pero el fuego de los cristianos les obligó á presenciar sin hostilizarlos, el desembarco. Así pudieron estos hacerlo sin contratiempo.

Al siguiente día el enemigo pasó la noche en El-Hamak á dos millas de Argel. Un capitán de las tropas turcas, que se nombraba Hagi-Bacha, se ofreció á hacer una salida con el amparo de las sombras de la noche, para ofender á los cristianos. Consintió en ello Hassan-Agá. Abrióse la puerta, desplegó el capitán turco el estandarte y se puso al frente de los guerreros que parecían mas intrépidos. Una muchedumbre de musulmanes fué en su compañía. Las tres de la mañana eran cuando salían. Se aproximaron silenciosamente al campo cristiano. Con el favor de la oscuridad penetraron los argelinos entre las guardias avanzadas, y despues de haber roto todos á un tiempo en un fuego de mosquetería, comenzaron á disparar flechas. Hubo instantáneamente un desorden horrible en el campamento enemigo. El emperador despertó sobresaltado con el espanto del ruido del combate: mandó llamar á sus ministros y les dijo: «¿Son estas las gentes que me decíais no podían defenderse? Pues por lo que han hecho esta noche podemos juzgar lo que nos costará el triunfar de ellos.»

Prosiguieron los musulmanes peleando algunas horas, hasta que al ser de día tomaron la vuelta de la ciudad.

Acercóse el lunes á Argel el ejército cristiano, á tambor batiente y á banderas desplegadas. A similitud de los hornigueros que salen con el ardor del estío, cubría toda la campiña. Precedia al ejército unos cuatro mil hombres de á caballo. Adelantóse el ejército en buen orden hasta ponerse cerca de los muros. Desde lo alto de estos, los de Argel se defendían con el mayor denuedo, disparando sus mosquetes, sus flechas y sus cañones. Los infieles pusieron su campamento cerca del sitio conocido por Raz-Tafoura. Ocuparon todo el terreno que se comprende entre la orilla del mar y las colinas.

En tanto que trabajaban ardentemente en abrir trincheras, un cuerpo escogido de turcos hizo una salida con el mayor suceso. Entre los que mas se distinguieron por su bizarría, se conservan como un tesoro los nombres de Hagi-Bacha, de Kaid-Khidir y de Hagi-Bekir. Hicieron prodigios de valor.

Las baterías que colocaron los enemigos en las eminencias vecinas, empezaron á batir la ciudad. Los argelinos lanzaron sobre el campo de los infieles muchas balas que les mataron bastante gente. El emperador comprendió entonces que Argel era una plaza mas fuerte de lo que había creído. Desmayáronse sus esperanzas; y así abandonó las trincheras que habían comenzado los suyos en Raz-Tafoura, y se fué á acampar en la colina que se llama Cudiel-el-Saboun (donde despues se edificó el castillo del emperador). Desde este sitio dominaba la ciudad, y podía mas seguramente abrir brecha en sus muros.

Los de Argel por todas partes ofendían al enemigo. Sus cañones, asemejándose al rayo, difundían por todas partes el terror. También hicieron fuego contra las galeras; pero no consta el daño que les infirieron.

Esto aconteció el lunes, es decir, el día primero del sitio. El martes (día 25 de octubre de 1541) al fin de la noche, desencadenó Dios los vientos: la mar enfurecida por la tempestad rompió los cables; los infieles para salvarse de un naufragio, tuvieron que bajar los mástiles. Pero la tempestad arreciaba cada vez mas. El general de la Armada, Andrés Doria, estaba muy conturbado porque algunas naves se habían hecho pedazos en la costa. Los esclavos musulmanes de estas naves recuperaron su libertad, y degollaron á los cristianos que se habían salvado de las iras de las olas.

Cuando el monarca infiel contempló una parte de la armada, naufraga ya, y la restante en igual peligro, cayó en el mas amargo desaliento: se abatió su valor: la palidez de su semblante retrataba la inquietud de su espíritu.

Al amanecer del martes, los argelinos emprendieron su salida general. Confiaban en la visible proteccion del cielo. Penetraron en la línea enemiga. La carnicería que hicieron en

los contrarios fué espantosa. Los generales infieles, viendo el terror de sus tropas, rogaron al emperador que se presentase á ellas para alentarlas. Tomó inmediatamente «el maldito de Dios» sus armas y rodeado de su guardia, acudió á impedir los esfuerzos de los denodados argelinos. Estos se vieron precisados á retroceder. Reanimáronse los contrarios, y persiguieron á aquellos hasta Melaab-el-Koura (el juego de mayo) y despues hasta Cantarat-el-Afran. Ni aun aquí pudieron sostenerse los musulmanes. El choque de la multitud de infieles que sucedía como las ondas de una mar agitada, los rechazó hasta las inmediaciones de la tumba en que está sepultado Sidi-el-Taca, al fin del barrio de Bab-Azoum. Al llegar á este punto los musulmanes lograron recuperar su denuedo. Revolvieron con sus hondas y arcos improvisamente sobre los infieles y los obligaron á retroceder á su campamento. Ya no podían usar armas de fuego por la espantosa lluvia que como un torrente caía.

Al amanecer el miércoles «el maldito de Dios» pensó en sus adentros que lo mejor que podía hacer era abandonar su empresa, y procurar salvar á sí y á los suyos. La mar estaba menos inquieta. Andrés Doria pudo desembarcar, y se fué á ver al emperador, y le dijo lleno de la mas dolorosa amargura, que era preciso desistir del proyecto de la conquista: que muy pocas naves habían quedado útiles, y que debía dar órdenes para retirarse y tomar el camino de sus estados.

Al punto el emperador dió la orden de partir. Al entrar la noche llegó á las márgenes del río Harrach. Habían crecido de tal manera las aguas, que tuvo que hacer alto el campo á sus orillas y pasar en ellas la noche. La lluvia pertinaz y el hambre les eran mas mortíferas que el fuego de los cañones.

Al amanecer del siguiente día, pasó el emperador á ver las obras y quedó espantado ante los inconvenientes y peligros que se ofrecían para la pasada del río. De acuerdo con los generales mandó hacer un puente con los mástiles y tablazon de las galeras que el mar había arrojado á las playas. Con gran angustia y trabajo el puente quedó hecho y el ejército pudo pasar.

Pusiéronse los musulmanes á su alcance y no dejaron de molestarlos en su retirada hasta Temau-Tefous, donde se pusieron los cristianos al amparo de los cañones de las galeras. Sin embargo, muchos en la retirada perecieron al hierro de los argelinos.

«El Maldito de Dios» tuvo que abandonar un gran número de naves de alto bordo, galeras y galeones, que jamás pudo recuperar. Perdió tambien muchos cañones y muchos soldados. De sus caballos no pudo embarcar uno solo de los cuatro mil que llevaba consigo. Los argelinos quedaron ricos con los despojos de su enemigo «Maldito de Dios.»

Hasta aquí es la relación de este desastroso hecho, tal como la escriben los autores musulmanes.

## II.

Las relaciones de los escritores cristianos difieren mucho de la de los musulmanes, como Sandoval, Illescas y Ochoa.

La expedición española constaba de sesenta y cuatro galeras, doscientas naves de gavia, y cien navios chicos que no la tenían. Iban en ellos veinte mil soldados, los seis mil españoles, seis mil alemanes, cinco mil italianos y tres mil aventureros, dos mil de á caballo, á mas de los de la casa real, y unos tres mil soldados de las galeras.

Esta era la tercer expedición cristiana que había salido contra Argel: las dos primeras inútilmente, así como lo fué esta, y no todas por desastres en batallas, sino por las tempestades que destruían y aniquilaban los bajeles.

La primera tentativa se hizo por Diego de Vera, y la segunda por D. Hugo de Moncada, el cual perdió cuatro mil hombres y veinte y seis barcos.

El emperador quiso primero ver si buenamente se rendía la ciudad, cuyo gobierno tenía Hassan-Baja, renegado, natural de Cerdeña. El emperador envió á este un mensaje cortés, y con grandes promesas si se rendía. Burlóse de todo el renegado, así de las ofertas del emperador, como del peligro en que iba á verse.

Puesto el cerco, comenzó á llover tan crudamente, con tanto granizo y con un viento tan frío que traspasaba los hombres. El furioso viento arrasó casi todas las tiendas de los reales.

Amaneció el viernes 28 de octubre. Los soldados no podían estar de pie, muertos de humedad, y el lodo no les permitía acostarse.

Los moros viendo el conflicto en que nuestro ejército se hallaba, acudieron á hostilizarlos en la seguridad temeraria de vencerlo. El combate fué reñido, murieron trescientos soldados del ejército imperial y entre ellos tres ó cuatro capitanes y ocho caballeros de la orden de San Juan de Malta. Salieron heridos mas de doscientos y hasta treinta caballeros tambien de Malta.

El emperador demostró aquel día una vez mas su valor y prudencia. Estando mojado hasta tal punto que le corría el agua por la camisa, no quiso en todo aquel día entrar en su tienda hasta que todos los caballeros se retirasen á descansar y hasta dejar convenientemente colocados á los heridos para que recibiesen auxilio y curacion.

A tiempo que se estaban desembarcando el resto de los caballos, los tiros y pertrechos, el pan, el vino y los demas bastimentos, se levantó tal tempestad que tuvo que suspenderse todo. Perdiéronse ciento cincuenta navios mayores y menores con cuanto llevaban, á escepcion de algunos caballos y hombres; otros muchos se ahogaron y algunos de los que se salvaban eran alcanzados por los árabes. Perdiéronse quince galeras mas. No se podía socorrer á nadie. Los mismos cristianos naufragos se hincaban de rodillas ante los que habían sido sus esclavos para que sirviesen de intercesores con los árabes á fin de que no les diesen muerte. Hasta se ofrecían á ser esclavos de los que habían sido sus cautivos. Cada vez el viento era mas terrible y mas intenso el frío.

Las manos de todos estaban casi impedidas por la humedad, los ojos bañados en agua, los pies hasta las rodillas en el lodo.

El almirante Andrea Doria se hizo al mar con cuantas naves pudo, y aunque se separó momentáneamente del ejército dejándolo desamparado, salvó las galeras que despues tanto sirvieron al ejército.

Por la costa no se veían mas que tablas de buques y cadáveres.

Andrea Doria fondeó en un puerto abrigado á seis millas de Argel. Desde allí avisó de la noche siguiente al emperador, indicándole que allí podría embarcarse en caso necesario.

Tuvieron que matarse caballos para alimentarse el ejército. El mismo emperador comió tambien carne de caballo.

Retiróse el ejército al abrigo de las galeras. Allí encontraron toda suerte de viveres. Tratóse por muchos de volver sobre Argel. El gran conquistador de Méjico, Hernan Cortés, que se halló en esta desastrosa jornada, se obligaba, siempre que le dejasen lo principal del ejército, á apoderarse de Argel; pero se consideró su dictámen como inspirado por su pundonor y carácter temerario.

Hernan Cortés fué, despues del emperador, el que mas perdió en esta tentativa sobre Argel, pues en un cenagal se le cayeron tres esmeraldas riquísimas que estaban apreciadas en cien mil ducados. Nunca se pudieron hallar. El gobernador de Oran, D. Martin de Córdoba, conde de Alcaudete, se ofrecía á hacer lo mismo que prometía Hernan Cortés.

Mandó el emperador que cada cual se embarcase en la nave en que había venido, caso de no haber perecido en la borrasca. No habiendo buques suficientes para todos, dispuso que se arrojasen al mar todos los caballos, incluso el suyo propio. Entre ellos había algunos hermosísimos y de regalo. Cansaba lástima ver á estos fieles animales nadando con el cuello alto. Para guarecerse, acudían á poner las quijadas sobre los bordes de las galeras. Al fin los mataban para no verlos luchar por mas tiempo con las olas.

El mismo emperador tuvo que ir de nave en nave para hacer arrojar al agua á algunos caballos y hasta mandar que los desarretasen, pues muchos, por lo hermosos, habían sido ocultados. Todavía, á pesar de este cuidado tan grande, hubo trabajo para que toda la gente cupiese en las galeras, y eso estrechísimamente.

Así salió de las costas de Argel Carlos V, cuyas victorias se habían contado siempre por las batallas.

Aun en medio de esta adversidad, el valor español se mostró grande como lo patentiza la confesion de los mismos escritores enemigos, que en este caso fueron mas explicitos que los historiadores de nuestra patria.

ADOLFO DE CASTRO.

## CONVENIO

celebrado entre Roma y España para el arreglo de las cuestiones pendientes entre ambos países.

En el nombre de la Santísima é individua Trinidad.

El Sumo Pontífice Pío IX y S. M. católica doña Isabel II, Reina de España, queriendo proveer, de comun acuerdo, al arreglo definitivo de la dotacion del culto y clero en los dominios de S. M., en consonancia con el solemne Concordato de 16 de marzo de 1851, han nombrado respectivamente por sus plenipotenciarios:

Su Santidad al Emmo. y Rmo. señor cardenal Santiago Antonelli, su secretario de Estado:

Y S. M. al Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, su embajador extraordinario cerca de la Santa Sede; los cuales, canjeados sus plenos poderes, han convenido en lo siguiente:

Artículo 1.º El gobierno de S. M. católica, habida consideración á las lamentables vicisitudes que han pasado los bienes eclesiásticos en diversas épocas; y deseando asegurar á la Iglesia perpétuamente la pacífica posesion de sus bienes y derechos, y prevenir todo motivo de que sea violado el solemne Concordato celebrado en 16 de marzo de 1851, promete á la Santa Sede que en adelante no se hará ninguna venta, commutacion ni otra especie de enajenacion de los dichos bienes sin la necesaria autorizacion de la misma Santa Sede.

Art. 2.º Queriendo llevar definitivamente á efecto de un modo seguro, estable é independiente el plan de dotacion del culto y clero prescrito en el mismo Concordato, la Santa Sede y el gobierno de S. M. católica convienen en los puntos siguientes:

Art. 3.º Primeramente el gobierno de S. M. reconoce de nuevo formalmente el libre y pleno derecho de la Iglesia para adquirir, retener y usufructuar en propiedad y sin limitacion ni reserva toda especie de bienes y valores; quedando en consecuencia derogada por este convenio cualquier disposicion que le sea contraria, y señaladamente y en cuanto se le oponga la ley de 1.º de mayo de 1855.

Los bienes que en virtud de este derecho adquiera y posea en adelante la Iglesia no se computarán en la dotacion que le está asignada por el Concordato.

Art. 4.º En virtud del mismo derecho, el gobierno de S. M. reconoce á la Iglesia como propietaria absoluta de todos y cada uno de los bienes que le fueron devueltos por el Concordato. Pero habida consideracion al estado de deterioro de la mayor parte de los que aun no han sido enajenados, á su difícil administracion, y á los varios, contradictorios é inexactos cómputos de su valor en renta, circunstancias todas que han hecho hasta ahora la dotacion del clero incierta y aun incógrua, el gobierno de S. M. ha propuesto á la Santa Sede una permutacion, dándose á los obispos la facultad de determinar de acuerdo con sus cabildos, el precio de los bienes de la Iglesia situados en sus respectivas diócesis, y ofreciendo aquel, en cambio de todos ellos, y mediante su cesion hecha al Estado, tantas inscripciones intrasferibles del papel del 3 por 100 de la deuda pública consolidada de España, cuantas sean necesarias para cubrir el total valor de dichos bienes.

Art. 5.º La Santa Sede, deseosa de que se lleve inmediatamente á efecto una dotacion cierta, segura é independiente para el culto y para el clero; oidos los obispos de España y reconociendo en el caso actual, y en el conjunto de todas las circunstancias, la mayor utilidad de la Iglesia, no ha encontrado dificultad en que dicha permutacion se realice en la forma siguiente:

Art. 6.º Serán eximidos de la permutacion y quedarán en propiedad á la Iglesia en cada diócesis, todos los bienes enumerados en los artículos 31 y 36 del Concordato de 1851, á saber: los huertos, jardines, palacios y otros edificios que en cualquier lugar de la diócesis están destinados al uso y esparcimiento de los obispos. Tambien se les reservarán las casas destinadas á la habitacion de los párrocos, con sus huertos y campos anejos, conocidos bajo las denominaciones de *Iglesiaríos*, *Mansos* y otras. Ademas retendrá la Iglesia en propiedad los edificios de los Seminarios Conciliares con sus anejos y las bibliotecas y casas de correccion ó cárceles eclesiásticas, y en general, todos los edificios que sirven en el día para el culto, y los que se hallan destinados al uso y habitacion del clero regular de ambos sexos, así como los que en adelante se destinan á tales objetos.

Ninguno de los bienes enumerados en este artículo podrá imputarse en la dotacion prescrita para el culto y clero en el Concordato.

En fin, siendo la utilidad de la Iglesia el motivo que induce á la Santa Sede á admitir la espresada permutacion de valores, si en alguna diócesis estimare el obispo que por particulares circunstancias conviene á la Iglesia retener alguna finca sita en ella, aquella finca podrá eximirse de la permutacion, imputándose el importe de su renta en la dotacion del clero.

Art. 7.º Hecha por los obispos la estimacion de los bienes sujetos á la permutacion, se entregarán inmediatamente á aquellos, títulos ó inscripciones intrasferibles, así por el completo valor de los mismos bienes, como por el valor venal de los que han sido enajenados despues del Concordato. Verificada la entrega, los obispos, competentemente autorizados por la Sede





buido por la Europa como los curas lo están por el Estado, lo cual le proporcionaría una renta considerable. El Papa se trasformaría en gran funcionario del culto, y en caso de necesidad podría suprimirse su sueldo, por estas ó las otras circunstancias.

Lo digo sin vacilar: por mi parte preferiría el pan negro y las catacumbas.—No os lo daremos, me dirán acaso.—Entonces lo tomaré.

Pero dejemos aparte mis sentimientos y mis ideas. Veamos á qué se reduce en resumen esa soberanía de que ha dicho pomposamente el autor del folleto en las primeras páginas: «Bajo el punto de vista religioso, es esencial que el Papa sea soberano. Bajo el punto de vista político, es necesario que el jefe de doscientos millones de católicos, no pertenezca á persona alguna; que no esté subordinado á ninguna potencia; que la mano augusta que gobierna las almas, estando libre de toda dependencia, pueda alzarse sobre todas las pasiones humanas. Si el Papa no fuera soberano independiente, sería francés, austriaco, español ó italiano y el título de su nacionalidad le quitaría el carácter de su pontificado universal. La Santa Sede solo serviría ya para apoyar un trono en París, en Viena ó en Madrid. Importa á Inglaterra, á Rusia y á Prusia como á Francia y Austria, que el augusto representante de la unidad del catolicismo no sea ni cohibido, ni humillado, ni sojuzgado.»

Después de haber dicho perfectamente que no sea cohibido, le quitáis por la fuerza uno de sus Estados.

Para que no sea humillado le colocáis en la posición de un padre de familia á quien sus hijos hacen interdecir como incapaz, pagándole, sin embargo, una pensión, sin tribunal que pueda obligarles si alguno se niega á abonar su parte.

En fin, para que no sea subordinado, dependiente, le reducís á no tener ningún recurso propio, á vivir á la merced de todo el mundo; de sus súbditos romanos, si se rebelan; de la municipalidad, si el Papa la desagrada; del ejército federal, que si la conciencia obliga un día al Padre Santo á contrariar á la federación, á la primera señal de esta le encerraría en el castillo de Saint Angelo; lo diré, en fin, á pesar de mi respeto hacia las grandes potencias católicas, á la merced de Francia, de Austria, de España; porque nadie puede responderme, ni de la imposibilidad de las revoluciones, ni de tantas otras circunstancias y caprichos fáciles de prever.

Humillación y dependencia, envilecimiento y servidumbre; hé aquí en definitiva lo que se quiere para asegurar al augusto jefe del catolicismo la seguridad y la grandeza. Y el autor de todo esto es piadoso, pero independiente; es un católico sincero.

Indica además sus nuevos deberes á los cien mil súbditos del Papa. Hace de Roma una ciudad aparte, una especie de monasterio, adonde relega al Papa, como se relegaba antes á algún convento á los reyes imbeciles, y de los ciudadanos romanos un pueblo de monjes. «Un pueblo secuestrado de todos los intereses, de todas las pasiones que agitan á los demás; únicamente dedicado á la gloria de Dios, y sin otros recursos que la contemplación, las artes, el culto de los grandes recuerdos y la oración; un pueblo tranquilo y recogido en una especie de oasis, donde las pasiones y los intereses de la política no llegarán jamás, y que solo tendrá las dulces perspectivas del mundo espiritual; todos los hombres de este pueblo tendrán el honor de llamarse: *civis romanus*»

Perfectamente; os chaceais con mucha delicadeza; pero si á pesar de esa poesía, si á pesar de vuestras ironías, ese pueblo quisiera entender de otro modo su título de ciudadano romano; si un día se fatigase de vuestro oasis y de las dulces y tranquilas perspectivas del mundo espiritual; si no le acomodase vivir siempre en un monasterio; si dejase de ser, como decís, desheredado de esa noble parte de actividad que en todos los países es el estímulo del patriotismo, y el ejercicio legítimo de las facultades del espíritu, ó de las facultades superiores del carácter; si no quisieran, en fin, más Pontífice, ¿qué haríais? Le violentaríais, porque admitís la violencia. ¿Y qué haría este pueblo en la precisión de esta nueva y odiosa existencia que inventáis para él? Mas ¿qué os importa? Vos no habeis de vivir allí; pero el Papa sí, y el Papa es bueno para semejante vida. Como el Papa es un padre y la Iglesia una madre, decís, sabrán vivir en medio del odio, de los ultrajes de sus subordinados, reducidos por la aplicación de vuestro ridículo y abominable sistema á ser párias en el seno de la misma Italia: los últimos de los hombres comprimidos y violentados en la contemplación y en el rezo.

Hé aquí lo que deseáis hacer. ¿Por qué no lo habeis dicho desde luego y sin frases?

Cuando se trata así á un poder, dice francamente el periódico *La Presse*, se le declara abolido; pero destruir de un golpe el poder pontificio hubiera sido una tropelia á que el mundo no está todavía acostumbrado. Quitar al Papa de Roma no se puede ni intentar; proclamarle incapaz en sus provincias, suprimiendo en ellas su poder, y capaz en la ciudad de Roma, deshonrándole en ella, era una invención demasiado rara, para no darse la ventaja del descubrimiento, con la de llegar al fin sin estrepito, con pasos cortos, pero infaliblemente. Es la política misma de 1809, con la diferencia de que entonces se quitaba violentamente al Papa de la ciudad de Roma, y hoy el folleto propone simplemente aniquilarle en ella.

La destitución no ha tenido éxito; el aniquilamiento sería menos escandaloso y tendría tal vez éxito. Es preciso confesar que todo esto sería curioso si no fuera horrible, y que contamos con hábiles adversarios.

Aventuramos á probarles que el Papa debe ser libre, independiente, soberano respetado. Nos responden que sí, y que ellos lo declaran tan alto y mas alto que nosotros mismos. ¿Y qué hacen del Papa? Una especie de ídolo sordo y mudo, encadenado en medio de la antigua Roma inmóvil sobre la piedra sagrada. Teneis, señores, una manera muy extraña de interpretar el *Tu es Petrus et super hanc petram...*

Pero tened cuidado, que se ha dicho de esta piedra, que perecerá aquel sobre quien cayere: *Super quem ceciderit contereitur*.

Nos aventuramos también á probarles que Roma, que Italia, que Europa no pueden pasar sin el pontificado, y nos responden: lo comprendemos lo mismo que vosotros, y guardaremos tan perfectamente al Papa en Roma, centro de la Italia y de la Europa, que no podrá escaparse. Le sujetaremos allí con abrazos tan estrechos, que nadie podrá dudar ni de nuestra ternura ni de su poder.

Para esto no hay mas que una dificultad, y es que salen mal los cálculos mejor concebidos contra Dios. Dios, desde lo alto de los cielos, vela por su Iglesia, y por consejos imprevisos, por golpes súbitos, si es preciso, como dice Bossuet, la saca de los mayores peligros y se burla de los hábiles de la tierra. Ilumina cuando le place la humana sabiduría, tan limitada de suyo, y cuando se aparta de él, «la abandona á sus ignorancias, la ciega, la precipita, la confunde, la embaraza en sus propias sutilezas y la forman un pléjago sus propias precauciones.»

La prueba pasa, en fin, y la Iglesia queda. Esto se ha visto mil veces y se verá todavía.

Creéis al Papa vencido, porque há tres meses que han instigado á sus provincias á que se revelen contra él.

Limitados son vuestros pensamientos, permitid que os lo diga, y toscas vuestras previsiones. Nosotros no nos rendimos tan pronto.

Los Papas han visto otros muchos y duran todavía.

Juzgais al Papa arruinado, porque los revolucionarios, despues de haber contribuido á su menoscabo, declaran las rentas en mal estado, y en su consecuencia le ofrecen una pensión alimenticia. Mas no habrá de recibirla de vuestras manos; sois vosotros muy grandes señores. Un día tal vez le echaríais en cara vuestros beneficios, y se los haríais pagar á muy alto precio.

«Una limosna! ¡Ah! si el padre de los fieles llega á tal extremo, la recibirá mas noblemente de mano de los pobres que de las vuestras. Quientos obispos que en el mundo entero han elevado ayer su voz por el Pontífice, recogerían aun en caso de necesidad el antiguo óbolo de San Pedro, y el mundo católico le daría hasta soldados si los necesitara.»

Creéis que haya dejado de circular por vuestras venas sangre cristiana y que nuestros corazones no laten ya en el pecho? Id con cuidado; concluiréis por herirnos. Ignoramos si teníamos necesidad de que se nos despertara: pero habeis logrado maravillosamente abrirnos los ojos.

Sucedá lo que quiera, esperamos y oramos llenos de amargura, al ver lo que los hombres preparan, llenos de confianza sabiendo lo que la Providencia puede.

Esta misma mañana, amigo mio, santo día del nacimiento del Salvador del mundo en un establo, mientras yo me entregaba á estas melancólicas meditaciones, oía voces inocentes y llenas de vida que repenían en mi catedral: *¡Gloria in excelsis Deo!* Y me decia lleno de gozo: Esto se cantará siempre en el mundo; pero al oír las palabras y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, me decia lleno de dolor: Hay hombres que ni tienen la paz ni la dan, porque no son hombres de buena voluntad. Díguese Dios otorgársela, y con ella el valor de dar cumplimiento á la obra de Dios y á su propio destino.

Basta del folleto; pero al concluir, pedire al autor, si lo permite, que se deje conocer por completo. No deben escribirse tales páginas sin

decir su nombre; no se acometen empresas tales sin arrojar la máscara. Hace falta aquí una cara; hacen falta dos ojos cuya mirada pueda conocerse; un hombre, en fin, á quien se pueda pedir cuenta de sus palabras.

Orleans 25 de diciembre de 1859. FELIX, obispo de Orleans.

### REVISTA DE TEATROS.

No es hoy posible, en atención á las muchas cosas de que he de hablar y á los términos á que deben naturalmente reducirse estas revistas mensuales, seguir exponiendo las varias y graves consideraciones á que se presta el estado actual de nuestra literatura dramática. Pero como el asunto tiene mayor importancia social de la que á primera vista parece, no abandono en manera alguna la idea de ir paulatinamente señalando toda la extensión del mal, para que se procure cuanto antes poner el necesario remedio. Entretanto, fuera preámbulos y entremos desde luego en materia.

Pocas palabras diré sobre el teatro más constantemente favorecido de las clases aristocráticas. Esplicada su organización, indicados ya los heterogéneos elementos de que se compone la compañía lírica, fácil es comprender el poco fruto sazonado que pueden dar una organización y unos elementos de esa naturaleza. La guerra miserable de bastidores y la especie de autoeracia que, según dicen, ejerce en el Teatro Real una cantatriz, más dotada de belleza que de mérito artístico, han dificultado é imposibilitado hasta ahora la ejecución de óperas que el público deseaba mucho ver, y en las que Mario (el único grande artista que hoy poseemos), habria podido lozanear su maestría y extraordinario talento. Semejante proceder ha perjudicado mucho á la empresa, porque es sabido que cuando Mario no canta la soledad extiende sus alas negras y pavososas sobre palcos y plateas, sobre butacas y paraíso. Pero tambien lo ha pagado el público, y á fé que lo ha pagado bastante caro. ¿Qué alma cristiana (sobre todo hoy que estamos en guerra con el moro), tendria valor de malgastar su tiempo y su dinero para oír, por ejemplo, á cantores como Pavana, Butti, e tutti quanti, en *La Traviata* y en *Hernani*, donde hemos oído á Gardoni, á Guasco, á Bettini y al gran Ronconi, y donde aun ayer mismo nos deleitaba la dulce voz y delicada manera de frasear de Giuglini? Francamente, para eso se necesitaria tanto valor como el que han manifestado nuestros húsares, sellándolo en el mismo campamento de los infieles con su sangre generosa.

La verdad es que en este desbarajuste de empresa y de dirección ha habido una víctima ofrecida en holocausto á las mezquinas rivalidades de insignificantes medianías, y que esa víctima ha sido el público. Alguna vez, al verle tan inconcebiblemente sañudo con la señora Grissi, que ha sido una gran artista á juicio de la Europa entera, y que merece siempre alguna consideración, aunque no sea más que por su calidad de señora y por el respeto debido á todas las grandezas caídas, he estado á punto de llamarlo al orden, diciéndole con el famoso autor de «La verdad sospechosa» *contigo hablo, bestia fiera!* pero en breve me he convencido de que, por punto general, este año no le cuadra semejante calificativo. La prudente longanimidad con que asiste á presenciar lo que no merece ser visto, y tolera lo que no es digno de ser oído, no tienen que ver con la fiereza de las bestias, sino con la mansedumbre del cordero. Dios quiera darle paciencia para aguantar lo que aun le queda que padecer en el resto de la temporada.

Injusto fuera, sin embargo, negar que con los mismos elementos con que hoy se cuenta podía hacerse algo más por el arte y por el público. Si no debe contarse en el número de los artistas de primer orden á la Fioretti, Naudin y Squarcia, unidos ó alternados con la encantadora Trebelli, á quien está reservada fama tan grande como justa, con Bouché, con Rovere, y sobre todo con Mario, que en mi humilde opinión es el cantante de mejor gusto que hemos oído en Madrid, podian amenazar más los espectáculos y comunicarnos mayor atractivo. En *Rigoletto*, cantado recientemente, Mario ha sido aplaudidísimo. ¿Qué manera tan elegante de frasear! ¿Qué modo de vencer las dificultades de un órgano que ya se resiste á veces al saber y á la voluntad del artista! ¿Qué inteligencia y qué modales de actor! Con razon es tan aplaudido y festejado en esta corte el sucesor de Rubini. La Trebelli, Squarcia, y nuestra jóven compatriota la señora Ramos, lograron tambien agradar en la misma ópera. La decoración pintada expresamente para el acto cuarto tiene la belleza insuperable de la verdad.

Lo que pasa en el teatro de la Zarzuela forma singular contraste con lo que ocurre en el de la plaza de Oriente. Donde en este hay sorda lucha capaz de esterilizar elementos mucho mejores que los suyos, en aquel hay orden y concierto, docilidad y armonía. Mientras falta en uno inteligencia y voluntad para dirigir, sobra en otro celo, actividad, esmero, tacto para complacer. ¿Cómo se explica, dadas las estimables condiciones y la clara inteligencia del director del teatro de la Zarzuela, que en este no hayamos visto desde que empezó la temporada ni una sola producción original tolerable, ninguna que tenga siquiera el interés de ciertos melodramas franceses de brocha gorda, el que tienen *Los Magyares*, á pesar de sus inverosimilitudes? ¿De qué proviene la esterilidad de nuestros autores, tratándose de un género en favor del cual está prevenida la mayor parte del público, y que al aliciente de la novedad y del aplauso facilmente conseguido, reúne el importantísimo de ser hoy casi la única literatura que produce entre nosotros algun dinero? ¿Cómo ésta importante consideración no despierta á los seudo-ingenios que se ponen al oficio de escribir para el teatro? ¿Cómo el ideal artístico de una regular ganancia no aguzá más su entendimiento? Problema es este de difícil resolución, y que despues de todo malidita la importancia que tiene para el arte ni para la sociedad. ¿Acaso están en la más mínima relación con lo bello, pueden influir útilmente en las costumbres producciones cuya más alta aspiración por punto general, se limita á entretener, á divertir, en una palabra, á sacar dinero al público?

Y sin embargo, la zarzuela podia haber sido otra cosa más culta, más artística, y al mismo tiempo más verdaderamente agradable. Díganlo, sinó, *Guerra á muerte, Jugar con fuego, El marqués de Caravaca*, y muy en particular *El Grumete*, preciosa joya debida á la lozana inspiración y poética fantasía del insigne autor de *El Trovador* y de *Simon Bocanegra*. Dígalo tambien el lindo y chispeante *pasillo* de Narciso Serra, titulado *El último mono...*, en que unas cuantas pinceladas bastan para poner en relieve un carácter con tal sello de verdad que todos se confunden con la naturaleza, y en que el diálogo nada tiene que envidiar á los más fáciles y agudos de Breton de los Herreros. Estas producciones son ligeras, son amenas y divertidas, y ademas han agradado mucho al público y proporcionado á los autores productos relativamente considerables. ¿Por qué, pues, se tiene en poco este ejemplo (dado que no se sigue), y el poeta más ramplón, desde el momento en que se pone á escribir una zarzuela, hace gala de estar haciendo para divertir al público, el mayor número posible de barbaridades? Aunque este efectivamente aplaude muchas y suele dar con demasiada frecuencia señales de mal gusto que abonan

poco su cultura, ¿no ha dado tambien repetidas muestras de que si en ofreciéndole paja, come paja.

siempre que le dan grano, come grano?

¿A qué, pues, extremar la censura del público, por deplorables que habitualmente sean sus propensiones artísticas y literarias, si rara vez se da hoy el caso de que trate mal una obra buena, y, por el contrario, apenas se ofrece á su consideración comedia, zarzuela ó drama de verdadero mérito que no sea universalmente aplaudido? Lo que no se puede aplaudir, lo que él no aplaude (y he aquí otra evidente demostración del error en que viven los poetas buenos que en materia de zarzuelas lo creen únicamente capaz de apacentarse en barbaridades) es el cúmulo de desatinos que de algun tiempo á esta parte, ensartan los abasiceadores de este género de literatura, á título de ingeniosos y de humorísticos. Satélites de un planeta catalán, que suele hablar en todos los idiomas, excepto en castellano; discípulos de un maestro que ha tenido la desventurada suerte de formar escuela de escritores vacíos y comellicos, engolfando su desahogada inspiración en las aguas de un mercantilismo estéril ó pernicioso, creen (y se equivocan mucho) que para lo que es el género basta con cualquier cosa. Así fastidian soberanamente al público, que los silba ya, cansado de sufrir la falta de respeto y el insultante desden de los zurcidores de zarzuelas abominables ó sándias; fastidian al compositor, que malgasta sus inspiraciones (como ha sucedido há poco al apreciable maestro Vazquez empleando muy bellas piezas de música en un libretto tan desdichado como *Los mosqueteros de la Reina*); fastidian á la empresa, que pierde el tiempo en estudiar y ensayar lo que nada vale, y se fastidian ellos mismos; porque cuando las cosas son tan remotamente malas como la mayor parte de las zarzuelas que nos ha regalado el teatro de la calle de Jovellanos desde principios de temporada, no hay términos hábiles de sacarlas á puerto de salvación ni de que sean productivas. En ley de verdad éste empieza ya á ser un castigo para la falange de poetas que no prueban la pluma una sola vez sin que crean que de sus rasgos se escapa un chiste digno de ser sometido desde luego á la aprobación del público: miserables rapsodistas de las zurrapas literarias de escritores franceses de tres al cuarto, que son su cotidiano alimento y, como si dijéramos, la base de su educación literaria. Hubieran esos genios de café meditado algo más sobre lo que se debe á la nobleza del arte, á la cultura del público y al nombre de poetas, que tan atrevidamente usurpan, y se habrían persuadido antes (ganando mucho en ello aun bajo el punto de vista del interés pecuniario) de que

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyéux.

Hechas estas ligeras indicaciones, fuera ocioso catalogar aquí las piezas nuevas representadas en el teatro de la Zarzuela durante el mes transcurrido desde el 24 de diciembre. Si se tratase de elogiar, no esquivaría, antes bien me apresuraria á mencionar los títulos de las piezas: tratándose de condenar, más vale dejarlos sepultados en el olvido en que los ha arrojado ya la indiferencia del público.

Igual suerte merecen todas ó casi todas las obras que desde el día de Noche buena se han estrenado en los teatros de verso. Fuera de algunos rasgos apreciables de *El movimiento continuo*, comedia del Sr. Escrich, representada en el Principe; de *Reo y juez*, primera producción del Sr. Carrasco de Molina, estrenada en Lope de Vega; y de los dramas franceses *El médico de aldea* y *Los hijos del pueblo*, representados en Novedades, nada de cuanto en ese período han puesto en escena los teatros á que se alude, es digno de particular mención, á no ser la comedia del Sr. Breton de los Herreros estrenada en el Principe bajo el título de *Entre dos amigos*; *Candelas*, melodrama popular, aplaudido en la plazuela de la Cebada; *El padre de los pobres*, drama tradicional de D. Luis de Eguilaz, representado con grande aparato en el Circo; *Los infieles*, comedia de los Sres. Serra y Larra, elegida por el Sr. Catalina para su beneficio, y *Madrid en 1818*, drama de D. Manuel Ortiz de Pinedo, recién estrenado con buen éxito en Novedades, y del cual nada me es posible decir porque todavía no lo he visto.

La última comedia del Sr. Breton es de menos importancia moral que *La hipocresía del vicio*, pero no inferior á ella en la frescura y espontaneidad del diálogo, ni en el número y oportunidad de las agudezas y chistes. La trama, aunque no de gran novedad, está razonablemente conducida. El segundo acto, sobre todo, aparece lleno de vida y movimiento. En fé de cuán justamente celebra todo el mundo la difícil facilidad y castiza versificación de esta obra, véase aquí el monólogo en estrófalos del enamorado Luis mientras espera á la señora de sus pensamientos:

«Al emprender un viaje,  
Y sin ser ciego ni estólido,  
Irme, dejando la mia,  
Con la cartera del prójimo!  
Mas la nueva inesperada  
Me hizo salir como un prófugo,  
Y la obligacion de deudo  
Complicada con el tósigo  
De renunciar á una cita  
Á que me brindaba pródigo  
El amor, y el compromiso  
De mis padres, que aunque póstumo,  
Dígamoslo así, me arrastra  
Involuntario neófito  
A las aras de Himeneo  
Con esa Elena, depósito  
Quizá de las malas mañas  
De la que en siglos recónditos  
Causó la ruina de Troya,—  
Fueron causa de que atónito,  
Aturdido, atropellado,  
Hiciera aquel despropósito.  
Cuando lo advertí, ya estaba  
A cuatro ó cinco kilómetros  
De la corte. Por fortuna  
En esos llanos monótonos  
De la Mancha, junto á un pueblo  
Que suprimen los geógrafos,  
Averías del carril  
Detuvieron á los ómnibus.  
Preciso fué dar al tren  
Un movimiento retrógrado,  
Ó hacer noche toledana  
En paraje tan incómodo.  
Celebrando no viajar  
Contra mi gusto, y seudónimo,  
No he parado hasta Madrid,  
Y amante más que gastrónomo,  
Sin detenerme á apaciar  
Los clamores del estómago,  
Sin ir á casa siquiera  
A vestirme como el Código  
Previene, en un mal simon  
Construido en tiempo de Rómulo,

Que por cierto no ha podido  
Pasar del número próximo,  
Porque calle sin obstáculo  
Es ya en Madrid un fenómeno,  
Al dulce reclamo acudo  
Sacando, á fuer de filósofo,  
De mi forzado regreso  
El más favorable horóscopo.»

La representación de esta comedia fué tan esmerada como lo suelen ser hoy todas en el teatro del Príncipe, y tan feliz como debía esperarse, atendido el género de *Entre dos amigos...* y lo que sobresalen en él los hermanos Catalina.

Tal vez al llegar aquí haya parecido extraño al lector que entre las obras dignas de mención particular cite á *Candelas*: olvidarla ó dejarla pasar desatendida habría sido faltar á un deber sagrado.

No pertenezco yo al número de los que muestran estudio en notar descuidos y yerros ajenos: antes bien sigo la norma de Quevedo, cuando asegura que es más fácil advertir faltas en los más doctos, que escribir sin ellas. Pero si es penoso el deber del crítico, obligado á señalar, so pena de ser injusto, los lunares que empañan el brillo de las creaciones artísticas, ó que patentizan su nulidad con relación á lo bello, bórrese hasta cierto punto lo que tiene de más amargo el carácter de censor, si la cuestión de buen ó mal gusto se deja aparte para abogar por los fueros de la moral torpemente vulnerados.

Difícil sería decidir porque se ha consentido la representación de una obra como *Candelas*. Tejido igual de iniquidades, que ni originales son, pues el drama está tomado de un mamarracho de los infinitos que difunden la corrupción por las clases bajas de París, nunca debió profanar la escena española. Gracias á Dios, no estamos tan adelantados como nuestros vecinos en esa especie de cultura, que si no fuera de por sí la bárbarie más repugnante y perjudicial, nos empujaría infaliblemente á ella. El arte que se pone á devoción de la maldad y del vicio, que se vale (por groseramente que se haga) de sus poderosos medios de seducción para enseñar lo malo y exaltar lo impío, disculpando ó santificando viles errores, comete la mayor de las infamias. Cuando esto sucede, ningún hombre de bien puede eximirse de manifestar públicamente su reprobación á engendros tan perniciosos. El gobierno ha tenido al fin que prohibir las representaciones de esta obra para calmar la indignación del decoro público.

Polo opuesto de *Candelas*, bajo el punto de vista del ejemplo y de la moral, es *El Padre de los pobres*. Mientras aquel parece como escuela de vergonzosa depravación, este canta las glorias de la humildad y de la caridad cristiana, procurando hacer patentes á todo el mundo sus inestimables beneficios. No cabe contraste mayor ni más honroso para el Sr. Eguilaz, al menos en lo que constituye el fundamento principal de ambos dramas. ¡Con qué placer diría otro tanto de la fábula y del estilo de la segunda de estas producciones!

Ya lo he manifestado antes de ahora en otro lugar: *El Padre de los pobres* me causó en la escena una impresión dolorosa. Y no porque me escandalice de ver salir santos al teatro, ni crea que es una profanación, cuando se hace para ofrecer á la multitud el ejemplo de sus virtudes, hoy más necesario que nunca en el teatro y en todas partes; sino por la triste idea que concebí entonces del estado en que se encuentran actualmente las facultades poéticas del Sr. Eguilaz.

Pocos años hace que empecé este con *Verdades amargas* su carrera de escritor dramático, bajo los auspicios de D. Eugenio de Ochoa (crítico insigne, tan distinguido por su saber como por su benévola imparcialidad), y halagado y generosamente favorecido por el excelente actor Joaquín Arjona; y sin embargo, el discurso de esos breves años ha bastado para que hoy, en la flor de su vida, cuando parecía que su inteligencia debiera estar en aptitud de producir los más sazonados frutos, apareciera ante la crítica imparcial llevando en sus obras el sello de una vejez prematura. Cierto es que el éxito de *Verdades amargas*, en el que Arjona tuvo una parte muy principal por el raro talento con que dió bulto á los más imperceptibles rasgos del héroe de aquel poema, puso al Sr. Eguilaz en gran compromiso, porque todos los que le veían empezar de tal modo habían de ser con él muy exigentes en lo sucesivo. Pero de esta misma circunstancia debieron nacer sus mayores triunfos, si en vez de abandonar su ingenio á la ventura por cualquier camino, hubiese puesto atención en no desmerecer y en sacar de sus buenas facultades todo el partido posible. Ignoro si el autor de *El Padre de los pobres* se figura que lo que hasta ahora ha hecho en literatura dramática es cuanto era capaz de hacer; si cree que ha correspondido á las esperanzas que despertó con sus dos primeras obras. Si tal piensa, es injusto consigo mismo. Poco valdría el talento del Sr. Eguilaz, si no valiese más que la mayor parte de sus obras. *Las Prohibiciones*, *El Caballero del milagro*, *La llave de oro*, *La Vaquera de la Finojosa*, y sobre todo, *Las querellas del Rey Sabio*, demuestran elocuentemente de qué modo se desperdició el talento poético y cómo nos dejamos arrastrar de engañosas imaginaciones, si prescindimos de la naturalidad y del buen gusto, si doblamos la cerviz al yugo irracional del capricho, ó lo que es peor todavía, al prurito de lo original y extraordinario, al ansia de hacer efecto. Montesquieu lo ha dicho: cuando se corre tras la agudeza, se llega á la tontería. Lo mismo sucede en dramática: cuando se corre en busca de lo singular y sorprendente, se llega á lo extravagante y á lo falso. Quien lo dude, abra *La Vaquera de la Finojosa* ó *Las querellas del Rey Sabio* y se convencerá á primera vista. ¿Qué idea tendrá de lo que debe ser el poema dramático, el autor que apela, como á un elemento más de belleza, al resorte pueril y absurdo de que los interlocutores expresen la pasión que los anime en una jergonza á guisa de *fabla* antigua, necesariamente ininteligible para la mayor parte del auditorio? ¿Cómo podrá realizar lo bello quien fia el éxito de sus dramas á largas declamaciones morales ó filosóficas, indigestas á veces, casi siempre intempestivas?—«Nada tan estrambótico y fuera de quicio (ha dicho un maestro en la teoría y en la práctica del arte, el joven autor de *Virginia* y de *La bola de nieve*, D. Manuel Tamayo) como el poema donde, para deducir, á todo trance, de la acción una máxima concreta, por fuerza se la encaminara á término diverso ó contrario del suyo lógico y natural, falseando así la representación de la vida; donde con resultado igual se comentase y explicase la virtud, en vez de darla á conocer por sus actos, convertido el personaje escénico en declamador de oficio para quien el público fuese único verdadero interlocutor.» Sin carácter de parábola, sin demostrar silogísticamente un principio moral, es dado al arte ejercer saludable y poderoso influjo, despertando afectos nobles y generosos, puras y elevadas aspiraciones. Y yerra por extremo cuando fia á la elección teórica lo que debiera al ejemplo vivo: cuando se dirige á la razón para convencer, y no al corazón para hacer sentir; cuando olvida que no le toca moralizar *doctrinando*, sino *conmoviendo* (1).—El Sr. Eguilaz se ha empeñado obstina-

damente, como si le aconsejasen sus enemigos y sin que le aleccionen reveses ni desengaños, en seguir por la senda opuesta á la que señala como única verdadera y fecunda la incontestable teoría del esclarecido poeta de *La locura de amor*. Por eso va tan descariado y está tan próximo á perderse. Un paso más en el camino del sermoneo y de la *fabla*; una nueva tentativa para subordinar los arranques de la fantasía ó los movimientos del corazón al éxito de la trama, ya, al de las luces eléctricas ó de Bengala, y habremos de dar por muerto para el arte á un hombre de mérito que posee dotes de verdadero poeta.

Tamayo lo ha expuesto en un solo rasgo: «primero que á historiar sucesos, tiende la escena á pintar las causas morales de que se originan; menos lo que hace el hombre, que el porqué y el cómo lo hace.» *El Padre de los pobres* parece expresamente escrito para realizar lo contrario en una fábula dramática. En esta obra ha procurado el Sr. Eguilaz reunir cuantos prestigios dan en su concepto vida y lauro á las producciones escénicas: jardines iluminados; calles tenebrosas; puentes; cascadas; procesiones; incendios; transformaciones; luces de diversas clases; personajes episódicos; discretos sin medida; sermones interminables; gentes que hablan mucho y sienten poco; obligado de locura; en suma, todo lo que constituye la poética particular del Sr. Eguilaz (excepto la *fabla*) se encuentra sintetizado, por decirlo así, en *El Padre de los pobres*. Ni ha faltado en esta ocasión á la consigna de elegir para protagonista del drama un personaje de gran celebridad é importancia; pues harto de traer y llevar poetas famosos como Santillana, Jorge Manrique, Timoneda, Alarcón, Tirso, Quevedo, Moreto, Agustín de Rojas, etc. etc.; habiendo hecho ya como que hablaba en su lenguaje familiar al rey D. Alonso el Sabio; cansada su pluma de entender con los grandes de la tierra, ha ido en busca de los del cielo, y ha tenido el acierto de echar mano de San Juan de Dios, suma y compendio de humildad y de caridad cristiana.

No diré yo del Sr. Eguilaz, como Byron decía de Hayley que, haciendo inspidas relaciones, fabrica dramas en que atormenta á los muertos con el purgatorio de sus elogios (*with purgatorial praise*); pero si que en casi todas sus obras se manifiesta el honrado propósito de retratar un hombre en vez de pintar al hombre. Y como rara vez desentraña los íntimos sentimientos de ese sujeto particular, de ese determinado personaje histórico de quien se apodera, y cuyo verdadero carácter falsea, ó por falta de estudio y profundo conocimiento de lo que fué realmente, ó porque así conviene al plan que se propone desarrollar en la escena,—de aquí el defecto capital de esos dramas *biográficos*: los cuales, ni son bastante humanos para interesar y conmover á la multitud, ni bastante históricos para satisfacer el gusto de los eruditos.

*El Padre de los pobres* comprueba á todas luces la observación que antecede.

Parece mentira que habiéndosele ocurrido al Sr. Eguilaz la idea de sacar á San Juan de Dios á la escena para significar en él su noble pensamiento de hacer visibles los milagros de la Caridad, hoy que tanto vuelo va tomando el egoísmo, no haya imaginado cosa mejor que el desecado plan de su drama, si se puede llamar plan aquella serie de cuadros sin lógica trabazon, aquel cúmulo de personajes innecesarios para el desarrollo de la pobre y confusa acción que parece principal entre las varias que mutuamente se perjudican. Imperdonable es, sin duda, no haber sacado mejor partido de los varios accidentes de la dramática vida del santo. Soldado primero; pastor después; trabajador más tarde en las murallas de Ceuta, para mantener con el sudor de su frente á una familia desgraciada; pronto un día, por efecto de mal nacidos espíritus, á renegar de su ley pasándose al campo moro; salvado de este tremendo riesgo mediante el auxilio eficaz de la penitencia; ora castigado y escarnecido por loco en los hospitales de Granada; amparo al fin y providencia de los miseros desvalidos expuestos durante la noche por falta de asilo al rigor de la intemperie en las calles y plazas de aquella ciudad,—el insigne portugués venerado ahora en los altares, ofrece en las singulares peripecias de su vida asunto para un drama capaz de competir, cuando menos, con *La devoción de la Cruz* y con *San Franco de Sena*. En vez de esto, San Juan de Dios solo sirve en *El Padre de los pobres* (exceptuando las últimas escenas del acto tercero) para imitar, sin la levadura infernal, al *fray Obediente forzado* de *El diablo predicador*.

Al oír las ampulosas y repetidas declamaciones del santo excitando á la caridad cristiana, cuando tan amable hubiera podido hacerla con obras, como real y verdaderamente lo hizo con santa humildad durante la mayor parte de su vida, más de una vez recordé la coheja que en uno de sus vejámenes pone Cáncer en boca de Matos Fragoso:

con las aguas que llueven  
en el Parnaso  
las voces castellanas  
se me han hinchado.

Esta simple indicación basta y sobra para conocer cuánto se ha equivocado el Sr. Eguilaz en el modo de comprender el carácter de su héroe y de dar bulto á la virtud que trataba de ensalzar.

Como aun no he logrado leer el drama, aunque lo he visto una y otra vez en escena, no puedo formar juicio exacto de sus pormenores. Diré, no obstante, que el acto tercero es el único interesante y dramático, y que la maldición maternal que tanto sublevó al público y con la cual se prepara atrevidamente, con arranque propio de un gran poeta, la hermosa situación final del acto, no solo es profundamente natural con relación al caso y al carácter del personaje, sino con relación á las costumbres, creencias y sentimientos de aquel siglo. Hoy que tan fácilmente se suele pasar por todo en ciertas materias, y que tanto se han relajado las ideas de entonces relativas á la honestidad mugeril y á la autoridad paterna, apenas se comprende la sublime respuesta del rodrigon á la hija de su señora, que llama arrepentida de su extravío á la puerta de su hogar, ni la maldición de la madre burlada en su confianza. El poeta no tiene la culpa de que una cosa tan natural en el siglo XVI, parezca inverosímil al público de nuestros días.

El lego acompañante de San Juan de Dios peca de chocarero y molesto; hijo del conocidísimo fray Antolin, del Dato de *San Franco de Sena*, y del hermano Meliton de *Don Alvaro*, es muy inferior á los tres, cosa imperdonable habiendo nacido de ellos.

Mucho ganarán el teatro y el Sr. Eguilaz si, volviendo éste en sí y apartándose del camino en que malogra sus buenas dotes, consigue en sus posteriores obras expresar pensamientos tan útiles como el de *El Padre de los Pobres* (moral y socialmente considerado), en menos imperfecta forma.

La representación ha sido acertada á veces, á veces poco feliz. Valero, en hábito diferente de aquel con que veneramos en los altares á San Juan de Dios, hizo laudables esfuerzos por vencer la monotonía de su papel, arrancando en diferentes ocasiones grandes aplausos. Teodora malgastó inútilmente sus fuerzas en un delirio largo, difícil y que no puede interesar, lo

cual no obsta para que ella hiciese cosas muy buenas. Orti dijo algunas relaciones con gallarda entonación, se vistió bien, y caracterizó con acierto el personaje que estaba encargado de interpretar. El mismo elogio merecen la señora Fenoquio y los Sres. Pizarroso, Capo y Valero (D. Antonio).

Cuanto se diga en alabanza de la empresa, del director de escena y de los pintores, será poco. Las decoraciones de Ferri, en particular, son bellísimas.

*Los infieles*, comedia en tres actos imitada de una obra de Paul de Kock, han encontrado fiel al público en el coliseo de la calle del Príncipe. Esta comedia es de poca importancia, aunque en algunos diálogos se dejan ver la fácil vena y el gracejo natural de Narciso Serra. No habría estado demás, sin embargo, que antes de darla al teatro se hubiese atendido á templar la crudeza de algunos chistes. Aunque los autores pueden disculparse de esta libertad con ejemplos de Tirso, de Moreto, y hasta del grave Alarcón, bueno sería que en tiempos como los actuales se aspirase á causar efecto por diferente camino.

Insensiblemente he dejado correr la pluma y no tengo ya espacio para hablar con el detenimiento debido de la eminentemente trágica Ristori; ni para llamar la atención sobre los maravillosos niños florentinos, que del antiguo teatro del Instituto han trasladado últimamente sus reales al de la plazuela del Rey; ni para hacer justicia á la zarzuela estrenada el sábado 21 en la calle de Jovellanos (escrita ya la mayor parte del presente artículo) bajo el título de *El diablo las carga*. De todo ello me haré cargo en la revista venidera.

MANUEL CAÑETE.

## GUERRA DE ÁFRICA.

Partes detalladas de los combates ocurridos durante la quincena.

Ejército de África.—Estado Mayor general.—Excmo. Sr.: A las tres de la tarde del 30 de diciembre próximo pasado el enemigo atacó rudamente todo el frente del campo de la primera división del tercer cuerpo; pero bastaron á contenerlo las grandes guardias atrincheradas hasta que el general Ros, comandante en jefe de dicho cuerpo, hizo reforzar la línea con tres batallones al mando del general Turon, y estableció en reserva la segunda división sobre la extrema izquierda.

Inmediatamente me trasladé al lugar del combate, situándose en el ángulo saliente del campo atrincherado: el enemigo, formando una línea mas continua y cerrada de lo que tenía de costumbre, sostenía desde ella un fuego nutridísimo acompañado de su incesante salvaje vocerío; pero nuestros soldados, sin necesidad de rebasar las líneas y protegidos por ellas, amortiguaron pronto su ardor con su aprovechado fuego y el certero de dos baterías de montaña, obligándole á huir en todas direcciones.

Nuestra pérdida ha consistido en nueve individuos de tropa muertos, dos oficiales y 34 individuos heridos, un jefe, cuatro oficiales y 50 de tropa contusos. La del enemigo es muy considerable, pues en su primer arrojó, llegó hasta el pie de las trincheras, donde sufrió un fuego mortífero á quemarropa, y creo poderla concepluar en 300 hombres entre muertos y heridos. Las tropas se han conducido en aquella jornada con su acostumbrada bizarría, celebrando el final del combate con un entusiasta *viva la Reina*.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento del Cerro de la Condesa 3 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

El mismo general en jefe del ejército de África, en comunicación de 3 del actual, dice lo que sigue:

«En la brillante y arrojada carga que el día 1.º dieron los escuadrones de Húsares de la Princesa en el valle de los Castillejos, arrollando cuanto encontraron hasta penetrar en el campamento marroquí, el cabo Pedro Mur cogió el estandarte de la caballería mora, matando al que lo llevaba. Este estandarte lo mando por medio del comandante general de Ceuta al gobernador de Alicante, á fin de que con un oficial de la guarnición lo dirija á V. E., rogándole lo ponga á los pies de la Reina nuestra señora como un homenaje de su ejército de África, ganado con gloria y salpicado con abundante y generosa sangre de sus soldados.»

Ejército de África.—Estado mayor general.—Excmo. señor:—Mejorado el tiempo y habiéndose racionado los cuerpos por seis días como manifesté á V. E. en mis comunicaciones de 29 del mes anterior, di las órdenes convenientes para que el día 1.º del actual al toque de diana decampasen la división de reserva, el segundo cuerpo, dos escuadrones de húsares de la Princesa, dos baterías de montaña del primer regimiento de artillería y una afecta al quinto, con el cuartel general, debiendo permanecer en sus posiciones el primero y tercer cuerpo y la división de caballería, y avanzar solo hasta debajo del reduto Principe Alfonso la artillería montada y de á caballo. Al mismo amanecer rompió la marcha sobre los Castillejos el general conde de Reus con su división, los escuadrones de húsares y dos baterías, llevando el encargo, no solo de tomar posición, sino también de echar un puente en la desembocadura al mar de una regata, sin lo cual no podía pasar la artillería rodada, siguiendo yo con el cuartel general y á continuación el segundo cuerpo con su comandante en jefe el general Zabala.

En el momento de emprender la marcha recibí aviso del general Echagüe, comandante en jefe del primer cuerpo, de que al hacer la descubierta desde el reduto de Isabel II se había divisado en las alturas del Renegado un gran número de moros, y que seguían bajando otros muchos, indicando todo un ataque por aquel lado; pero no teniendo nada que temer por él, tanto por lo fuerte de la posición como por las fuerzas que la sostenían, previne á este general que hiciese subir á sus tropas desde el Serrallo por sí se efectuaba el ataque, estando seguro de que al ver el enemigo mi movimiento se dirigiría todo sobre mí, como así sucedió.

El general conde de Reus llegó hasta las posiciones que dominan los Castillejos por la parte de la costa sin encontrar apenas resistencia, pues solo unos 1,000 moros le hacían fuego por su derecha desde un cerro inmediato, sostenidos por otro grupo considerable apoyado en la casa del Marabut. Dispuse entonces que una brigada del segundo cuerpo, á las órdenes del brigadier Serrano, tomase una posición que flanqueaba el bosque que ocupaba el enemigo, seguida de una batería de montaña, y ordené al general conde de Reus que se apoderara de la casa del Marabut. Ambas operaciones se verificaron instantáneamente: la batería limpió el bosque de enemigos, y la casa fué tomada con escasas pérdidas, quedando dueños de todo el valle que acabaron de despejar las fuerzas sutiles con los vivos y certeros fuegos de su artillería, de modo que los

(1) Discurso leído ante la Real Academia Española, al ser recibido públicamente como individuo de número de dicha ilustre corporación.

escuadrones de húsares descendieron al llano mientras las tripulaciones de los buques de guerra, mandadas por el capitán de fragata D. Miguel Lobo, saltaban a tierra, cargando al enemigo, en unión de nuestras guerrillas, á los gritos repetidos de *viva la reina, viva la marina, viva el ejército*, que cada fuerza respectivamente daba.

La operación principal estaba terminada, y mi pensamiento cumplido con felicidad; pero reconcentrándose el enemigo, que perseguido por nuestros soldados se había replegado á una posición que domina á tiro corto de fusil el valle de los Castillejos, y aumentándose progresivamente con los numerosos grupos de caballería é infantería que acudían en su auxilio por la cañada que conduce á Angghera, era preciso desalojarlo para libertarnos de sus fuegos. Esta operación la encomendé al general conde de Reus, que con la mayor impetuosidad la llevó á cabo con los batallones de Vergara, Príncipe, Luchana y Cuenca en primera línea, los de Ingenieros y Artillería en sólidas reservas, y secundado por los dos de Córdoba á las órdenes del brigadier Angulo, jefe de la segunda brigada de la primera división del segundo cuerpo, con los que oportunamente reforcé á aquel general.

Mientras esto sucedía en las alturas, los escuadrones primero y cuarto de Húsares de la Princesa se cubrían de gloria en el fondo del valle, cargando con un ardor imposible de describir á las considerables fuerzas de caballería é infantería enemiga que habían vuelto á invadirlos. En su impetuosa carrera, derribando con sus aceros cuanto se oponía á su paso, llegaron hasta penetrar en el campamento marroquí, fuertemente establecido en el fondo y encerrado entre escarpadas posiciones, apoderándose el cabo Pedro Mur, después de matar al que lo llevaba, de un estandarte, como recuerdo y prenda de aquella heroica carga.

Sin embargo, recobrados los moros de su primera sorpresa, y hallándose aun demasiado distante la infantería que acudía á la carrera en apoyo de nuestros caballos, se vieron forzados aquellos valientes á retirarse acosados por todas partes de un fuego mortífero, en el cual, además de otros muchos oficiales y soldados, recibieron honrosas heridas los comandantes marqués de Fuente Pelayo y D. Juan Aldama.

En este momento recibí un aviso del general conde de Reus, indicándome la posibilidad de apoderarme del campamento enemigo. Me trasladé en el acto desde la casa del Marabut á la altura donde se hallaba aquel general, después de haber prevenido al general García, jefe de Estado mayor general, que á una señal mía partiría desde la citada casa con siete batallones del segundo cuerpo y atacara el campo enemigo por el valle, mientras yo lo verificaba con las fuerzas avanzadas desde las posiciones que estas ocupaban. Sin embargo, examinando desde la altura la situación de dicho campo, me persuadí de que la operación premeditada no podía llevarse á cabo sin grandes pérdidas; porque colocado en el fondo del valle y cercado por todas partes de escabrosas y pendientes laderas, hubiéramos sido fusilados desde ellas sin riesgo para el enemigo, por lo que preferí evitarlas desistiendo del ataque y trasladándome de nuevo á la casa del Marabut.

A las tres de la tarde, reforzado el enemigo con los numerosos grupos que seguían sin cesar incorporándose, atacó otra vez de un modo desesperado las posiciones ocupadas por el conde de Reus; pero éste, con ese valor sereno que tanto le caracteriza, poniéndose al frente de sus batallones al grito eléctrico de «viva la reina», salió al encuentro del enemigo que como un raudal impetuoso descendía de los cercanos montes. Pronto llegaron á cruzarse las bayonetas y gummies, siguiéndose por algunos momentos una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, de la que salieron vencedores nuestros batallones. El enemigo volvió las espaldas, y el estandarte de San Fernando, tremolando por el mismo conde de Reus, ondeó de nuevo en la importante posición tres veces disputada. Contribuyó eficazmente á este resultado la llegada en aquel momento del general Zabala con los batallones de Simancas, Leon, Arapiles y Saboya, pues lanzándose decididamente al enemigo, y uniéndose sus esfuerzos á los del general conde de Reus, partió con él la gloria de este brillante hecho de armas.

Al notar desde el valle el intento del enemigo, había yo marchado velozmente al encuentro del conde de Reus, haciéndome seguir á la carrera por los batallones de la Princesa con el brigadier Hediger, jefe de la segunda brigada de la segunda división del segundo cuerpo, mientras que el general García, con los de Navarra y Chiclana, al mando del general O'Donnell, subía también por la derecha á proteger aquel flanco. A mi llegada, el momento decisivo había ya pasado; pero tuve, sin embargo, que amagar una carga con mi cuartel general y la escolta, que no esperó ya el enemigo.

Cansados los batallones de Vergara, Príncipe, Cuenca y Luchana, de la división de reserva, y agotadas las municiones, nos hice relevar en las posiciones que ocupaban por la primera división del segundo cuerpo, disponiendo se retiraran á otra que acababan de atrincherar ligeramente los ingenieros bajo el fuego enemigo. Este continuó con bastante intensidad al abrigo de los bosques y las rocas hasta cerrar la noche. Entonces dispuse que el conde de Reus con sus tropas quedase en la posición atrincherada, teatro durante el día de tan sangrientas escenas, y que las del segundo cuerpo bajasen á su campo. Aquellas pasaron la noche sin ser molestadas, y al amanecer del siguiente día se notó que el enemigo había levantado el campo y que marchaba en dirección á Tetuan.

Este combate, Excmo. Sr., el más reñido, sin duda, de los que ha sostenido nuestro ejército desde que se abrió la campaña, forma una gloriosa página para añadir á su historia. El paso del valle de los Castillejos abrió á nuestras tropas un terreno más despejado y favorable á los movimientos de un ejército organizado, que el suelo accidentado y fragoso, teatro hasta ahora de sus combates. El enemigo no podía desconocer las ventajas que perdía para sus osados ataques, y sobre todo, para su sistema de defensa desde el momento que lo traspasáramos; y esto explica suficientemente su resuelto y pertinaz empeño en esta memorable jornada.

Los enemigos estaban mandados por Muley-Abbas, hermano del emperador y general en jefe de su ejército, y por su segundo el gobernador de Tetuan, según me manifestaron varios moros heridos que fueron recogidos por nuestros soldados; y aunque también manifestaron que sus fuerzas ascendían á 40,000 hombres, lo considero exagerado, si bien juzgo que no bajarían de 20,000, mientras que por nuestra parte solo la tomaron en el combate 14 batallones, dos baterías de montaña y una montada del segundo regimiento y dos escuadrones.

Nuestra pérdida ha consistido en un brigadier, 13 jefes, 55 oficiales y 481 individuos de tropa heridos: 7 oficiales y 63 individuos de tropa muertos.

La del enemigo la gradúo en 2,000 hombres al menos, y como prueba de ello, manifestaré á V. E. que, según el parte que me dió el día 2 el vigía del Hacho, al anunciarme la marcha del ejército enemigo, me decía que, quedando muy corto, pasaban de 1,000 las camillas de heridos que veía acudir.

No concluiré, Excmo. señor, este parte sin hacer á V. E. mención de algunos nombres, aun cuando no me sea dable poder verificarlo de tantos hechos de valor distinguido como tuvieron lugar. Citaré al general conde de Reus y general Zabala que tantas pruebas dieron de su arrojo, de su decisión y de su tranquilo mando en medio del peligro; al general García, que tan cumplidamente secundó mis disposiciones; al general O'Donnell, que tuvo su caballo herido; al general Rubin, que acudió á todos los sitios de peligro con el valor sereno que le distingue; y al brigadier Angulo, jefe de la segunda brigada de la primera división del segundo cuerpo, herido al frente de sus soldados en lo más rudo del combate. También me recomiendo eficazmente los generales Prim y Zabala el digno comportamiento de sus jefes y oficiales de Estado mayor y ayudantes de campo, de los que algunos sellaron con su sangre sus buenos servicios en este día; debiendo por fin manifestar también á V. E. que mis ayudantes de campo y los jefes y oficiales de Estado mayor de mi cuartel general comunicaron mis órdenes con la mayor serenidad y arrojo en los sitios de más peligro, llenando tan cumplidamente las instrucciones que llevaban que ni una sola esperiméntó retraso ni mala inteligencia en su ejecución.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle de Ze-mir 8 de enero de 1860. —Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro interino de la Guerra.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—En la mañana del día 4 del actual puse en movimiento al ejército en dirección á Tetuan, levantando el campo que tenía establecido sobre el valle de los Castillejos. El enemigo no opuso resistencia alguna á nuestra marcha, que se verificó sin obstáculo hasta dar vista al valle Muel, en cuyo punto dispuse acampar al ejército. Al lado opuesto del valle se eleva el monte Negron, y en el fondo á la derecha, como á dos leguas de la costa, se veía establecido sobre unas colinas el campamento enemigo.

La posición ocupada por nuestras tropas era muy ventajosa y fácilmente defendible; pero, sin embargo, tan pronto como nos avisó el enemigo, empezó á enviar sucesivos grupos de caballería é infantería hacia nuestra derecha, aunque manteniéndose estos fuera de tiro, y cruzándose tan solo algunos disparos con nuestras avanzadas; hasta que sobre las tres de la tarde, habiéndose empeñado mas el fuego, hice colocar hacia aquel costado una batería de posición, cuyas granadas hicieron pronto salir de las cañadas como unos 2,000 caballos, que aguardaban sin duda en ellas el momento de cargar á nuestras tropas si llegaban á descender al valle atraídas por sus tiradores. Los certeros disparos de la batería sembraron bien pronto la dispersion en aquella masa, que huyó hacia su campamento con notables pérdidas en hombres y caballos, terminando el fuego al oscurecer.

Por nuestra parte tuvimos un coronel, un oficial y 17 soldados heridos, y cinco de los últimos muertos.

Mientras tanto el general García, jefe de Estado Mayor general, practicaba un reconocimiento entre la costa y las lagunas del valle de Muel hasta las colinas que lo limitan al pie del monte Negron, sin mas accidente que un soldado herido levemente y haber recibido dos balazos el caballo que montaba dicho general, saliendo también herido el de un ordenanza.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle Ze-mir 8 de enero de 1860. —Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—El día 6 del actual, en cumplimiento de las órdenes é instrucciones que le tenía comunicadas, se puso en movimiento antes del toque de diana el general jefe de Estado Mayor general con el segundo cuerpo de ejército, tres baterías de artillería de montaña y dos escuadrones de lanceros para apoderarse de las posiciones que forman el límite derecho de la desembocadura al mar del valle Muel, al pie del monte Negron. Esta operación arriesgada y difícil pero indispensable para asegurar el paso de lo restante del ejército por el estrecho istmo de arena que cierra el valle entre el mar y las lagunas donde se pierde y filtra el río Muel, fué llevada á cabo con la mayor felicidad é inteligencia por el general García, sin perder en ella un solo hombre. Ganadas al romper el día las primeras colinas, se apoderó sin dilación de un importantísimo cerro que, formando un resalto del monte Negron, aseguraba por completo el paso del ejército. Las compañías de Ingenieros, con un ardor digno del mayor elogio, abrieron en una hora un cómodo camino para la artillería desde la playa á las colinas, de modo que el ejército, sin interrupción ni obstáculo de ningún género, acampaba todo aquella noche al pie del monte Negron en una posición, que á haber sido bien defendida por el enemigo, nos hubiese costado abundante sangre su posesión. A este feliz resultado contribuyó sin duda alguna un movimiento que amagué oportunamente desde nuestra derecha hacia el campamento enemigo, el cual debió temer verse envuelto entre nuestras fuerzas si se dirigía á impedir la operación de la izquierda. El estado de completa calma del mar favoreció en aquel día, como en los anteriores, el aprovisionamiento de víveres y demas relaciones con nuestra escuadra, que siguió paralelamente el movimiento del ejército.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle de Azmir 8 de enero de 1860. —Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. Sr. ministro interino de la guerra:

Campamento sobre el río capitanes 11 de enero de 1860.—Ayer á las doce de la mañana fueron atacados los puestos avanzados del frente de nuestro campo por fuerzas de infantería y caballería, en crecido número. El ataque comenzó á la izquierda, corriendo su línea algo oblicua respecto á la nuestra. Reforzados nuestros puestos con siete batallones, el enemigo cejó en el empuje que daba á la izquierda, pronunciándose uno muy decidido y fuerte al centro: dos cargas á la bayoneta resueltísimas que dieron los batallones, y el fuego de 22 piezas que puse en batería oportunamente, destrozaron al enemigo, que huyó en desorden, dejando en el campo muchas armas y fué perseguido durante mas de media legua, ofendiéndole la artillería á una distancia mucho mas considerable aun, y causándole infinitas pérdidas.

Dos escuadrones de Coraceros, al mando del brigadier Billaie, se pusieron en movimiento combinado con la línea de masas en que consistió el orden de la batalla: el general Prim, que mandó internamente el segundo cuerpo, dirigió el combate con notable acierto y bizarría; también se distinguieron ejecutando órdenes, los generales Orozco y O'Donnell. Las tropas como siempre. La enfermedad sigue lo mismo que manifesté ayer. A pesar de haberse presentado los vapores, no ha sido posible desembarcar nada. Hoy se trata de hacerlo, y por esta razon no seguiré mañana mi movimiento, pues quiero hacerlo completamente provisto de todo. Nuestra pérdida en la acción de ayer ha consistido en dos jefes y 13 oficiales he-

ridos, á saber: D. Demetrio Quirós, D. Manuel Serrano, segundos comandantes; D. Francisco Grijalvo, D. Pedro Arroyo, D. José Lopez Nuño y D. Pablo Esquirós, tenientes; D. Rafael Severi y D. Antonio Igualada, subtenientes del regimiento infantería Toledo; D. José Casado, teniente, y D. José Torrente, subteniente del de Castilla; D. Ramon Costils, D. José Bueno y D. Agustin Ris, capitanes; D. Jorge de Cala, subteniente del de Córdoba, y D. Lorenzo Densa y Rubi, teniente del de Saboya. Respecto á la tropa, consiste en 13 muertos y 149 heridos; muchos de estos últimos son de poca gravedad.

El general en jefe del ejército de Africa, en despacho telegráfico del 11, fechado en el campamento sobre el río capitanes, á las doce de la mañana, dice lo siguiente:

«No ocurre novedad. El enemigo no ha hecho movimiento alguno desde el último combate. El estado del mar solo permitió ayer el desembarque de una ración para todo el ejército. Hoy ya permite, no solo continuar la operación de las raciones de repuesto al ejército, sino el embarque de enfermos y heridos.»

El general en jefe del ejército de Africa en despacho telegráfico fechado el 12 en el campamento sobre el río Capitanes, á las nueve de la mañana, dice lo siguiente:

«Ayer á las dos observé que los moros que habían estado moviéndose de nuestra izquierda á la derecha toda la mañana, se reunieron en gran número al frente de nuestro campo. Dispuse las fuerzas para rechazar un ataque como los dos que habían tenido lugar en este sitio, y así se verificó. Han tomado parte batallones del segundo, tercer cuerpo y reserva, en total 10.

Las tropas han avanzado tan bruscamente, que tomaron desde luego las alturas que dominan el campo enemigo, conservándolas hasta la noche que se retiraron al campamento. Los moros huyeron sin defender siquiera estas últimas posiciones. Se han cogido algunos moros heridos, y visto muchos muertos. Los efectos de la artillería les son fatales.

Se han distinguido, á las órdenes del general Prim, los generales Orozco, O'Donnell y brigadier Paredes. Continúan las operaciones de racionar y municionar las tropas. Nuestra pérdida ha consistido en un muerto y 42 heridos de tropa, habiendo sido herido el capitán agregado al batallón de Arapiles D. Evaristo García Reina.»

Algeciras 13 de enero de 1860.—El comandante general de las fuerzas navales de operaciones al Excmo. Sr. Ministro de Marina:

«Playa de Zemir frente al campamento 12 de enero, á las diez de la noche.—Los enemigos atacaron el campamento á las dos de la tarde, y como siempre, fueron rechazados, concluyendo el fuego á la puesta del sol. Se embarcaron para Ceuta y Algeciras enfermos y heridos, y desembarcaron víveres y municiones. El tiempo bueno, y viento S. O. bonancible: la mar cediendo, aunque siempre pronunciada del E.—He mandado venir la *Princesa* y la *Blanca*. Mañana me ocuparé de salvar las colinas y efectos posibles de la *Rosalía*. Mando á Algeciras al mayor general para que, á las órdenes del comandante del navío, embarque y venga con la división Rios, que deberá estar aquí pasado mañana, según he convenido esta tarde en el campamento con el general en jefe, en el concepto de que el tiempo siga bueno, en cuyo caso haré venir las cañoneras y enviaré al *Isabel II*, por la *Villa de Bilbao*. Mañana reconoceré con el *Vulcano* la costa desde Cabo Negron al río de Tetuan.»

Algeciras 13 de enero de 1860.—El comandante del navío *Reina Isabel II* al Excmo. Sr. Ministro de Marina:

«El general de las fuerzas está en la playa de Cabo Negro: el ejército socorrido: hay auxilio en la playa. La división Rios se embarcará hoy. Las fragatas *Princesa* y *Blanca* amanecieron en Cabo Negro. El día muy bueno, la mar llana, viento al N. O. con buen aspecto: ayer se batió el ejército con buen éxito.»

El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. señor ministro interino de la Guerra:

«Campamento sobre las alturas de Cabo Negro 16 de enero de 1860 á las dos y treinta minutos de la tarde.—Hoy ha desembarcado la división Rios y se ha posesionado del fuerte de la embocadura del río Martín. La artillería de posición, que quedó ayer aparcada en el camino, ha pasado el llano, y se está arreglando el paso de un brazo de dicho río para que el ejército tome el camino de Tetuan.

A las dos se ha presentado el enemigo en ademan hostil; y dispuesto el ejército á recibirle, se ha pronunciado en retirada después de algunos disparos de cañon hechos desde la llanura, donde tengo en batería doce piezas apoyadas por la división de reserva y la caballería. El segundo y tercer cuerpo conservan sus posiciones.

Se han cogido en el fuerte siete cañones de á 18 y 24, tres cureñas, una cabria inglesa y muchas municiones. Se cree que tengan enterrada alguna artillería mas de á 80, y se están haciendo escavaciones.»

ALGECIRAS 18, (recibido á las doce de la mañana).—El general en jefe del ejército de Africa, al Excmo. señor ministro interino de la Guerra.—Campamento de Guad-el-Jelú ó Martín 17 de enero de 1860.

Después de mi despacho de ayer, observando que el enemigo avanzaba en fuerza considerable, hice situar algunos batallones del tercer cuerpo sobre alturas dominantes del valle y le presenté batalla en llanos, con la división de reserva y el segundo regimiento montado de Artillería y la división de caballería al mando del general Rubin.

Apenas se rompió el fuego de artillería, el enemigo huyó en el mayor desorden y los proyectiles le alcanzaron hasta cerca de Tetuan.

En consecuencia, el campo moro se ha retirado á las vertientes de Sierra Bermeja. Hoy he verificado la traslación de mi campo por el flanco izquierdo sin molestia á las orillas del río Guad-el-Jelú ó Martín.

Se han hallado los cañones enterrados correspondientes á las tres cureñas de que hice mérito ayer y gran número de proyectiles.

Nuestro campamento se estiende desde la Aduana, de que estamos posesionados, hasta la orilla del mar, apoyándose en el río.

Estamos completamente al frente de Tetuan, á cuatro millas de distancia.

El secretario de la Redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.





## AL REINO

sobre las reformas coloniales durante el ministerio O'Donnell.

El artículo que, bajo el epígrafe *Reformas coloniales durante el ministerio O'Donnell*, vió la luz pública en el BOLETIN anterior, ha sido objeto en las columnas de *El Reino* de una réplica mas apasionada que vigorosa. Nos ha causado esto mayor extrañeza porque abrigábamos la convicción, y con nosotros todos los hombres imparciales, de que los intereses y las cuestiones de Ultramar están bajo la égida de la nacionalidad y el patriotismo, que los preserva de las apreciaciones vulgares y de los tiros envenenados de la política. Esta circunstancia, y el deseo de permanecer extraños á esos violentos pugilatos de la polémica interior, en que la verdad, la razon y la justicia sufren contiúas y alternativas derrotas, nos habian relegado á este terreno neutral donde nos prometíamos ejercitar desapasionadamente nuestro criterio, sin que nos molestase ni hiriese los oídos el zumbido monótono de las pasiones políticas. — Mas no ha durado mucho nuestra ilusión, y *El Reino* ha venido muy pronto á desvanecerla. Cuando nos lisongéabamos de ser narradores imparciales y ejercer uno de los actos mas nobles de la crítica, elogiando, sin el mas remoto motivo de parcialidad ó pasión, lo que nos parece útil y laudable; cuando experimentábamos la mas íntima satisfacción en ser justos con personas á quienes no nos ligan vínculos interesados, y nos sentíamos libres de ese peso que imponen á la razon las consideraciones de partido, nos vemos acosados en este último asilo de la verdad por una crítica apasionada é injusta, que, para ser aun mas penosa, nos compromete con las salviedades mas galantes. Obligados á contestar á un ataque inmotivado, y á volver por los fueros de la justicia, comenzaremos por insertar íntegro el artículo de *El Reino* para que no aparezcan debilitados sus argumentos.

«Es privilegio de que hace alarde el talento, y de que suele abusar con frecuencia, el de engalanar lo que le place con atavíos tan deslumbradores, que llegan á fascinar á los ánimos desprevenidos y á sorprender aun las inteligencias menos dóciles; pero si de este modo suele ejercitarse el ingenio de tales escritores, la crítica imparcial, desapasionada y severa, tiene el sagrado deber de poner las cosas en su verdadero punto, ya templando la exageración de las tintas, ya subsanando olvidos injustos, ya, en fin, haciendo que la verdad supla las faltas ú omisiones en que haya incurrido el entusiasmo favorable á un objeto especial ó á persona determinada.

Nos ha sugerido esta reflexión un brillante artículo que inserta LA AMÉRICA en su número 21, bajo el epígrafe de *Reformas coloniales durante el ministerio O'Donnell*, suscrito por D. Ricardo de Federico.

La sencillez modesta del epígrafe, al cual podríamos tachar en cierto modo de inconstitucionalismo, puesto que la ley fundamental del Estado llama provincias de Ultramar á las que el articulista apellida colonias; el contraste que ofrecen á continuación las galas del estilo con el error de algunas apreciaciones; la importante confesión de que LA AMÉRICA vá á tratar hoy por primera vez de las cosas oficiales del Nuevo Mundo, al cabo de tres años de acreditada laboriosidad y brillante fama en el palenque periodístico; los elogios anticipados del general O'Donnell y del director, á la sazón ministro inconstitucional del ramo, y el revoloteo del hábil escritor para no quemarse en la luz que alumbrá los recónditos servicios de ciertos empleados, son fundamentos sobradamente eficaces para que examinemos con algun recelo el artículo laudatorio de LA AMÉRICA.

Con lucidas formas y con ingenio envidiable compendia LA AMÉRICA su revista de los dos años que lleva de vida el gabinete, examinando dos reformas, las que considera de mayor importancia, y á su parecer descuellan en la gestión ultramarina del ministerio O'Donnell; la expedición colonizadora de Fernando Póo y la nueva organización municipal de Cuba.

Grande debe ser la benevolencia de este escritor, cuando no puede esperar á que ofrezca la expedición reciente de Fernando Póo los provechosos resultados que anuncian el gobierno y sus amigos. Injusto fuera desconocer que el hecho de haber organizado esta expedición y los términos en que se ha llevado á cabo, arguyen desde luego celo patriótico merecedor de alabanza; pero de esto á no ver gloria en el asunto sino para el gabinete O'Donnell y para el actual director de Ultramar, hay mucha diferencia, aunque nos encontremos al fijar la vista en aquellas islas con algun trazado de calle bautizado con el nombre de *Ulloa*.

Si la expedición á que aludimos merece elogios, tan grandes ó mayores deben tributarse á los que acordaron la primera. No es exacto que el gobierno haya visto impasible la suerte de las islas de Guinea, dejando á los misioneros ó á los curiosos empeñarse en escursiones por su cuenta.

Desde que los ingleses ofrecieron 60,000 libras esterlinas por Fernando Póo y Annobon, y el gobierno presentó á las Cortes en 1841 (¡qué amor patrio y qué celo por el deero nacional el de los gobernantes que se atrevieron á hacer tal propuesta!) un proyecto de ley para la cesion de dichas islas, natural era que tuviese conocimientos oficiales del estado de aquellas posesiones, y aunque se vió precisado por la noble

repulsa de las Cortes y de la opinion pública á retirar el proyecto de ley, comisionó al capitán Lerena para que preparase los trabajos que se le confiaron, marchando á posesionarse de aquellas dos islas, que eran las únicas que entonces nos pertenecian.

Por consecuencia del buen desempeño de aquella delicada mision, se incorporó á España la isla de Corisco, tomando posesion de ella el mismo capitán Lerena en los días del general Espartero: delicado homenaje de aquel valiente marino, y ruda lección para los que en aquel período trataron de desmembrar la integridad del territorio por 60,000 libras esterlinas.

Y los que tan pródigos se muestran de elogios por la terminación oficial de un largo y bien instruido expediente, ¿qué reservan para ese bravo marino á quien se deben los mejores datos sobre aquellas desconocidas regiones? ¿Dónde está en Fernando Póo, en Annobon ó en Corisco la calle que lleve el nombre de *Lerena*?

Pero el celoso defensor de la gestión ultramarina del actual ministerio, que encuentra excelente y laudable lo que no pasa los límites del cumplimiento de un deber sagrado (máxime si se tienen en cuenta los elementos y recursos de que hoy puede disponer el gobierno español, merced al rápido aumento de nuestra riqueza y de nuestra armada), se olvida decirnos á cuánto ascienden los gastos hechos; de dónde se sacan los fondos; cuáles son las cuentas de su inversión; qué beneficios positivos se obtienen; y cómo justifican los que se apellidan reformadores las ventajas de que habla tanto LA AMÉRICA. Para que todos pudiésemos juzgar con entero conocimiento de causa, bueno seria que se publicaran esos datos.»

Devolvemos con mucho gusto á nuestro colega los merecidos elogios que nos tributa, y que se convierten en la mas grave de las ofensas para un escritor que estime en algo su honra; pues le acusa de poner al servicio del error el ingenio ó las galas del estilo. Por fortuna el artículo á que *El Reino* se refiere, es una simple y descarnada exposicion de los hechos, donde no cabe, aun admitida la gratuita suposición de nuestro colega, el mas trivial artificio de retórica. — Reducidos así á su justo valor los hábiles escarceos del periódico vespertino, nos proponemos destruir uno por uno sus débiles y artificiosos argumentos.

El relativo al inconstitucionalismo de la palabra colonias nos parece trivial, y, mas aún que trivial, falso. Las denominaciones *colonia* y *provincia de Ultramar* están muy lejos de ser, como el articulista se imagina, diversas: son, por el contrario, perfectamente sinónimas en el lenguaje mas constitucional y reverente. Colonias llaman los ingleses á sus posesiones de la India; colonias apellidan á las suyas los franceses; colonias se denominan las nuestras en documentos oficiales, aunque la ley fundamental, intencionalmente, las llame provincias de Ultramar en su texto. La Constitución no pretende escluir los sinónimos, ni las palabras que emplea escluyen el uso de otras análogas. Vea, pues, *El Reino* cómo su primer paso es un tropiezo.

El segundo es aun mucho mayor, y prueba que *El Reino* no es mas fuerte en lingüística que en versión castellana. ¿Dónde, cuándo ni cómo ha dicho LA AMÉRICA que vá á tratar hoy por primera vez de las cosas oficiales de Ultramar?... Precisamente dice todo lo contrario... *Cuántas medidas se han tomado en los diferentes ramos han sido objeto en las columnas de LA AMÉRICA de un examen profundo, imparcial y detenido.* Estas son las palabras que vuelve al revés *El Reino*. ¿Y se extrañaría, después de tal ligereza, que nos creyésemos dispensados de toda polémica seria? Lo que dice LA AMÉRICA, y no ha querido sin duda entender *El Reino*, es que las varias apreciaciones que se han venido haciendo de los actos oficiales de Ultramar, no habiendo estado ni podido estar sujetas á un solo criterio, adolecian, como sucede siempre en las *Revistas*, de la incoherencia aneja á la diversidad de escuelas. Esto y no otra cosa es lo que dice LA AMÉRICA.

En cuanto á los elogios anticipados del general O'Donnell y del actual director de Ultramar, nos bastaria compararlos, si tuviésemos la afición de *El Reino* á los retruécacos, con las anticipadas censuras de la expedición colonizadora; pero, como damos la preferencia á las razones y nos gusta tratar con seriedad las cosas serias, decimos que al tomar la pluma para reseñar las reformas ultramarinas realizadas durante el ministerio del general O'Donnell, lo hicimos en la mas profunda convicción de su bondad, mérito y trascendencia; por lo cual, y guiados por esa lógica elemental que atribuye al autor las responsabilidades de la obra, hemos creído lícito usar de algun modesto adjetivo, ageno, lo confesamos de buena fé, á nuestros hábitos, pero que no ha debido chocar en estos tiempos que se distinguen por la mas escandalosa intemperancia de epítetos. — Aquí, donde tanto abundan las eminencias, y todo es distinguido y excelente, se extrañan los modestos elogios al celo é instruccion de funcionarios cuya reputacion no necesita elogios! — Sin embargo, para estar en algo de acuerdo con *El Reino*, retiramos con mucho gusto esos adjetivos y dejamos al director y empleados de Ultramar sin mas calificación que la de sus propios nombres.

Sirva esto de recompensa á la paladina confesion que arranca la verdad á nuestro severo colega, y le hace es-

clamar: «Injusto fuera desconocer que el hecho de haber organizado esta expedición, y los términos en que se ha llevado á cabo, arguyen desde luego celo patriótico, merecedor de alabanza; pero de esto á no ver gloria en el asunto sino para el gabinete O'Donnell y para el actual director de Ultramar, hay mucha diferencia.»

Este párrafo, que es la mejor respuesta de los demas, envuelve una observacion aparentemente juiciosa. Exige por lo mismo una réplica seria.—El proyecto de colonización de nuestras posesiones, intentado y llevado á cabo por el ministerio O'Donnell, no es, como no lo son la mayor parte de las empresas humanas, hechos aislados sin antecedentes ni historia. En la guerra, cabe siempre la gloria principal al general que tuvo la fortuna de terminarla; en los inventos y aplicaciones de la industria, al que perfeccionó y llevó á feliz ejecución un pensamiento.—Cuando se hace la historia de estos hechos se distribuye á cada cual la gloria que le corresponde. Pero ¿quién imponía este deber á LA AMÉRICA? Su artículo no era un artículo histórico. Limitábase al asunto de su epígrafe: «Reformas coloniales durante el ministerio O'Donnell.» Y entre estas descuella por su importancia la colonización de las posesiones situadas en el golfo de Guinea. Tocábanos solo hablar de esta última época.

Mas para convencer al *Reino* de su sinrazon, aun en este terreno que es su última trinchera, le diremos que todos los trabajos empleados desde 1778, época de la cesion hecha por el Portugal á la España, hasta 1841 en que se hicieron proposiciones, que el gobierno aceptó, para su venta, no habian suministrado los datos necesarios para que este comprendiese la importancia de aquellas islas, evitando el sonrojo de acudir á particulares en busca de datos que no encontraba en sus archivos, y el desaire de ver desechado su proyecto ante las Cortes mejor enteradas del asunto.

Entonces tuvo lugar la comision esploradora que se confió al capitán de fragata D. Juan José Lerena, cuyo buen desempeño nadie pretende oscurecer y menos la direccion de Ultramar que no habrá tenido sin duda inconveniente en utilizar sus servicios.—Pero ¿no es empequeñecer y rebajar de intento la cuestion llevarla al terreno de esas comparaciones odiosas? ¿Y á quién se ocurre rebajar el mérito de Lerena ni ponerlo en paragon con los del director ni el ministro del ramo? ¿Qué regla de buen sentido enseña á el *Reino* á confundir dos cosas tan esencialmente diversas como son el servicio prestado por un funcionario subalterno en el desempeño de una mision de su cargo, y la realizacion de un proyecto ó empresa cuya responsabilidad es toda del gobierno?

Pero el *Reino* tiene una peregrina teoria. Los servicios obligados del subalterno son laudables: los voluntarios ó del gobierno son forzosos y no merecen gratitud ni alabanza. Esta teoria es completamente equivocada: enderezándola es como vendrá á tener razon el *Reino*. Cualquiera comprende, á poco de meditar en estas cosas, que los deberes del subalterno son exigibles y concretos, al paso que los del gobierno, en ciertos puntos de su esfera, son completa y absolutamente voluntarios. Un gobierno no puede impunemente faltar á las leyes ni declinar la responsabilidad de sus actos; pero esta misma responsabilidad le deja cierta libertad de accion para escoger el terreno en que ha de arrostrarla.

Supongamos el caso de la colonización. Esta puede ser útil ó desastrosa. En el segundo caso se imputaria el error al gobierno. En el primero, ¿no se le han de tributar alabanzas? Apelamos al buen sentido de el *Reino*.—Por otra parte, cuando se trata de empresas costosas, que imponen sacrificios superiores á los medios de los individuos, la idea no es nada; el todo es su realizacion, y aquí empieza la tarea de los gobiernos. A estos compete axaminar las varias fases de la cuestion, plantear y resolver con acierto el problema. Si lo hacen, su gestión es acertada; si se engañan, el descrédito castiga sus errores. A esto se llama administrar bien ó mal; se dice: tal administracion es buena; aquella es desacertada.

Para el *Reino*, administrar bien es cumplir con un deber. Indudablemente; ¿pero sabe á dónde nos conduce su tesis? ¿Quién se esforzaria en hacer trabajos extraordinarios si faltase el estímulo de la emulacion ó la alabanza? Deber es la virtud, deber es el heroísmo: tiempos ha habido en que han sido la regla ordinaria de la vida. Pero no vivimos en Esparta ni en los siglos heroicos. Pecamos mas bien por la prodigalidad en las alabanzas. ¿Y habremos de escatimarlas precisamente en aquellos casos que mas dignos son de imparcial encomio y aplauso?

Creemos que la desusada severidad de el *Reino* tiene su origen en una apreciacion incompleta de los hechos. Por un error semejante al que ha cometido comparando la empresa de un gobierno con los servicios de Lerena, ha desconocido involuntariamente ó de intento los antecedentes históricos del asunto. Procuraremos llenar este vacío, demostrando el abandono en que yacian nuestras posesiones de Guinea. Basta para ello citar algunas fechas.

Las islas fueron descubiertas á fines del siglo XV por Fernando Póo que dió su nombre á una de las tres; disputadas por el Portugal á España, fueron cedidas á esta en 1778. Ochenta años, pues, han estado en nuestro poder. ¿Qué han hecho durante este largo período nuestros gobiernos?—Al principio (el año mismo en que se verificó la cesion) envió el gobierno español una escuadrilla, al mando del brigadier conde de Agelyos, que

ocupó sin resistencia á Fernando Póo y pereció en la travesía desde esta isla á la de Annobon. Su segundo, el teniente coronel de artillería D. Joaquin Primo de Rivera, encontró una resistencia en los de Annobon, y se retiró á Santo Tomé (posesion portuguesa), á esperar órdenes del gobierno. Desaprobó este la conducta de su delegado y le ordenó que se estableciese en Fernando Póo. Hizolo así; pero la escasez de recursos, lo ingrato del clima, las enfermedades endémicas provocaron una insurreccion militar que puso fin á la colonizacion principiada.—Tuvo esto lugar en 1782.—Desde entonces hasta 1827, no se acordó España de semejantes posesiones.

¿Cree el Reino que un período de medio siglo, pacífico y próspero, si se exceptúan algunos años, no es tiempo bastante para que un gobierno regular vengase las ofensas de su pabellon ultrajado, reivindicase la posesion y dominio de aquellas islas y emprendiese de nuevo su colonizacion abandonada?—Pues estos son hechos y no lindezas de estilo, como supone el Reino en su peregrina dialéctica.

Esplotando la Inglaterra nuestra incuria y codiciando aquellas abandonadas riquezas, intentó, aunque felizmente sin éxito, poner en duda nuestra soberanía sobre aquel territorio. No consiguió invalidar nuestro derecho; pero ejerció de hecho su dominio en las islas. Cortó maderas, envió allí buques de guerra, creó misiones, la trató en todo como cosa propia.—Esta frase gráfica, que encontramos en un documento oficial, concreta en una sola elocuentísima observacion cuantas nos sugiere el artículo de *el Reino*. Ahora bien; si conoceis la historia de aquellas islas, si habeis seguido paso á paso sus humillantes peripecias, si no ha podido sustraerse vuestro corazon español al sentimiento de vergüenza que causa semejante abandono, ¿cómo intentais escatimar la gloria de un gobierno que, saldando la cuenta de vuestras faltas anteriores, reivindica al fin y hace incontestable nuestro derecho, prepara medios de colonizacion eficaces y permanentes, organiza esta con arreglo á las necesidades de las islas y en el espíritu de la ciencia y los adelantos modernos; sustituye, en fin, á las estériles tentativas de la codiciosa avidez ó el poco ilustrado celo, la calculada intencion y los esfuerzos perseverantes que solo tienen á su disposicion los gobiernos? A esto llama el Reino resolver un expediente.... sea en buen hora! ¡El expediente de cerca de un siglo! Resuelva nuestro colega, en poco tiempo y con fortuna, algunos expedientes como el de la colonizacion en Africa; y cuente de nuestra parte con el voto de gracias que hoy escatima el espíritu de partido á una empresa gloriosa.

Pero nos hemos apartado de nuestro propósito. Realza *el Reino* los trabajos de Lerena para rebajar después los del gobierno. Creemos haber dicho lo bastante para contestarle. ¿Quiéres saber lo que habian hecho las expediciones anteriores? Pregunte á los que hoy se encuentran en aquellas islas, y le dirán que no han encontrado ni una sola casa ni huerta; que todo anuncia que hasta ahora no se habia pasado de la bahía, y no por culpa de los expedicionarios, sino por la escasez de recursos. Así que todo lo encuentran por hacer los actuales colonos en un país donde tanto escasean los brazos útiles. En otro artículo examinaremos el estado actual de la colonia.

La colonizacion de nuestras islas en el golfo de Guinea, á que tan escasa importancia da el espíritu de partido, está llamada á ejercer en los destinos de nuestro comercio marítimo una influencia provechosa é inmensa. Su posicion en las costas occidentales de Africa, y las tendencias civilizadoras hácia aquellos países, harán en pocos años de tan privilegiados terrenos uno de los emporios mas ricos y envidiables del mundo. Aquellas islas están destinadas á ocupar en el golfo de Guinea el mismo lugar que hoy ocupa Cuba en el de Méjico. Así lo han comprendido los franceses y los ingleses que se apresuran á adquirir terrenos, que pagan muy bien, en aquellas costas, aunque por su naturaleza y situacion especial sean muy inferiores á los nuestros.

Hoy mismo los exploradores del Niger, avanzando mas de 700 millas, aproximan la época en que las costas y mares occidentales de Africa han de ser teatro de los mas sorprendentes cambios comerciales.

Solo nos falta tranquilizar la conciencia de *el Reino* sobre un punto que le preocupa casi tanto como el trazado de las calles, á saber: el origen y la inversion de los fondos. Si nuestro colega no tuviese en estas materias una aptitud y competencia reconocidas, nos atreveríamos á sospechar, sin agravarle, que sus preguntas eran hijas de ignorancia. Pero no siendo admisible esta hipótesis, nos complacemos en atribuirles á descuido. ¿Cuáles son los fondos? Lea el decreto de creacion y los hallará perfectamente especificados. Su inversion no puede saberse hasta que se cierre el ejercicio. Es muy extraño que á la pericia de *el Reino* se oscurezcan estas nociones elementales. Mas por si cree que las prácticas de Ultramar difieren en esta parte de las de la Península, le recordaremos que, á pesar de la distancia, se ha prevenido que dichas cuentas estén sujetas á la ley general de contabilidad, remitiéndose al Tribunal Mayor de Cuentas, sin escluir ni aun las de los mismos misioneros. — Si esta prevencion no basta para tranquilizar á *el Reino*, le añadiremos que ha llegado á nuestra noticia un rumor que deseamos ver confirmado, porque le proporcionará cuantos detalles necesite: los presupuestos de Ultramar, que no se han publicado desde 1859, verán de nuevo y dentro de breve plazo la luz pública.

RICARDO DE FEDERICO.

Como verán nuestros lectores, la disposicion oficial que empezamos á publicar en nuestro número anterior sobre el colegio de corredores de Manila, lleva la fecha del mes último de diciembre; la reproducimos, sin embargo, en nuestras columnas atendido á que apareció en la *Gaceta* en los primeros dias de año. En lo sucesivo

cuantas disposiciones vayan apareciendo desde 1.º del actual continuarán insertándose mismo, aunque lleven la fecha de meses anteriores.

**REGLAMENTO**

DEL COLEGIO DE CORREDORES DE MANILA.

(Continuacion)

**CAPITULO III.—De la junta de gobierno, de sus atribuciones y modo de ejercerlas.**

Art. 32. La junta de gobierno del referido colegio, segun el número de que se compone, y con arreglo al art. 113 del código mercantil, constará de un síndico y cuatro adjuntos. Su eleccion se practicará en la forma que previene el art. 114 del mismo código.

Art. 33. Tambien tendrá un escribiente, que será nombrado por el síndico bajo su responsabilidad, y podrá removerle á su voluntad.

Art. 34. La junta de gobierno celebrará sesiones ordinarias y extraordinarias. Las primeras se efectuarán una vez á la semana en los dias y horas que acuerde la misma junta, precisamente en el local donde se halle situado su despacho. Las segundas se verificarán el dia y hora que el síndico señale por medio de oficio y en el local que tenga á bien destinar.

Art. 35. Bastará la reunion de tres vocales para la apertura de las sesiones y ejercerá la presidencia, á falta del síndico, los adjuntos por su órden respectivo.

Art. 36. Las sesiones principián por la lectura del acta anterior sobre la que podrá hacer observaciones cualquiera de los vocales, anotándose estas á su pié; pero una vez que se halle aprobada y firmada por el presidente, no habrá lugar á reclamacion.

Art. 37. Ninguna persona que no sea de la junta podrá asistir á sus sesiones, no siendo llamada espresamente, en cuyo caso se anotará en el acta.

Art. 38. Cualquiera proposicion que no sea relativa á la marcha ordinaria de los negocios de la junta deberá hacerse por escrito y firmarse por su autor; la cual, con las variaciones que resulten en su discusion, se copiará en el acta, archivándose el original.

Art. 39. Los vocales de la junta usarán de la palabra por el órden con que la hubieren pedido y obtenido.

Art. 40. El órden y cordura en las discusiones se hallan bajo la responsabilidad del presidente.

Art. 41. No podrán comisionar á persona alguna que no sea de la corporacion para la formacion de expedientes ú otros particulares que fuere necesario evacuar por acuerdo de la junta.

Art. 42. Son atribuciones de la junta de gobierno, además de las que señala el art. 115 del código de comercio:

1.º Informar las solicitudes que presenten los colegiales al gobierno para tener dependientes, con estricta sujecion á lo prevenido en el código de comercio y en este reglamento.

2.º Acordar, previos los informes que juzguen necesarios, socorro á los colegiales necesitados, sus viudas y huérfanos, cuyos libramientos contra los fondos del colegio firmará el síndico.

3.º Escitar la caridad de los colegiales, cuando la corporacion carezca de fondos, por medio de una suscriccion voluntaria para los socorros de que habla el párrafo anterior.

4.º Nombrar por mayoría de votos la persona que haya de desempeñar la plaza de ronda-bedel y portero, señalarle el sueldo y removerle á su voluntad.

5.º Compeler bajo su responsabilidad á los colegiales en la forma que juzgue conveniente al pago de lo que adeuden por la contribucion mensual señalada.

6.º Glosar las cuentas del año anterior, aprobándolas ó exigiendo la responsabilidad, segun su resultado, á quien correspondan.

7.º Cumplir y hacer cumplir este reglamento.

Art. 43. Será tambien de cargo de la junta de gobierno todo lo demas prevenido en los artículos 69, 96 y 115 del código de comercio, en cuanto sean adaptables á las Islas Filipinas; entendiéndose que la nota general de los precios corrientes deberá fijarse á las puertas del mismo colegio, y que de ella habrá de remitirse copia al intendente y al prior del tribunal mercantil.

**CAPITULO IV.—Del síndico y adjuntos.**

Art. 44. Además de lo prescrito en el art. 115 del código de comercio como atribuciones del síndico y adjuntos, lo será tambien del primero llevar la correspondencia con el intendente y con las demas autoridades; presidir la junta de gobierno y todas las generales del colegio á que no asista el intendente ó su delegado; expedir, previo correspondiente acuerdo y con la firma de los adjuntos, los libramientos contra el contador-tesorero por los gastos que deban hacerse, y suscribir los recibos para el cobro de las cuotas que deban satisfacer los colegiales de las multas en que incurrieren, y del derecho asignado por los expedientes que se instruyan para el nombramiento de auxiliares.

Art. 45. Será tambien facultad del síndico nombrar el escribiente de la junta de gobierno, con el sueldo que la misma señalare, y removerlo siempre que lo creyere conveniente.

**CAPITULO V.—Del Contador tesorero.**

Art. 46. Desempeñará el cargo de contador-tesorero uno de los adjuntos, elegido al efecto en la junta general que se celebrará el primer domingo de enero de cada año, por mayoría de votos, prestando fianza en proporcion á los fondos.

Art. 47. Será de su cargo recaudar, por medio del bedel, las cantidades que deban entregar los corredores con arreglo á lo prescrito en el art. 22, los derechos de los expedientes de licencia de los auxiliares y las multas, custodiar los fondos del colegio en el punto que considere mas seguro y responder de ellos, exceptuados solamente los casos de robo ó incendio involuntario, justificados competentemente.

Art. 48. Satisfará, con libramientos que expedirán el síndico y adjuntos, los gastos ordinarios de alquiler del local del colegio, del sueldo del escribiente de la Junta de gobierno, del ronda-bedel y demás que ocurran, y de los extraordinarios de que trata el art. 42.

Art. 49. Llevará los libros correspondientes por el sistema de cargo y data.

Art. 50. Cuando hubiere de abrise un nuevo libro, el contador-tesorero lo participará oficialmente á la Junta de gobierno para que ésta lo acuerde y se estienda el acta en la primera hoja, suscribiendo todos los vocales y el mismo contador-tesorero.

Art. 51. Presentará á la Junta de gobierno los libros y comprobantes siempre que se le pidan.

Art. 52. Al fin del año presentará su cuenta documentada, que se examinará por la Junta de gobierno entrante.

Art. 53. Cada cuatro meses participará á la Junta de gobierno, por conducto del síndico, el estado de los fondos, con espresion de los nombres de los colegiales que no hubieren satisfecho las contribuciones ó derechos que les hubiesen correspondido, y espresion tambien de las multas no pagadas.

Art. 54. Entregará los libros y fondos al contador-tesorero entrante bajo recibo especificado.

**CAPITULO VI.—Del secretario.**

Art. 55. En todas las juntas generales del colegio hará las veces de secretario el último adjunto, y en este concepto estenderá y suscribirá las actas.

**CAPITULO VII.—De los fondos del colegio.**

Art. 56. Pertenecen á los fondos del colegio los que señalan los artículos 9, 22, 25 y 28, y lo que se devengare por regulaciones, certificaciones y demás que se practique con retribucion de derechos.

Art. 57. Cuando hubiere algun sobrante de fondos, podrá la Junta de gobierno, si lo estimare conveniente, acordar un dividendo entre los colegiales, entendiéndose que han de quedar en caja los fondos suficientes para cubrir los gastos presupuestos de dos años cuando menos.

**CAPITULO VIII.—Del archivo del colegio.**

Art. 58. El archivo del colegio y de la Junta de gobierno estará á cargo y bajo la responsabilidad del síndico.

Art. 59. No permitirá que se estraigan los libros, expedientes ni papeles que contenga, ni que se examine por persona alguna sin previa órden del intendente ó del Tribunal mercantil.

Art. 60. Los atestados y certificaciones que hubieren de darse en vista de documentos del archivo no se facilitarán sin previo acuerdo de la Junta de gobierno.

**CAPITULO IX.—Del encargado de la ronda, bedel y portero.**

Art. 61. Señalado en el art. 42 el órden y forma en que ha de ser nombrado y removido este empleado, está en la obligacion de cumplir lo siguiente:

1.º Vigilar que en las casas de comercio y demás puntos de contratacion de la plaza no se introduzcan personas intrusas por notoriedad en el ejercicio de la correduría.

2.º Dar cuenta oportunamente á la Junta de gobierno, para que esta lo ponga en conocimiento del juez competente, de las personas que infrinjan los artículos 65, 66, 67, 68 y 69 del código de comercio.

3.º Practicar cuanto la junta le prevenga para evitar los abusos que señalan dichos artículos.

4.º Llevar á su destino los oficios y demas papeles que le fueren entregados en el despacho, para lo que está obligado á concurrir á él diariamente de nueve á diez de la mañana, y antes de las dos de la tarde en que deberá cerrarse la oficina.

5.º Cobrar las cuentas y recibos pertenecientes al colegio que le encargue el Contador-tesorero, entregando á este sus valores.

6.º Comprar los efectos de escritorio que necesite el despacho de la Junta de gobierno cuyo importe le abonará el síndico, practicando además cuantas diligencias se le encarguen relativas á la corporacion.

7.º Asistir en los dias y horas que la Junta de gobierno celebre sus sesiones, al local designado para practicar lo que á ésta ocurra en tales casos.

8.º Asistir igualmente á las juntas generales que celebre la corporacion, poniéndose á las órdenes del síndico.

Art. 62. El sueldo que debe disfrutar será convencional entre él y la Junta de gobierno, á quien corresponde especialmente su nombramiento y remocion en Junta plena.

**CAPITULO X.—Del arancel.**

Art. 63. Los corredores cobrarán por su trabajo y responsabilidad con arreglo al arancel siguiente:

	Rs.	Cénts.
Por el quintal de añil con su clasificacion. . . . .	2	»
Por el quintal de cera. . . . .	4	»
Por el pico de abacá. . . . .	10	»
Por el de azúcar. . . . .	10	»
Por el de ubucáo. . . . .	5	»
Por el de café. . . . .	10	»
Por el de almásiga. . . . .	10	»
Por el de trigo. . . . .	10	»
Por el de algodón. . . . .	1	»
Por el de azufre. . . . .	1	»
Por el de pico de actas. . . . .	10	»
Por el de aletas de Tiburon. . . . .	2	»
Por el de arorú. . . . .	1	»
Por el de balate. . . . .	2	»
Por el de cebollas. . . . .	10	»
Por el de concha de nácar. . . . .	2	»
Por el de cueros de carabao y vaca. . . . .	10	»
Por el de cola. . . . .	10	»
Por el de camagón y ébano. . . . .	10	»
Por el de canela. . . . .	7	»
Por el de nervios de todas clases. . . . .	1	»
Por el de carne tasajo ó tapa. . . . .	1	»
Por el cavan de cacao. . . . .	2	»
Por el id. de arroz. . . . .	5	»
Por el id. de palai. . . . .	5	»
Por el de malat quit. . . . .	5	»
Por el de sigal. . . . .	10	»
Por el de mongos. . . . .	2	»
Por el de sal. . . . .	2	»
Por el de ajonjolí. . . . .	10	»
Por el de brona. . . . .	10	»
Por el de yuso. . . . .	10	»
Por el de gangao. . . . .	10	»
Por el de frijoles, frijollitos y patanes. . . . .	10	»
Por la tinaja de aceite. . . . .	1	»
Por la de manteaca. . . . .	1	»
Por la de tuitarrón. . . . .	2	»
Por la de millar de rajás de leña. . . . .	10	»
Por el de bejucos partidos ó enteros. . . . .	10	»
Por el ciento de bayones. . . . .	10	»
Por el de pastas de brea. . . . .	1	»
Por el de sombreros de provincia. . . . .	2	»
Por el de cueros de venado. . . . .	2	»
Por el de tinajas nuevas. . . . .	2	»
Por el canasto de carbon. . . . .	5	»
Por el de camote. . . . .	2	»
Por el de panaocha. . . . .	4	»
Por el de cate de cerey. . . . .	10	»
Por el de nido. . . . .	1	»
Por el fardo de medriñaque. . . . .	2	»
Por el cajon de brea. . . . .	10	»
Por pieza de madera sin distincion. . . . .	10	»
Por el atado de ajos. . . . .	10	»
Por efectos de Europa y China y negociacion de letra. . . . .	14	por 100

Art. 64. Las variaciones ó adiciones que deban hacerse en este arancel, se acordarán en junta general, dándose cuenta por la de gobierno al Intendente para que, oyendo el informe del Tribunal de Comercio, determine lo que crea oportuno.

Madrid 15 de diciembre de 1859.—Apropado por S. M.—Calderon Collantes.

EDITOR, Francisco Serra y Madirolas.

IMPRENTA DE LA AMERICA, A CARGO DE F. S. MADIROLAS, 1, calle del Baño.

